



Sangrando bajo la piel

En Compañía de Vampiros IV

A.R. Morena

A.R. Morena

**SANGRANDO
BAJO LA PIEL**



En Compañía de Vampiros

IV

www.armorena.com

Primera edición: abril de 2016

Imagen de cubierta: Kerman Rodríguez

Depósito legal: M-002034/2016

Queda prohibida, salvo excepción

prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal)



Continuamos soñando...

*Dedicado a ti Carmen, uno de
mis personajes mas queridos.
Con tu independecia, fuerza y
valentia representas lo que
mas valoro en una mujer.*





Abril 1.920

Sevilla (España)

La alegría era tan palpable que se

saboreaba.

Carmen siempre había sentido un olor especial en los días de feria. Era como si el sentimiento de felicidad impregnara el aire con su aroma y les llegara a todos los sevillanos directamente al cerebro.

Eran los mejores días del año.

La Pasarela era un hervidero de personas paseándose de arriba abajo.

Ellas exhibiendo sus vestidos de flamenca y ellos sus trajes cortos. Los más acaudalados paseaban en su coche de caballos o montados sobre las grupas de hermosos corceles bellamente engalanados.

Carmen iba a pie, pues no pertenecía precisamente a una familia adinerada.

Su padre era carpintero y su madre costurera, ese último detalle era el que

le permitía estrenar vestido cada año.

Su madre era una artista cosiendo los retales que le sobraban, de los hermosos trajes que les confeccionaba a las señoras con los suficientes medios económicos, para encargarlos a la prestigiosa modista que era su jefa, los meses antes de la feria.

Carmen lucía con orgullo algo que con lo que si contaba y que el dinero no

podía comprar. Su larga y exuberante melena, se rizaba en gruesos tirabuzones hasta su cintura y esos días siempre la llevaba adornada con una flor de geranio rojo pasión, colocada detrás de la oreja. Ese era el material que vendía, junto a su hermana pequeña, por todo El Real.

A su madre no le hacía gracia que se dedicaran a ello, porque la mujer era

consciente de la atracción que casi todos los hombres sentían por su hija mayor, pero Carmen, a sus dieciocho años de edad, pensaba que su madre era una exagerada.

¿Qué le podría pasar?

Cuando la luz del día se extinguió y dio pasó a la que proyectaban los miles de farolillos de colores que adornaban el recinto, todavía le quedaban algunas

flores por vender.

Macarena, que así se llamaba su hermana, se había ido a casa hacía más de media hora. Carmen no quería perder la oportunidad de terminar de vender su mercancía, que al día siguiente estaría mustia, y decidió quedarse un poco más. Sabía que su madre le regañaría cuando llegara tan tarde a casa pero, aun así, se quedó.

Esa fue la primera vez que tuvo delante de sus ojos a Abdón.

Él era tan apuesto, con su rubia melena rizada y tenía la mirada de un azul tan inocente que, cuando se acercó a ella con su hermoso caballo blanco, Carmen se quedó impactada por su porte y no le pudo ignorar, como hacía habitualmente con todos sus pretendientes.

El resto de días de feria fueron una bronca continua con su madre, pero ella no iba a quedarse en casa. Para cinco días que duraba la feria, había que aprovecharla al máximo.

Cada día, en cuanto anochece, el hombre aparecía para acompañarla a su casa. Carmen a la tercera noche, bajó la guardia y se dejó llevar en la grupa del caballo hasta una calle cerca

de su domicilio.

Con el plan que tenía su madre, si quería poder salir el resto de días de feria, no podía dejarse ver acompañada de un desconocido.

Cuando fue a bajar del caballo él se le adelantó, sujetándola por la cintura y acercándola a su cuerpo para besarla en los labios. Ese fue su primer beso de amor y a ella le supo a gloria.

Que atrevida es la ignorancia.

La última noche de feria él la fue a buscar como cada día. Esta vez la montó delante de él, sobre sus piernas rodeándola con sus brazos. Ese gesto, que en ese momento a ella le pareció cariñoso, en realidad se trataba algo totalmente distinto.

Mientras iba apoyada cariñosamente en el pecho de Abdón con los ojos

cerrados, disfrutando del momento, el olor del río la hizo darse cuenta de que las calles por donde iban pasando, no eran las que se dirigían a su casa.

- *¿Dónde me llevas? – preguntó mirando hacia todos lados.*

El hombre atizó fuertemente a su montura y salió disparado hacia delante, atravesando a galope tendido

el puente que cruzaba el río Guadalquivir.

Cuando llegaron a la otra orilla del Puente de Triana, Carmen reaccionó y el instinto de protección la hizo comenzar a dar patadas intentando bajarse de la montura. Abdón sacó rápidamente un pañuelo de su bolsillo y se lo puso en la boca.

La luz se apagó y la oscuridad se hizo

con ella y con su vida desde ese momento en adelante.

Capítulo 1



Había hecho con él lo mismo que hacía tantos años, alguien a quien odiaba con todo lo que tenía, había hecho con ella.

Le había impuesto su voluntad por un motivo egoísta. Aunque no fuese tan

cruel, vil e injusto cómo lo que había tenido que sufrir ella en sus propias carnes, al fin y al cabo, le había obligado a seguir con su existencia de una manera que no sabía si él estaba dispuesto a asumir y sólo, por el más puro egoísmo.

Ella había decidido que no podía dejarle ir.

Los ojos de Carmen estaban clavados en

el plato vacío que tenía delante, mientras su cerebro hacía de las suyas, mezclando el pasado con el presente y sacando de ello una pútrida pócima que le estaba destrozando anímicamente.

Su amiga Marta le había convencido para que asistiera a la cena que iban a celebrar en El Pote con todo el grupo de amigos, compañeros y personas que habían aparecido en sus vidas

últimamente y que habían resultado ser gente con la que se podía contar. Marta le había indicado que no podía faltar o la fiesta no sería lo mismo. Y ella, que últimamente no podía decirle que no a nada de lo que le pidiera esa bruja pelirroja, había aceptado la invitación.

Las conversaciones de sus compañeros de mesa se mezclaban unas con otras, los tonos alegres y distendidos entraban

por sus oídos sin hacer ni el más mínimo efecto porque, aunque ella contara con una hermosa imagen externa, era sólo eso, una cascara pulida y brillante que conseguía dejar a todo el mundo embobado mirándola y que hacía pensar a los seres que la observaban y la escuchaban hablar que en ella era todo bello.

Mentira. Era todo una mentira de

mierda.

Sólo necesitaba un golpe más, uno certero en su línea de flotación, para que la fina estructura que cubría su desolado espíritu se desquebrajara e hiciera que todo su ser se derritiera, desmaterializándose poco a poco como si fuera una intrincada y bella figura tallada en el hielo, la cual, después de

ser utilizada como atrezo en alguna ostentosa fiesta, se la dejaba tirada en cualquier callejón trasero, bajo los abrasadores rayos solares, para que se deshiciera lentamente y su esencia se derramara por el suelo, mientras se teñía con toda la porquería que se iba encontrando por el camino hasta desaparecer por la cloaca más cercana.

Tenía cada detalle de la decoración de

la vajilla memorizado en su cerebro. Las flores se enredaban en el plato con sus tallos y pétalos perdiéndose debajo de los alimentos removidos y no comidos.

Su mente se desconectó de sus pensamientos decorativos, cuando un olor invadió sus desarrolladas fosas nasales, haciéndole cerrar los ojos por un momento. El conocido aroma tenía unos matices diferentes que le hacían

aún más atractivo, si eso era posible.

El sonido de la silla que tenía frente a ella le sacó de su ensoñación y abrió los ojos justo cuando una versión mucho más alta, fuerte y atractiva de Michael se sentaba, clavando unos escrutadores ojos en ella.

Carmen tragó saliva, pues su naturaleza vampírica amenazó con hacer aparición y algo muy fuerte y primario la invadió.

Tuvo que hacer un esfuerzo épico para no saltar por encima de la mesa y clavar sus colmillos en la garganta del hombre, ahora vampiro, que tenía enfrente.

Jamás olvidaría el sabor de su sangre humana.

Y eso era lo que quedaría atesorado en su cerebro, porque estaba segura que ahora ya no querría saber nada más de ella.

Siempre, aunque no se había dado cuenta hasta ahora, había añorado los momentos a solas con Michael en el Hematology. Su presencia le sentaba bien, era como un bálsamo en su cerebro, que le sacaba de esa larguísima depresión donde estaba sumido su verdadero yo desde hacía casi un siglo.

El rechazo de Michael sería el golpe de gracia y Carmen no quería hundirse allí,

delante de todos sus amigos. Así que había decidido evitar la mirada del neófito, ya le encararía en otro momento, donde no hubiera tantos testigos de su desplome.

Carmen volvió a bajar la cabeza y se concentró en observar cómo le ponían y quitaban los floreados platos delante, con sus diferentes alimentos perfectamente presentados que no probó

y que tan sólo revolvió ligeramente con sus cubiertos.

Su actual apetito, no se vería saciado con esos manjares. El elixir de vida que embargaba sus sentidos era lo único que su cerebro reclamaba con ansia, pero eso no estaba, ni mucho menos, a su alcance.

Sentía los ojos de Michael clavados en ella pero, como una maldita cobarde, no

tuvo el valor de levantar la vista para encarar al vampiro. Fueron las dos horas más largas de toda su vida vampírica porque, de la otra vida...

Despertó sobre un jergón en una habitación oscura y húmeda. Estaba maniatada a la altura de las muñecas, a unas argollas que colgaban de las paredes mediante una cadena con

grilletes. Observó con pánico lo que le rodeaba y lo primero que se le vino a la cabeza fue, que estaba en la celda de una cárcel.

Pero ¿por qué motivo? Su memoria estaba totalmente bloqueada.

Examinó con la mirada su alrededor más detenidamente: Un orinal, una palangana con una jarra la cual, dejaba ver un líquido en su superficie

que le quitaba las ganas a cualquiera siquiera de meter un dedo a su lado y, justo al lado, un paño mal doblado. Todo ello en el suelo, pues en la celda no había ningún mueble.

Un sonido procedente del otro lado de la habitación, llamó su atención y ella giró la cabeza hacia la fuente del sonido. Una puerta, que hasta ese momento no había tenido consciencia

de que estaba allí, se abrió.

El hombre que entró por ella, aunque no lo supiera en ese momento, sería la persona más cruel que conocería en su corta vida humana y en su larga existencia como vampira.

- *Esta es buena – dijo el hombre – ¿estás seguro de que es virgen?*

El hombre hablaba con alguien que se

había quedado fuera, mientras él se acercaba a grandes zancadas para examinarla más de cerca.

- *Si es verdad que es pura, esto te valdrá un año de indulto – dijo sin retirar los ojos de ella.*

- *Yo no he hecho nada – atinó a decir Carmen.*

El fuerte bofetón le hizo torcer la cabeza, hasta el límite que le permitía

su columna vertebral, fue la primera de las lecciones que aprendería del proxeneta.

Alguien le dirigió la palabra, haciendo que saliera de los malditos recuerdos que tanto le habían atormentado durante todos esos años.

- ¡¡Tierra llamando a Carmen!! – dijo la voz de Marta.

La pelirroja se había levantado de su sitio junto a Tom y ahora estaba delante de ella con una sonrisa en los labios, aunque el tono de su piel era más bien ceniciento. Carmen estaba segura, que los instintos empáticos con los que contaba su amiga bruja, se estaban viendo afectados por su estado de ánimo.

-

Di-dime mi alma –

contestó Carmen, mientras se pasaba la yema de los dedos por las puntas de su ahora corto cabello.

- Miguel y Skule están esperando para despedirse de ti antes de cortar la comunicación – le explicó.

- Ah, perdón – ¿ya habían terminado de cenar? – pasarlo bien

chicos, nos vemos a la vuelta –
dijo de una manera mecánica.

Todos se levantaron de la mesa con la intención de ir a tomar algo al Hematology. Carmen desde que había tenido su crisis y después, la trascendental conversación con Marta, estaba intentando delegar en sus empleados para poder tener algo más de vida, que no fuera solo dormir y

trabajar.

Como si fuera a hacer algo más interesante.

Bob, su fiel empleado, se había hecho cargo del club y Carmen no había tenido ningún ataque de pánico por no estar ella al mando.

Como mínimo sorprendente.

Marta obraba milagros con sus poderes curativos, estaba segura que los estaba

utilizando en su mente aunque ella no se diera cuenta.

Aunque estaba invitado, nadie le había insistido especialmente para que aceptara ir a la cena. Bueno si, esa inmensa fuerza de atracción que le obligaba a acercarse inexorablemente hacia donde fuera que ella se encontrara y la visita rápida que había hecho al

club, por primera vez desde su conversión, que le había dejado las cosas bastante claras.

El camarero que había detrás de la barra no era precisamente lo que él esperaba encontrarse. Bob le sirvió amablemente su cerveza y le comentó que la jefa estaba de cena, algo que él ya se había imaginado al no verla tras la barra y, por supuesto, después de beberse el tercio

de dos tragos, se fue directamente hacia donde estaban todos sus amigos reunidos.

Y ella.

Entró en el salón sintiendo las miradas de todos clavarse fijamente en él. Unos algo extrañados por no entender que había de diferente en él y otros, que si sabían a qué se debía el cambio, con recelo por comprender por lo que estaba

pasando físicamente y mentalmente y por no tener del todo claro que tuviera controlada la sed.

Carmen levantó rápidamente la mirada cuando él movió la silla libre frente a ella, pero inmediatamente la volvió a clavar en el plato.

Michael la observó con sus nuevos ojos y le pareció tan hermosa, que sus rodillas estuvieron a punto de doblarse y

caer al suelo patéticamente, delante de todos.

Siempre había pensado, erróneamente, que uno de los mayores atractivos de aquella vampira era su exuberante melena que, aunque la llevaba normalmente recogida, no podía recordar las veces que había podido soñar con hundir sus dedos en ella.

La última, cuando estuvo entre la vida y

la muerte hacia unas semanas.

Aunque eso no tenía del todo claro que hubiese sido un sueño, pues todavía sentía los suaves mechones entre sus dedos.

Durante las dos horas que no desclavó los ojos de ella, no pudo encontrar ni la más mínima pega al nuevo corte de pelo que se había hecho. Seguía siendo la vampira más hermosa del universo y,

ahora que podía entender en su interior la fuerza de la atracción que sentían sus amigos hacia sus parejas de vida, no le cabía la más mínima duda. Esa hembra era su pareja de vida y mataría a cualquiera que simplemente lo pusiera en duda. Pero había algo que le frenaba a cogerla de la mano y sacarla del restaurante para ponerle las cosas claras.

Ella no le había ni siquiera mirado a la cara.

¿Por qué no le miraba?

¿Estaría arrepentida de haberle convertido en vampiro?

Michael se devanaba los sesos mirándola fijamente, como si quisiera traspasar su cráneo, para poder saber qué coño pasaba por su preciosa cabeza, cuando Marta se levantó de su asiento y

se acercó a ella diciéndole algo al oído, mientras le acariciaba la espalda.

¿Desde cuándo Carmen se dejaba tocar por nadie?

Michael cambió la mirada hacia Tom y le vio conversando con Carlos tranquilamente, sin ningún ápice de preocupación de que su pareja humana, estuviera jugándose la vida al tocar a Carmen. Aunque nadie decía nada, era

por todos sabido que la Vampira andaluza no llevaba muy bien que se acercaran a ella y, mucho menos, que la tocaran directamente.

En las cuatro semanas que llevaba fuera de juego había habido cambios en las rutinas del grupo.

Michael miró hacia donde se dirigían todas las miradas. En la pantalla de un ordenador portátil estaban las dos caras

sonrientes de Skule y Miguel, que al parecer, estaban participando en la cena con ellos mediante videoconferencia.

Los dos sonreían como lo que eran, una pareja de vida que se encuentra y se reconoce, aunque Michel no pudo pasar por alto algo en la mirada de la mestiza.

Ahora que se sentía mucho más controlado, tenía que ponerse al día con las novedades para poder realizar su

trabajo.

Lo de la baja se iba a terminar ya.

La cena se dio por concluida y todos se levantaron con la intención de irse al club. Era sábado por la noche, al día siguiente no se trabajaba y había mucho que celebrar.

Marta se había tenido que levantar varias veces para ir al baño a vomitar.

La empatía que sentía por su amiga Carmen la estaba matando, iba a tener que coger algún medicamento en la farmacia para que le calmara el estómago mientras estos dos no aclararan su historia. Si alguna vez la aclaraban.

Cuando salió del baño por quinta vez, Tom la estaba esperando en el pasillo con la cazadora puesta, el abrigo y el

bolso de Marta en la mano.

- ¿Cómo te encuentras? – le pregunto mientras le ayudaba a ponerse el abrigo.

- Estoy un poco revuelta – dijo Marta, mientras se metía un chicle de menta en la boca.

- ¿Prefieres que nos vayamos a casa? – Tom la miraba preocupado.

- No – dijo rotunda – en el club me encontraré mejor.

- Esto tiene algo que ver con Carmen ¿verdad? – dijo mirándola fijamente.

- Sí. Lo está pasado especialmente mal y ya sabes lo que me pasa con esas cosas.

- Ya – dijo Tom no queriendo meterse mucho en el

tema. Su pareja era una mujer adulta y no iba a ser él, el que le dijera lo que debía hacer... de momento.

Los dos salieron los últimos del restaurante y se fueron dando un paseo hasta el Club.

La pista como siempre estaba llena de los compañeros más marchosos bailando, buscó a Carmen y la encontró

ocupado su puesto detrás de la barra. El estar ocupada le había debido de tranquilizar, pues Marta no sintió que su estómago se quedaba tranquilo.

Tom la guio hacia la mesa donde estaban sentados todos los compañeros. Marta se dio cuenta que intentaba alejarla de Carmen disimuladamente, pues su rutina habitual era ir hacia la barra y sentarse junto a Stefan y Michael en un taburete a

charlar un rato, mientras ella se iba a bailar a la pista con sus compañeras.

Tom no era de mesas.

Los dos se sentaron junto a Carlos y una Jimena cada vez más grande y allí pasaron el resto de la velada hablando con ellos. Marta no quitó ojo en todo el rato a Carmen y Michael. Esto tenía que terminar de alguna manera y ella esperaba que fuera la correcta.

Se metió en la barra en cuanto llegaron al Club.

Bob se ofreció a seguir detrás de la barra para que ella siguiera divirtiéndose, pero Carmen se negó rotundamente a estar más tiempo sin saber dónde meterse. Ese era su hábitat, un lugar conocido donde se sabía mover y que le proporcionaba el suficiente

trabajo como para no pensar, al menos cada segundo, en Michael.

El local estaba hasta los topes y las horas pasaron lo suficientemente deprisa, como para poder soportar el nudo que la ansiedad le había puesto en el estómago. Todos se divertían, mientras ella se movía de un lado para otro de la barra sirviendo los pedidos.

Su maldito cerebro ya tenía otra cosa en

la que ocuparse.

Carmen se dirigió, con los zapatos en la mano, por el pasillo de su apartamento en dirección al cuarto de baño. La fiesta había terminado a altas horas de la madrugada y la idea de meterse bajo los chorros de su enorme ducha, era demasiado atractiva como para ser ignorada.

Se desnudó frente al espejo y comenzó a

desmaquillarse recordando los acontecimientos de la noche. Se les veía a todos tan felices, que se sintió culpable de no saber cómo encajar en ese estado de ánimo para que la vida fuera más fácil y nadie se preocupara de ella y de sus ataques de pánico. Estaba contenta por la felicidad de los demás, eso no había ni qué dudarlo, varios de sus mejores amigos habían encontrado a

sus parejas y ahora estaban disfrutando de su larga existencia cómo nunca lo habían hecho antes, incluso Carlos iba a tener un hijo con Jimena. Eso era el algo que superaba sus sueños.

Miró su plano e inútil abdomen, mientras los recuerdos hacían que una lágrima resbalara por su mejilla.

El dolor era tan intenso que Carmen pensó que las enfermedades venéreas y

todas las asquerosidades que ella estaba obligada a hacer, por fin acabarían con su pesadilla y moriría de una maldita vez. Sus gritos eran tan desgarradores que alguien abrió la puerta de su celda, entrando para obligarla a callar aunque fuera a latigazos, pero en vez de eso el hombre se quedó mirándola con los ojos como platos y salió hacia el pasillo

volviendo a cerrar la puerta con llave.

Al cabo de un tiempo indefinido en medio de su agonía, escuchó los pasos que se acercaban a toda velocidad por el pasillo. Rogó para que no fuera ningún hombre en busca de sexo con ella. Era consciente de que había más mujeres en su misma situación en ese pasillo y lo sentía tanto por ellas, que le dolía el pecho cuando las escuchaba

chillar y llorar desde sus celdas, pero no podía evitar sentir alivio cuando era la puerta de otra la que se abría.

Su garganta se apretó haciendo que le faltara el aire, cuando se dio cuenta de que en este caso, no iba a tener esa suerte. El sonido de la cerradura de su puerta hizo que todas sus esperanzas se desvanecieran.

Carmen se metió en la ducha diciéndose

a sí misma, que eso había pasado hacía muchos años y que nada podía hacer ya para cambiarlo.

Era su pena y tenía que cargar con ella para el resto de su existencia.

Capítulo 2



Adrián había estado toda la noche pendiente de su teléfono móvil, por si llegaba alguna urgencia a la clínica.

En esos momentos y durante un par de semanas, iba a ser el único médico

vampiro, o en su caso mestizo, de la zona y tenía que estar disponible las veinticuatro horas del día. Aunque un ojo lo tenía en el dichoso aparato, el otro no se había despegado de Agnetha.

Era sencillamente perfecta.

Su cerebro colapsaba únicamente con la imagen de la mujer delante de sus ojos.

Era tan... tan ella.

No sabía si podría manejar por mucho

tiempo, el no lanzarse como un poseso sobre sus atractivos labios y devorarla como si fuera la única cosa que le salvara de caer por un precipicio, hacia su propia destrucción.

Mía.

Esa corta palabra con su inmenso significado, tronó dentro de su cráneo dejándole paralizado, mientras su lado racional evaluaba lo que eso

significaba.

Era total y completamente imposible que su lado vampiro, consiguiera manejar que esa mujer se distanciara de él y continuar mentalmente sano. Si contábamos con el detalle de que Agnetha vivía a unos cuantos miles de kilómetros de Nueva York y con un océano de por medio, la ecuación daba un único resultado.

Estaba-muy-jodido.

Su hermana Thora se había relajado bastante, desde que toda la situación había quedado aclarada pero su naturaleza desconfiada, no le permitía terminar de estar a gusto con todos ellos. Le había escuchado en varias ocasiones que debían volver a casa y reunirse con su hermana mayor, para ocuparse de los deberes que tenían para con todas sus

hermanas pero, su pequeña Agnetha, le había pedido que se quedaran por unos días para disfrutar de la ciudad y hacer turismo.

Thora había accedido a regañadientes quedarse una semana, antes de volver a las gélidas tierras del norte de Europa, donde tenían su hogar.

¿Necesitarían médicos los vampiros de esa zona?

En cuanto viniera Miguel de su viaje hablaría con él.

Apenas había comido en la cena, pues todo lo que podía hacer era mirar a la pequeña mujer que se sentaba frente a él y, que de vez en cuando, le devolvía la mirada con una sonrisa en los labios. Su hermana/guardiana no hacía más que mirar de un lado a otro con el ceño fruncido, como si estuviera descifrando

una complicada ecuación y estuviera a punto de dar con la solución.

Cuando terminó la cena, Carlos invitó a todo el mundo a desplazarse hacia el Club de su propiedad. Thora comenzó a disculparse para no ir, con la excusa de que su hermana tenía que descansar, pues todavía estaba convaleciente.

Adrián miró a los ojos de Agnetha y sintió como en ese momento, otra de las

clavijas del destino estaba conectando entre ellos, hubiera encajado y la conexión entre ellos fuera mucho más fuerte.

- Yo si voy –dijo firmemente Agnetha sin dejar de mirar a Adrián.

- Pero... - Thora cerró la boca antes de terminar su frase y, a cambio, soltó un bufido de

exasperación – está bien pero solo un rato.

Adrián observó como la cabeza de Agnetha asentía levemente, mientras los dos no dejaban de mirarse a los ojos fijamente.

¿Que tenían esos ojos que no podía dejar de mirarlos?

¿Se podía estar totalmente atraída por

alguien que habías conocido tan solo
hacía unos días?

Pues estaba claro que sí.

Agnetha no sabía que le pasaba cuando
los ojos del doctor se clavaban en los
suyos pero, lo que si sabía, era que el
solo pensamiento de alejarse de él le
hacía arder la piel.

Aun le quedaban cinco días en Nueva
York y no iba a amargárselos pensando

en lo que iba a pasar después. Ya lo afrontaría cuando llegara el momento.

Cuando entraron en el moderno club, las luces de la solitaria pista bailaban al ritmo de la música. Fijó la vista en su hermana, que iba cogida de su mano derecha, buscando su mirada para comprobar su reacción hacia la explosión de luz y sonido que hacía que todos sus sentidos brincaran de

excitación. Pero Thora sólo le devolvió una mirada furibunda, dejando claro que no le apetecía nada estar allí.

Iba a preguntarle qué narices le pasaba, cuando sintió el toque de la mano de Adrián en su espalda, guiándola suavemente hacia la mesa donde había sentados algunos de los miembros del grupo y se le olvidó completamente el ceño fruncido de su visceral hermana

que, apretando fuertemente su mano para no soltarse, se sentó a su lado mientras resoplaba ruidosamente.

Aunque Agnetha no podía evitar sentirse culpable por que su hermana no estuviese a gusto con la decisión de quedarse unos días, en este caso se iba a tener que aguantar, pues no pensaba ceder ni un solo minuto.

A partir del momento en que tomaron

asiento, todos lo que les rodeaban desaparecieron, solamente estaban ellos dos hablando y conociéndose mejor.

Agnetha escuchaba hipnotizada por la cadencia de la voz masculina de Adrián, cuando sintió que su urticaria le estaba queriendo avisar de algo. Miró hacia su hermana, pero lo único que encontró fue la silla vacía.

¿Cuándo se había levantado?

Echó un vistazo alrededor del local intentando localizarla, cuando la voz de Adrián susurro tan cerca de su oído que le puso la piel de gallina.

- Se fue hacia la barra hace cinco minutos.

- No la veo – dijo Agnetha escaneando la barra con la mirada.

Adrián se levantó de la silla y se fue hacia la barra, cuando llegó habló con

uno de los hermanos gemelos. Los ojos del ruso hicieron un gesto hacia los aseos y entrecerró los ojos ante algo que le dijo el doctor, no podía ver la cara de Adrián, pero estaba segura que por el gesto del ruso, no había sido un chiste precisamente.

Agnetha se levantó sin esperar a que Adrián volviera a la mesa y se fue directamente a los aseos a buscar a su

hermana. Según abrió la puerta empezó a rascarse los brazos como un perro pulgoso.

Thora necesitaba irse de esa ciudad de locos cuanto antes. No le gustaba nada el sentirse tan pequeña como una hormiga en ese mar de gente que era Nueva York.

Había accedido a quedarse unos días

más, para que su hermana terminara de recuperarse de sus heridas internas, antes de enfrentarse al largo vuelo transoceánico que les llevaría a su hogar. Además, estaba el tema de que su hermana Ursa, no le gustaba nada haberla dejado sola en Dunderland, aunque la historia de Skule parecía tener todos los indicios de que la maldita Nanna había muerto, su naturaleza

desconfiada le hacía que no las tuviera todas consigo, hasta que el cadáver no apareciera y, de momento, eso no había ocurrido.

En el moderno club donde todos ellos iban a pasar el rato, Thora se sintió totalmente fuera de lugar. Era uno de esos sitios, en los que la gente se divertía y se relacionaba entre sí, como si no hubiese otra opción. Miró a su

alrededor desde la silla que ocupaba en la mesa privada de sus acompañantes y se sintió una intrusa entre tanta alegría.

A su lado su hermana hablaba con el joven doctor que le había salvado la vida, ella se había descolgado de la conversación hacia un rato, cuando se dio cuenta de que no pintaba nada en aquel cruce de palabras.

Si no fuera porque, de ninguna de las

maneras iba a dejar sola a su hermana pequeña en ese hormiguero en el que llevaban metidas varios días, se habría ido a la habitación de la clínica, donde las habían dejado hospedarse por los días que estuvieran en la ciudad.

Thora miraba cada rincón del local memorizando cada una de las salidas al exterior, cuando la silla que estaba a su izquierda se movió y un inmenso cuerpo

se interpuso entre sus ojos y el resto del local.

- ¿Estás aburrida bella mujer? – dijo la voz con un marcado acento ruso.

Thora miró hacia arriba para confirmar quien de los tres rusos con los que había cenado, era el que se había sentado delante de ella.

- ¿Tan obvio es? – contestó

cuando reconoció al hombre.

Era el mismo que había estado mirándola furtivamente durante la cena.

Todos le habían llamado por el nombre de Borya y a ella no le había pasado desapercibido.

Era hermoso.

Aunque tenía un gran parecido con su hermano Desya, había algo que les diferenciaba y qué le hacía más

atractivo a sus ojos. Pero, aunque fuera una pena, este no era ni el momento ni el lugar para ahondar en ello, ella estaba aquí para proteger a su hermana y punto.

- ¿Me dejarías invitarte a una copa en la barra mi *ved'ma*? –
dijo mirándola fijamente, con unos ojos tan verdes que parecían artificiales.

- Estoy aquí con mi hermana

– contesto ella rápidamente – y yo no soy tu brujita – puntualizó.

Él alzó una ceja como respuesta y Thora giró la cabeza para ver a su hermana cada vez más cerca del doctor y más alejada de ella.

- Ehhh... - maldita sea.

- Vamos *ved'ma* la noche es joven – dijo llamándola de nuevo brujita en ruso.

Y sin más, se vio arrastrada por una enorme mano hacia el rincón de la barra que estaba más oscuro. El enorme vampiro la sentó sobre un taburete como si fuera una niña pequeña y no pesara más que una pluma y la miró fijamente.

Thora se había quedado tan sorprendida que no había podido ni siquiera protestar. Era la primera vez que se sentía más débil que alguien. Pero, en el

momento que reaccionó, su genio salió del rincón de su cerebro donde se había aletargado, cuando aquel enorme macho la había abordado y frunció el entrecejo mientras le asesinaba con la mirada.

- La próxima vez esperas a que te de mi consentimiento o atente a las consecuencias – dijo en un tono gélido.

- Oh *ved'ma*, me lo diste –

dijo el ruso con una sonrisa prepotente en su boca.

- En ningún momento dije que sí – protestó ella.

- Si lo hiciste – dijo él arrastrando las palabras, mientras acercaba la boca a su oído – lo hiciste con tu cuerpo. Recuerda que soy vampiro y mi olfato está muy desarrollado.

Thora sintió como su piel se erizaba y, por primera vez en su vida, se ruborizó. Empujó al prepotente vampiro y bajó del taburete dejándole allí plantado mientras se dirigía al aseo. Menos mal que en ese momento los aseos estaban vacíos, porque Thora entró como una tromba encerrándose en una de las cabinas. Estaba totalmente indignada por su propia actitud.

¿Por qué se había dejado arrastrar por ese macho?

Estaba claro que se había sentido excitada por él, pero no pensó que fuera tan evidente como para que el vampiro se hubiera dado cuenta y la hubiera pillado con la guardia tan baja.

Eso no era propio de ella.

Cuando sintió la conocida presencia al otro lado de la puerta, se recolocó y

salió hacia los lavabos. Su hermana estaba apoyada por las caderas en la encimera y la miraba con los brazos cruzados y cara de preocupación.

- ¿Qué va mal? – dijo mientras se rascaba convulsivamente los brazos.

- Nada – contestó secamente ella mientras se dirigía hacia la salida.

- No me mientas – dijo
mientras se interponía en su camino
– sabes que eso no funciona entre
nosotras.

- Estoy bien, no te
preocupes – dijo soltando el aire
que retenía en sus pulmones –
simplemente, el estar tan lejos de
Ursa y de nuestro hogar, me está
afectando.

Agnetha la miró sabiendo que no le estaba contando toda la verdad, pero lo dejó estar. Ella mejor que nadie conocía a su hermana y sabía que no era una persona a la que se debiera presionar.

Thora sintió como su hermana se guardaba para sí su siguiente pregunta y dio gracias al universo de que Agnetha la conociera tan bien. La cogió de su pequeña mano y salieron juntas hacia el

club, con la esperanza de que nadie, excepto los que habían estado involucrados, se hubiese percatado de la penosa escena.

Miró a la barra sin poderlo evitar y se sorprendió, por el ramalazo de decepción que sintió, al ver que donde había estado sentada junto al vampiro ruso, sólo quedaban dos taburetes vacíos y un vaso en el mismo estado.

¿Esa sensación en el pecho era frustración?

Borya miraba fijamente el pasillo de los aseos por donde la bella bruja nórdica había desaparecido. Intentaba descifrar el misterio por el cual, se sentía totalmente atraído por esa agresiva mujer.

No era su estilo para nada. A él le

gustaban morenas y, sobre todo, sumisas.

¡Qué erótica imagen estaba imaginándose con ella sometiendo a él!

- Sal de tu retorcida imaginación hermano – la voz de Desya le hizo cambiar la mirada, de donde su depredador interno la había puesto.

- Hey hermano, no

encuentras nada interesante en lo que entretenerte.

- No – dijo ocupando el sitio que Thora había dejado libre – Ni los machos, ni las hembras de esta noche, tienen mis mismos anhelos.

- Yo conozco a dos que se decantan por ellos – dijo distraídamente Borya mientras se

llevaba el vaso a la boca.

- Uno es amigo y el otro, aunque no lo sepa todavía, está ya emparejado – Desya le quitó la bebida a su hermano y le dio un trago.

- Está claro que esta no es nuestra noche.

- Nop.

La hermana pequeña de su *ved'ma* se

dirigió en ese mismo momento hacia los aseos y ese fue el momento en que él decidió que no pintaba nada allí. Cogiendo su cazadora se fue hacia la salida, mientras su hermano le seguía. Se iría hacia la casa de Stefan, que era donde se estaban alojando en la gran ciudad.

Carlos les había pedido que acompañara a las mujeres a sus tierras y que se

aseguraran de que todo estaba bien por allí antes de que se fueran hacia Rusia.

Pero, por lo visto, ellas habían querido quedarse unos días en la ciudad y ellos no tenían ningún problema para estar unos días más con sus amigos, así que habían accedido a la petición de Carlos sin ningún problema.

Pero ahí estaba él con un runrún en su cerebro que nunca había sentido. Era

algo que no había percibido nunca en sus propias carnes, pero de lo que había escuchado hablar a sus congéneres con devoción.

La pareja de vida.

Su bruja, su *ved'ma*.

Capítulo 3

A decorative graphic featuring a single rose in bloom on a stem with several thorns and leaves. The rose is positioned to the right of the chapter title. The entire graphic is rendered in a dark, monochromatic style.

Todavía las imágenes de la noche del sábado se repetían en su cerebro.

Después de la cena todos se fueron a El Hematology y, como siempre, él se quedó sentado en su rincón de la barra

con un whisky entre las manos.

Carmen se movía de un lado a otro sin parar, sirviendo copas a todo el mundo y, de paso, evitando su mirada como había hecho durante toda la noche. Su patético plan era esperar a que se fuera todo el mundo y hablar con ella a solas al final de la noche.

Las horas pasaron y los clientes fueron desapareciendo del local.

Carmen hacía ya un rato que se había metido en el almacén y Michael no quitaba la mirada de la puerta. Al cabo de cinco minutos la puerta se abrió y la persona que salió del almacén no tenía nada que ver con su vampira. Bob cogió los mandos de la barra dejando a Michael con un palmo de narices.

El tiempo pasó y Carmen no volvió a aparecer por el club. Michael comprobó

su reloj, eran las 5:00 am cuando sintió que alguien arrastraba una silla y se sentaba a su lado.

Carlos le miraba fijamente.

- Hace más de dos horas que te vi salir con tu esposa – dijo Michael mirando a su jefe por encima del vaso de whisky que le acababa de servir Bob.

- Si – contestó Carlos –

Jimena estaba cansada.

- ¿Se te ha olvidado algo? –

Michael dejó el vaso en la barra.

- Acompañar a un amigo –

Carlos levantó la mano haciendo un gesto a Bob, para que le sirviera lo mismo que tomaba Michael.

- Te agradezco el gesto,
pero no soy muy buena compañía –
dijo Michael.

- ¿Hasta qué hora piensas estar aquí? – preguntó Carlos.

- No lo sé – contestó.

- Sabes que la luz diurna no es muy recomendable ahora ¿verdad? – Carlos dio un trago a su vaso.

- Lo tengo controlado – mintió.

- Bien – contestó Carlos.

Los dos se dedicaron a beber en silencio, mientras el reloj se acercaba peligrosamente a la hora del amanecer.

Michael se dio por vencido, pagó su cuenta y la consumición de Carlos y se dirigió a la salida seguido por su jefe.

Fueron andando hasta el edificio donde los dos tenían su hogar. Carlos le propuso un acuerdo el cual Michael aceptó y no se separó de él hasta que le

vio entrar por la puerta de su apartamento, despidiéndose con un leve gesto de cabeza.

Michael se sentó en el borde de la cama y hundió la cara entre sus manos. De repente su móvil comenzó a vibrar en su trasero, haciéndole levantarse para sacarlo del bolsillo de sus vaqueros, lo silenció sin mirar la pantalla y lo lanzó sobre la cama mientras se dirigía hacia

la ducha.

Carmen se sintió como una estúpida, cuando soltó bruscamente su teléfono sobre la encimera de la cocina como si estuviese bañado en plata.

Igual las miradas que Michael le había dedicado durante toda la noche, eran sólo por el odio que ahora sentía hacía ella, por haberle convertido sin su

consentimiento.

Había estado evitando sus ojos toda la noche como una cobarde y cuando ya no había podido soportarlo más, se había escondido en su casa y le había pedido a Bob que se encargara de los últimos clientes que quedaban en el local y del cierre.

El fiel empleado lo había hecho sin ningún problema y Carmen se sentía

totalmente aliviada de haber seguido los consejos de su amiga Marta, sobre que tenía que aprender a delegar en él. Después de comprobar el instinto de la bruja pelirroja y la facilidad con que reconocía las intenciones de los demás, Carmen había decidido confiar algo más en él y, poco a poco, irle permitiendo que se encargara de más responsabilidades, aparte de la puerta

de acceso al local y la seguridad del mismo.

Medio siglo de desconfianza en el ser humano no se podía quitar en pocos días.

Se había sentado en el taburete de la cocina y comenzó a leer los mensajes de WhatsApp del grupo que tenían todos los amigos. Miguel y Skule habían mandado unas fotos de Toledo y

comentaban que iban a hacer un recorrido por las ciudades más bellas de España. Al día siguiente cogerían el AVE en dirección a Sevilla, haciendo una parada en Córdoba, antiguo Califato y capital de Al-Ándalus, la ciudad todavía conservaba su impresionante casco antiguo con el encanto de los antiguos pobladores musulmanes y disfrutar con todas las joyas que

escondía la ciudad, entre las cuales les habían recomendado los patios de algunas casas que habían sido declarados patrimonio de la humanidad.

Carmen no pudo evitar sonreír al ver una foto que enviaban hecha con un palo de selfie. Se les veía a los dos abrazados en la estación del AVE de Toledo, como lo que eran, dos enamorados.

¡Estaba tan feliz por ellos después de todo lo que habían pasado! habían conseguido que su amor ganara a todo lo demás, que no había sido poco.

Y ese fue el momento en que, en un arrebato, cogió su móvil y envió un mensaje privado a Michael.

- *“Tenemos que hablar”*

-

Carmen esperó al doble tick pero este

no llegó.

Ni siquiera quería leer sus mensajes.

Dejo el teléfono sobre la encimera y se fue hacia la ducha maldiciéndose por haber enviado el mensaje.

El agua de la ducha se derramaba por su cuerpo y caía por sus piernas escurriéndose entre ellas, hasta desembocar en el desagüe y desaparecer para siempre.

Carmen, retorciéndose de dolores sobre su raído colchón, respiró aliviada al ver que la persona que cruzaba la puerta, era la desagradable mujer que iba de vez en cuando a examinar sus partes íntimas, para comprobar que podía continuar siendo explotada por el odioso proxeneta que la había secuestrado. Aunque no era plato de gusto las exploraciones de la decrepita

anciana, siempre era preferible que la violación.

No sabía si podría soportar el admitir un hombre dentro de ella con los dolores que sufría en su vientre y que le empujaba con todas sus fuerzas hacia su vagina, como si algo quisiera salir de su cuerpo y ella no pudiera hacer nada para evitarlo.

Ella pensó que los dolores de cuando

fue violada por primera vez robándole su virginidad. Esos no podían ser comparados con nada, pero ahora dudaba de ello. Su único alivio era la posibilidad de que esto le llevara a la muerte, pues estaba segura que sería su única salida de ese infierno.

Al principio había tenido la esperanza de que todo aquello fuera una pesadilla y de que de alguna manera podría

escapar. De hecho una noche la había visitado el culpable de sus desgracias y la había engañado diciendo que la iba a sacar de allí en cuanto tuviera la oportunidad, Carmen estuvo tan agradecida a esas palabras que le entregó su cuerpo por propia voluntad y mantuvieron relaciones sexuales durante todo un día. Pero el dueño de todo aquello les descubrió y amenazó

con delatarle sobre algo que ella no llegaba a entender, si no le pagaba cada minuto que había utilizado su mercancía sin su permiso.

Abdón, el maldito mentiroso, salió de la habitación y jamás le había vuelto a ver.

De esto, según las marcas que iba haciendo debajo de su lecho cada vez que se ponía el Sol, hacia unas

cuarenta semanas desde aquello.

La mujer entró con una bolsa de tela bajo el brazo y le abrió las piernas para ver entre ellas. Carmen se resistió cuando el dolor se agudizó y la mujer pidió a uno de los guardias que la sujetara desde atrás, mientras la mantenía sentada en el suelo con las rodillas flexionadas.

Carmen chilló fuertemente, cuando la

mujer clavó uno de sus codos sobre el dolorido vientre, mientras le gritaba que empujara.

Un torrente de líquido sanguinolento se deslizó por entre sus piernas, mientras una tremenda presión desgarraba su vagina y, después de unos minutos, todo había pasado.

Antes de que Carmen perdiera el conocimiento, vio como el guardia

salía por la puerta con un paquetito envuelto en una manta, mientras la anciana se ocupaba de ella.

Salió de sus horribles recuerdos, mientras intentaba mentalizarse de que todo aquello había pasado hacía muchos años y ya era hora de que dejara de torturarse por ello. Además todos los culpables habían pagado ya por ello.

Excepto uno.

Michael había estado dando vueltas todo el día del domingo, no había podido pegar ojo después de la ducha y las horas que le quedaban para que se hiciera de noche iban a ser las más largas de su vida.

En su otra vida como humano, habría cogido la moto y se habría ido a hacer

curvas por las carreteras de montaña que tanto conocía, pero en esos momentos el Sol estaba en todo lo alto y no iba a ser posible, además su motocicleta había terminado en un desguace después del accidente que le había costado la vida como humano.

La noche se estaba acercando y, como un reloj suizo programado para ello, todo su ser le pedía que fuera a donde estaba

ella, pero se había jurado que esa noche no iría y cogiendo su portátil lo abrió para buscar la próxima motocicleta que se iba a comprar.

Por fin después de muchas horas mirando motos, varios botellines de 0+ y unos cuantos tragos de whisky, dieron las 07:30 de la mañana. Se levantó de entre las revueltas sábanas y después de una rápida ducha, se vistió para

continuar por fin con algo de normalidad en su existencia.

A las ocho en punto de la mañana, Michael entraba por la puerta del despacho que compartía con su compañera.

La noche anterior había estado hablando largo y tendido con su jefe y los dos habían llegado a un acuerdo para que se volviera a incorporar al trabajo. Carlos

le había puesto la condición de que todos los días, antes de incorporarse al trabajo, debía de pasarse por su despacho y beberse delante de él la suficiente sangre como para estar lo más controlado posible.

Michael, aunque le molestaba la desconfianza, había accedido porque necesitaba empezar a trabajar o se iba a volver loco. Era consciente de que un

vampiro con sed era algo muy peligroso, pero él no se veía a sí mismo así, por la única sangre que podía perder la cordura era por la de una vampira y ella era lo suficientemente fuerte como para defenderse de él sin ningún problema, además era totalmente imposible que él hiciera daño a Carmen.

Antes se clavaría en el corazón una daga de plata, que hacerle un solo rasguño a

su pareja de vida.

Aunque entendía que su jefe, después del incidente en la habitación de la clínica de Miguel, no se fiara demasiado de su control.

Cuando entró por la puerta, Lola levantó los ojos de la pantalla del ordenador y le dedicó una enorme sonrisa mientras se apoyaba en el respaldo de su silla.

- ¡¡Hombre!! – dijo – ya

está bien de vaguitar.

Michael le sonrió de vuelta. Era de agradecer que ella lo tratara como si no hubiese pasado nada o, al menos, que lo intentara.

- Uff – Lola se levantó para acercarse a su compañero – enfunda esos caninos cuando estés cerca de mí, dijo señalándole la boca.

- Está bien – contestó
Michael cerrando la boca como
pudo – lo intentaré.

Acababa de pasarse por el apartamento de Carlos para su “desayuno” y tenía que aprender a controlar sus gestos cuando estuviera con humanos que ignoraran su nueva naturaleza, igual tenía que haber esperado un poco más antes de mezclarse con ellos pero,

echaba tanto de menos la rutina diaria y el encontrarse con un recibimiento tan natural, era un bálsamo para su confundida mente.

- Te he estado mandando varios mensajes para ver qué tal te encontrabas después de la fiesta de ayer y no los has leído – le dijo Lola distraídamente mientras introducía una capsula en la

cafetera.

- No lo he escuchado – dijo mientras sacaba el móvil de su bolsillo – ¡Mierda! Está apagado.

Michael encendió el móvil y rápidamente comenzaron a cargarse todos los mensajes. Echo un vistazo por encima, sonriendo ante la foto de Miguel y Skule y repasó todos los demás distraídamente, hasta que llegó a uno en

concreto que le dejó fuera de juego.

Se quedó paralizado mientras el número uno en rojo, se le clavaba en las retinas.

Carmen, después de revisar el WhatsApp por enésima vez, lanzó el móvil sobre la mesilla. El mensaje seguía con un maldito tick gris junto a él.

Se dio la vuelta en la cama y se concentró en intentar dormirse pero

estaba claro, que la cosa de cerrar los ojos y relajarse no iba a ser tan fácil ese día.

El aparato vibró varias veces y Carmen pasó totalmente de mirarlo. Al cabo de un buen rato mirando la pared, se dio la vuelta en la cama, lo cogió de la mesilla y abrió los mensajes distraídamente para entretenerse. No sólo el mensaje que había mandado a Michael había sido

leído, si no que él le había devuelto a ella tres más.

“Si”

“Nos vemos esta noche en el club”

“Espero que esta vez no te vayas sin despedirte”

Así que su huida por la puerta de atrás no le había pasado desapercibida. Estaba claro que seguía sin ser nada sutil a la hora de huir.

Después de estar lo que, más o menos le parecieron dos días, enferma y tumbada en su jergón, la fiebre comenzó a remitir. No estaba segura si era por los remedios de la mujer que acudía a su celda todos los días, cargada con emplastos e infusiones y que le obligaba a beber tapándole la nariz y provocándole arcadas o porque su cuerpo había decidido que la vida

era más interesante que la muerte.

Maldito traidor.

Al tercer día Carmen se encontraba un poco mejor y se levantó de su lecho para dar unos pasos por la celda.

Comenzó a repasar los acontecimientos pasados, pero su mente estaba totalmente bloqueada. No estaba segura cual había sido el mal que tan enferma le había puesto.

La puerta se abrió y la mujer entró con su bolsa de tela. Carmen la miró y, aunque sabía que no tenía permitido hablar con ninguno de sus guardianes, no pudo evitarlo.

- *¿Qué me ha pasado? – preguntó.*

- *Nada que pueda asumir una puta – contestó la desagradable mujer.*

- *¡Yo no he elegido esto! –
gritó Carmen - ¡Fui secuestrada!*

- *A mí no me interesan los
detalles – escupió la mujer – me
pagan por manteneros vivas el
mayor tiempo posible. Tómate
está infusión, a los clientes no les
gustara que tus pechos chorreen
como los de una vaca.*

- *¿Cómo? – siseó Carmen.*

La mujer debió ver la expresión de Carmen y rápidamente dejó la jarra con la infusión en el suelo, cogió su bolsa y salió de la celda cerrando con llave desde fuera.

Todos los acontecimientos de los últimos meses fueron encajando en su torturada mente y, por fin, comprendió.

Miro sus pechos y vio lo duros y sensibles que estaban, apretando sus

pezones provocó que una gota de líquido blanquecino se derramara por su piel, escurriéndose por su abdomen hasta caer en el sucio suelo, ennegreciéndose y echándose a perder en un momento, como una representación de su propia vida.

En un arrebató de furia se fue como una loca hacia la puerta y comenzó a aporrearla gritando por su bebé.

No tardaron en abrirla y el grasiento proxeneta entró como una tromba.

- *Aquí no hay sitio para engendros – chilló – está mejor muerta.*

Y, sin mediar palabra, la dejó sin sentido de un puñetazo en el estómago.

La luz del Sol entraba por la diminuta ventana cuando Carmen abrió los ojos.

Estaba tumbada en posición fetal en el

sucio suelo.

Cuando consiguió aclarar su vista, distinguió algo que brillaba al lado de la puerta. Se desplazó a gatas hasta llegar al objeto y lo cogió con la mano para examinarlo. Era el mechero de plata que solía llevar el hijo de perra secuestrador y asesino, que le había pegado dejándola sin sentido.

Por fin una vía de escape.

Carmen saltó de su lujosa cama y se fue directa a la ducha. Necesitaba sentirse limpia como cada vez que recordaba su pasado.

Capítulo 4

A decorative graphic featuring a single rose on a stem with leaves, positioned to the right of the chapter title. A thin, flowing ribbon or line curves around the text and the rose.

Rocío recorría el hall de la estación de ferrocarril, en dirección a la agencia de mensajería. Necesitaba recoger un importantísimo paquete que, por fin, había hecho el puñetero favor de llegar.

Eran las siete de la tarde, la agencia cerraba en media hora y al Sol le faltaba todavía otro tanto para ocultarse en el horizonte. Ese y sólo ese, era el motivo por el cual su protector padre, le había permitido ir sola a la estación.

A ella no le hacía ninguna gracia estar expuesta a la luz del día, le producía un escozor en los ojos que, aunque los protegía con unas potentes gafas

oscuras, no la evitaban el tremendo dolor de cabeza, que le visitaría en cuestión de una hora. Pero al menos, no la mataba como le ocurriría a su progenitor, si este salía de la protección de su casa a esas horas, tenía claro que se convertiría en asado de vampiro.

Entró en la agencia con su DNI falso en la mano. El joven recepcionista colgó rápidamente el teléfono y la recorrió con

la mirada, ruborizándose al instante. Aunque ella iba todos los meses por allí, el chico no parecía acostumbrarse a su presencia.

Dado que en el local no entraba la luz del Sol, se subió las gafas a la cabeza a modo de diadema, sujetando su exuberante melena castaña oscura y le pidió al chico su paquete. Este, después de revisar todos los albaranes, se

introdujo en el almacén de la parte trasera del local y regresó tambaleándose con una enorme caja.

- Aquí está señorita – dijo jadeando – ¿necesita que le ayude a llevarla al coche?

- No será necesario – respondió Rocío – podré con ella.

El chico, encogiéndose de hombros le acercó el albarán para que firmara, le

dio su copia y le abrió la puerta para que ella saliera con la caja en brazos.

Bajó de dos en dos las escaleras, en dirección al aparcamiento subterráneo donde había estacionado su coche.

Abrió el maletero con el mando a distancia, mientras con la otra mano sujetaba el enorme paquete y lo metió dentro del habitáculo.

Miró hacia todos lados para asegurarse

que no había nadie por allí andando ni dentro de ningún coche y, cuando estuvo segura, abrió la caja. Sacó uno de los recipientes térmicos que iban dentro, junto con congeladores para mantener la temperatura correcta y, metiéndose una bolsa hermética bajo la camiseta, lo volvió a cerrar. Bajó de un golpe el portón del maletero y se dirigió a los aseos.

No necesitaba público para lo que iba a hacer.

Entró casi corriendo en una de las cabinas, bajó la tapa del retrete, se sacó la bolsa de su escondite y se sentó. Cuando sus colmillos se hincaron en el plástico y la sangre comenzó a manar corriendo por su lengua, sus ojos se cerraron de placer y un ronroneo de satisfacción se escapó de su garganta.

¡¡Dios como lo necesitaba!!

El día anterior había estado a punto de ir a alguna granja a morder la garganta de cualquier animal, pero su padre no se lo había permitido. Siempre le decía que tenía que aprender a contenerse, si se dejaba llevar por su instinto depredador, el frenesí de la caza la descontrolaría y podría atacar a cualquier ser vivo, incluidos los humanos.

Hasta que habían podido conseguir la sangre de un distribuidor de los Estados Unidos, ellos mismos habían tenido que robarla en los bancos de sangre de los hospitales, pues en España, estaba prohibido comercializar con ella y de ninguna manera la habían podido comprar.

Su padre estaba tan agradecido al vampiro que había ideado el negocio de

la distribución de sangre, que le había mandado en una ocasión una carta de agradecimiento y este le había contestado invitándole a visitar su empresa, si alguna vez viajaba a Nueva York.

Esperaba sentada en el retrete a que el color de sus ojos se volviera a poner del mismo azul que había heredado de su padre y a que los colmillos se retrajesen

en sus encías. El color de sus ojos debía de ser lo único que tenía de su padre, además de su lado vampiro, porque en el resto no se parecían en nada, debía de ser del ADN de su madre.

Rocío poco sabía de ella, su padre lo único que le había contado de la que le había parido, fue que era una joven vagabunda, con la que había tenido una fugaz relación y que murió en el parto

sin que él pudiera hacer nada para salvarla.

Cuando por fin sus colmillos se quedaron de un tamaño normal y los ojos perdieron el rojo intenso, dobló la bolsa de sangre vacía, la envolvió en papel higiénico, se la guardó en el bolsillo y salió hacia los lavabos.

Estaba lavándose las manos y enjuagándose la boca, cuando escuchó

como entraba alguien, enseguida las dos se reconocieron como lo que eran.

Rocío se dio la vuelta para encarar a la desconocida mestiza. Su padre le había advertido que nunca sabías de qué pie cojeaban los de su especie.

La alta y rubia hembra se quedó mirándola con los ojos como platos y la mandíbula descolgada. Rocío le mantuvo la mirada sin decir una palabra

y así estuvieron por lo menos durante cinco minutos. Cuando parecía que la rubia iba a reaccionar, se abrió la puerta y un enorme y hermoso vampiro macho asomó la cabeza.

- ¿Va todo bien? – preguntó mirándola.

Ella sólo le miró haciendo un silencioso gesto hacia Rocío.

Los ojos del vampiro se posaron en ella,

quedándosele la misma cara de estupefacción que a la rubia.

- ¡¡Dios mío!! – atinó a decir el enorme macho.

La ansiedad le estaba volviendo loco. Su hija había salido de la protección de su casa hacía más de dos horas y no había tenido noticias de ella todavía y, todo esto sumado a la ansiedad por la

“sed”, estaba empezando a descontrolarle.

Comprobó por enésima vez la hora y los mensajes en su móvil. Todavía quedaba media hora para que él pudiera pensar en salir al raso y los mensajes que había mandado no habían sido ni siquiera leídos por ella.

Pasaron diez minutos, en los cuales debió de desgastar el suelo de su sótano

de tanto pasear de aquí para allá, cuando la puerta del piso de arriba se abrió y se cerró. Seguidamente las cerraduras de la puerta de seguridad que daba a las escaleras del sótano se desbloquearon y su hija Roció, apareció por ellas con la bendita nevera cogida en sus brazos.

- Donde coño has estado –
siseo.

- En el supermercado –

contestó ella irónicamente.

- Has tardado demasiado –
dijo él – sabes que no me resulta
cómodo que estés tu sola ahí fuera
con el Sol en el cielo.

- Papá, por favor... -
protestó Rocío mientras le tendía
una bolsa de sangre – ya no soy una
niña.

Se bebió la sangre en un santiamén y la

volvió a encarar algo más tranquilo.

- Siempre serás mi niña –
dijo acercándose a ella para
abrazarla.

- Me he retrasado por un
motivo justificado – se excusó ella.

- ¿Y cuál es ese motivo? –
preguntó.

- Me topé por casualidad
con una pareja de los nuestros –

dijo ella de carrerilla.

- ¿Cómo?, ¿Dónde? – dijo
él nervioso.

- Por casualidad, en el
aparcamiento de la estación –
contestó ella.

- ¿Te han seguido? – dijo
sujetándola de los hombros
mientras la miraba fijamente a los
ojos.

- No papá – dijo Rocío molesta – no soy tan estúpida.

- Vale...

- He quedado con ellos en la estación dentro de una hora – soltó rápidamente.

- ¿Por qué? – dijo enfadado – sabes que nos fuimos de Sevilla precisamente para pasar desapercibidos.

- Ellos me han parecido de fiar y me han dicho que debería de conocer a alguien que vive en Nueva York...

- ¡¡NO!! – gritó él - ¡¡DE NINGUNA MAERA!!

- Pero papá...

- Ya hemos pagado suficiente por estar expuestos y no voy a permitir...

- Esa es tu decisión – dijo Rocío enfrentándose a él – estoy harta de vivir como una rata de cloaca. Si hay más seres como nosotros que viven en el mundo los quiero conocer. No hace falta que me acompañes.

Él temía que, tarde o temprano, llegaría ese momento en el que ella cuestionara sus decisiones pero, como a cualquier

padre, le había caído como un jarro de agua fría. Sacó otra bolsa de sangre y se la bebió con la esperanza de que le diera la paciencia que necesitaba en ese momento.

- Ni lo sueñes – dijo él.

- No puedes prohibírmelo...

- Ni lo sueñes, que te vaya a dejar ir sola – rectificó.

Después de beberse una bolsa más cada uno, salieron en dirección a donde su hija había quedado con la pareja de vampiro y mestiza.

Carlos estaba sentado en el sofá de la sala de estar, viendo una película junto a su embarazadísima esposa. Jimena estaba ya de casi siete meses y la barriga le iba a estallar. No tenía tan

claro que su bebé aguantara ahí dos meses más.

Sintió como la respiración de Jimena se hacía más lenta y rítmica y tras mirarla de reojo, vio que se había quedado dormida. Apagó la televisión con el mando a distancia, cogió su teléfono móvil, se lo metió en el bolsillo del pantalón y cogiendo suavemente a su mujer en brazos, subió las escaleras

hacia la habitación.

Acababa de dejarla sobre la cama, cuando su teléfono comenzó a sonar como loco con el tono de su WhatsApp a todo volumen.

¡Mierda!

Lo sacó corriendo del bolsillo y lo silenció, dejando sólo la vibración.

Miró maldiciendo los mensajes que le habían entrado y, cuando vio que eran

mensajes privados de Miguel, los abrió inmediatamente.

“Ha surgido un imprevisto”

“Llegamos a Nueva York dentro de cuatro días, en el vuelo nocturno Barajas-JFK”

Carlos miró extrañado los mensajes.

¿Qué sería tanto secretismo?

Dejó el teléfono en la mesilla y desnudándose se metió en su cama junto

a su mujer.

- ¿Qué ocurre? – dijo con voz de dormida.

- Nada, duerme – contestó dándole un suave beso en los labios

- No me mientas – dijo ella – te estás rascando la cabeza como loco.

- No es nada importante –

dijo dejando de hacer lo que le había delatado.

- Está bien, ya me lo contarás cuando quieras – dijo mientras se volvía a dormir.

Su instinto le hacía intuir problemas.

Miguel y Skule no interrumpirían un viaje tan importante para ellos por una nimiedad.

Carlos abrazó a su mujer e intento

dormir, ya se enteraría dentro de unos días de lo que estaba ocurriendo. Sólo esperaba que esta vez su Jimena no saliera afectada por los acontecimientos.

Por una parte se alegraba de que Miguel estuviera disponible en su clínica antes pues, aunque era consciente de que Adrián era un buen doctor, no podía compararse con la experiencia del viejo vampiro.

Últimamente notaba a su esposa muy cansada y, aunque aún le quedaban alrededor de dos meses de embarazo, suponiendo que este fuera un embarazo humano, no sabían cómo se desarrollaría este y egoístamente prefería a los dos doctores en sus puestos.

De repente, como si su hijo supiera lo que estaba pensando, dio un golpe justo donde él tenía posada la mano. Él

acarició la zona haciendo que Manuel se calmara y supiera que, independientemente de los temores por su esposa, era un bebe totalmente querido y esperado.

Pasaron las horas mientras observaba a Jimena dormir plácidamente, pero sin poder pegar ojo el mismo. En cuanto no aguantó más, se levantó de la cama todo lo despacio que pudo para no molestarla

y cogió su teléfono para llamar a Miguel.

Capítulo 5



Michael llegó al Hematology, en cuanto el Sol le permitió salir a la calle. Pasó por la puerta chocando la mano con Bob y bajó la escalera, con la ficticia seguridad que le daba su enorme

apariencia. Aunque la realidad era otra, estaba total y completamente acojonado.

La barra estaba desierta al igual que el resto del local, pero sus nuevos instintos detectaron rápidamente a Carmen dentro del almacén, a grandes zancadas se dirigió a su sitio para esperar a que saliera.

Sacó su móvil y lo comprobó, más por hacer algo con sus manos que por que

tuviera que hacerlo. Al momento escuchó el repiqueteo de unos tacones y una cerveza apareció delante de él. Michael levantó la cabeza y se encontró con los ojos más hermosos del mundo mirándole fijamente.

Se quedó hipnotizado, perdido, embobado... el instinto de saltar la barra y perderse en ellos luchaba poderosamente contra su parte

razonable, esa que le advertía de que ese camino no iba a ser una buena idea.

- Gracias – bueno, bueno...
por lo menos sus cuerdas vocales todavía eran funcionales.

- De nada – contestó ella de vuelta.

Vale ¿cómo podía empezar con esto?

- Yo...

- Lo siento – dijo ella

rápidamente. dejándole con la palabra en la boca.

- ¿Cómo? – Michael no entendía.

- Siento haber sido tan egoísta – Carmen hablaba rápidamente – no debí...

- ¿Qué?...

- Espero que me perdones – ella seguía con su disculpa – fui

una egoísta y yo...

- Carmen...

- Yo no quería perderte...

- Carmen...

- Eres uno de mis mejores amigos...

- Carmen... - ¿amigos? Esa palabra le jodió de una manera que no llegaba a entender del todo.

- De verdad que lo siento...

Michael se arriesgó a tocarla por primera vez, sin contar el día de su transformación. Poniéndola el dedo en los labios y haciéndola callar. La vampira se calló inmediatamente y Michael le quitó el dedo de la boca muy despacio.

- Soy yo quien te debe una disculpa – dijo él – no pude controlarme y me abalancé sobre ti,

incluso sabiendo que no te gusta que te toquen...

- ¿No estás enfadado conmigo? – preguntó Carmen sorprendida.

- ¿Enfadado? – dijo Michael - ¿por haberme salvado la vida?

- No te pedí permiso – contestó ella.

- Estaba inconsciente –
razonó él.

- ¿De verdad no estás
enfadado? – volvió a preguntar
ella, esta vez con una sonrisa en la
boca.

Michael no pudo evitar pasarse la
lengua por sus colmillos, al ver la punta
de los de ella asomar por sus carnosos
labios.

- Definitivamente no estoy enfadado contigo – dijo llevándose la cerveza a los labios y dándole un largo trago.

- ¿Amigos? – dijo Carmen ofreciéndole la mano a Michael.

- Si... claro... por supuesto... – dijo dejando la cerveza en la barra y estrechando la mano de Carmen – amigos – las

letras chirriaron en su cerebro
antes de poder salir por su boca.

Joder esto iba a ser más difícil que
cuando era humano, ahora había algo
que le impulsaba con una fuerza
sobrehumana, a tomar lo que
consideraba suyo y no sabía si iba a
poder contenerse.

Carmen se sintió bastante orgullosa de sí

misma y de su autocontrol, sin contar la décima de segundo en que estuvo a punto de arrancar el dedo de Michael de un mordisco, el resto del contacto físico, había sido bastante controlable.

¡Bien por ella!

Había pasado con éxito uno de sus más temidos retos. Ahora podía dejar que Michael se acercara a ella un poco más. Él iba a ser el primero que lo hiciera,

sin consecuencias serias para su físico, desde hacía medio siglo.

Cuando su pelo comenzó a arder, Carmen que estaba sentada sobre su sucio jergón, comenzó a reírse a carcajadas.

A ver quien quería ahora acostarse con una puta calva y quemada.

Putá. La voz de la asquerosa vieja rebotó en su cerebro como un latigazo.

Dejó el mechero encendido sobre las vastas telas donde dormía y estas comenzaron a arder inmediatamente.

Las llamas se hicieron cada vez más potentes y avanzaron por sus ropas arrasando todo lo que se encontraban a su paso. Desinfectando su cuerpo y purificándola de toda la porquería que le había rodeado durante tantos meses.

Las llamas que subían por sus ropas,

terminaron encontrándose con las que quemaban su odiada melena, liberándola de esa belleza con la que había nacido y la cual le había arruinado la vida.

En su histérica locura, no sintió como alguien la hacía rodar por el suelo, hasta que comenzaron a rociarla con agua. Pero sabía que el daño ya estaba hecho. Ahora su exterior era tan negro

como su interior. Todo totalmente a juego.

A partir de ese momento, sus recuerdos eran imágenes sueltas mientras perdía y recuperaba el conocimiento.

Gritos por los pasillos.

El techo de la casa, mientras era arrastrada por los pies.

El enorme golpe contra el suelo de madera de un carro.

Su cuerpo rodando de un lado para otro, mientras se golpeaba contra las paredes de madera del carro que la transportaba.

Y por fin, el alivio al notar que agua fría cubría todo su cuerpo, cuando fue arrojada como un despojo al río Guadalquivir.

Si, alivio era lo que estaba sintiendo ahora al reconciliarse con Michael y al

ser consciente de que su amigo no la culpaba por su conversión sino que, muy al contrario, se lo agradecía.

El local estaba bastante tranquilo, por lo que pudieron comentar tranquilamente sobre todo lo que había ocurrido en las últimas semanas. Carmen era consciente de la forma en que Michael se la comía con los ojos y, aunque siempre había sentido esa mirada sobre ella, ahora,

con la nueva naturaleza del macho, la sensación era mucho más fuerte y, aunque no sabía hasta donde podría llegar en un futuro, en ese momento le gustaba.

Le gustaba que Michael se sintiera atraído por ella porque, en el fondo, empezaba a ser consciente de que ella también sentía... algo extraño en su presencia.

La idea de tener con él algo más que no fuera amistad, estaba muy lejos de ser viable pues, si teníamos que ser realistas, sus fantasmas seguían estando ahí y no sabía en qué momento se esconderían lo suficiente, como para permitirle llevar una vida más o menos normal.

Las conversaciones con Marta estaban siendo muy beneficiosas para ella y,

aunque la pelirroja no se lo decía abiertamente, estaba segura que estaba usando alguno de sus poderes para ayudarla.

Bendita fuera la hora en que esa pelirroja apareció en su vida.

En cuanto los últimos clientes que quedaban en el club salieron por la puerta, Carmen mandó un mensaje a Bob para que cerrara. Eran ya las cinco de la

mañana y ya era hora de irse a descansar, además, Michael ahora era un vampiro y la luz del Sol no era muy recomendable para él y al macho no se le veía con muchas intenciones de irse de allí. Carmen hizo la caja en un santiamén y, guardando el dinero en un bolsillo, se acercó a la esquina de Michael.

- Bueno creo que ya es hora

de irse a la cama – dijo sin pensar.

- Sí, eso estaría bien – dijo él recorriendo todo su cuerpo con la punta de los colmillos asomando por sus labios.

¿Los vampiros se ruborizaban? Si no era así, ella había sentido que le quemaban la piel desde los dedos de los pies hasta el mismísimo cuero cabelludo.

Aunque la sensación no era de

vergüenza, era algo diferente. Sintió como sus colmillos se alargaban dentro de su boca y que algo que ella recordaba como excitación le encogía el bajo vientre.

Necesitaba sangre y la necesitaba ya.

- Hasta mañana – dijo ella mientras sacaba un botellín de 0+ y se lo llevaba a la boca dando un largo trago - ¿vendrás?

Michael no contestó mientras le miraba los labios fijamente, con una expresión que ella no quiso interpretar en esos momentos.

Cuando Michael, por segunda vez en esa noche, alargó su dedo hacia su boca, Carmen no se movió y dejó que el vampiro la tocara. En ese momento estaba dispuesta a ponerse a prueba, si atacaba a Michel, ahora él podría

defenderse sin problemas.

Tienes que ser un caballero y no un puñetero capullo, ella necesita tiempo y tú se lo vas a dar, aunque eso te suponga un aneurisma en distintas partes de tu anatomía.

El cerebro de Michael estuvo repitiendo ese mantra durante toda la noche. Habían hablado de todos los hechos

acontecidos en los últimos meses y habían aclarado todos los malentendidos.

Debería sentirse feliz pero, ese sentimiento sólo sería completamente real, en el momento que Carmen lo reconociera como su pareja de vida y eso, según estaban las cosas, no parecía que fuera a ser en un plazo corto de tiempo.

Michael miraba trajinar a la hembra y, aunque la rutina debería de ser igual que cualquier día de los muchos que había pasado allí, la verdad es que era totalmente diferente, él era totalmente diferente.

La noche amenazaba con terminar y en su ensimismamiento, la cadencia de la dulce voz de su vampira, entraba en su cerebro como un bálsamo. Ella clavó de

nuevo sus ojos en él y comentó algo sobre una cama e ir a acostarse. Se dio cuenta de que había pensado en voz alta, en el momento que la piel de Carmen se volvió del mismo color que el botellín que acababa de coger y que se había llevado a sus carnosos labios. Michael no fue consciente de la orden enviada de su cerebro a su mano, para que se levantara y tocara esa erótica parte de su

anatomía.

Sorprendentemente, ella le dejó.

Retiró su mano en un estoico esfuerzo por comportarse como un caballero.

Terminó de tomarse la cerveza y decidió irse.

Al día siguiente tenía una reunión convocada por Carlos, sobre una visita que iban a recibir en los próximos días y que viajaría desde España junto con

Miguel y Skule.

Dejo un billete en la barra y se despidió de Carmen lo más rápidamente posible, pues no quería cometer un error del cual se arrepintiera después.

El resto de la noche pasó rápidamente, como novedad, pudo dormir del tirón hasta que sonó su despertador a las 7:30 de la mañana, dos horas seguidas que le supieron a gloria.

La mañana se agotó plácidamente con los quehaceres rutinarios de su trabajo, hasta que llegó el momento de la reunión en el despacho del jefe. Estaban convocados todos los vampiros del grupo más Lola.

Hubo un detalle que a Michael le sorprendió, el mensaje llegó de manera personal en vez de colectivamente al grupo, pero no le dio más importancia,

pues la mayor parte de sus neuronas estaban ocupadas en otros pensamientos, como por ejemplo: el pelo de Carmen, los ojos de Carmen, los labios de Carmen, el cuello de Carmen... mejor dejaba ese camino o su cuerpo actuaría por su cuenta y tendría que pasar por la ducha antes de entrar a la reunión a la que llegaría tarde.

Ahora, mientras volvía a la otra línea

de pensamiento más segura, empezaba a sospechar que el envío personalizado no había sido hecho al azar, por alguna razón, Carlos lo había hecho a propósito y esperaba saber el propósito en los próximos minutos.

Eran las 12:00 del mediodía cuando la puerta se cerró. Carlos se sentó frente a todos sin poderse creer, que el destino

no les dejara ni una puñetera tregua entre drama y drama. Se tomó unos minutos mientras se restregaba la cara antes de enfrentarse a los expectantes y ansiosos vampiros, bruja y humanas que tenía delante.

- Perdonarme por avisaros con tan poca antelación – dijo todavía con las manos en la cara.
- ¡Oh, por Dios! suéltalo ya

o me va a explotar el cerebro de tanto especular – dijo Marta desde el regazo de Tom al fondo de la sala.

- Está bien – dijo mientras se aflojaba la corbata – no lo alarguemos más.

Carlos comenzó el relato que le había contado Miguel por teléfono esa misma noche. Habían tenido una larga

conversación, la cual había sido narrada dos veces, pues la primera no había sido suficiente para que Carlos la asumiera por completo.

Siguió contando de cómo, por casualidad, Skule se había encontrado con una mestiza en el aseo del aparcamiento de la estación de ferrocarril de Córdoba.

La rubia guerrera mestiza, aunque sus

instintos la detectaron enseguida, no habría tenido ninguna intención de interactuar con ella, si no hubiera visto esas facciones en el espejo al echarle un vistazo rápido de reojo.

Era su viva imagen.

Miguel había estado hablando con ella y, después de escuchar su historia, la habían invitado a que les acompañara a Nueva York, para esclarecer ciertas

dudas que les habían surgido al respecto.

Todos los pares de ojos de la sala comenzaron a mirarse los unos a los otros con diferentes emociones reflejadas en ellos, la más común, la sorpresa.

- Carmen tiene derecho a saberlo – Marta rompió el silencio.

- Estoy de acuerdo – contestó Carlos – pero no antes de

que estemos seguros de que no tienen nada que ver.

- ¿Y cómo vamos a estarlo?

– pregunto la pelirroja.

- Miguel guarda una muestra de ADN de todos nosotros en su clínica – informó el vampiro – en unos días saldremos de dudas.

- ¿Y qué necesidad hay de que viaje con ellos hasta que

sepamos los resultados? – protestó

Marta.

Murmullos de aprobación.

- Confío plenamente en la
decisión del doctor y su pareja, ellos
sabrán el motivo – contestó Carlos
dando por zanjada la discusión.

Todo el mundo comenzó a hablar a la
vez, dando su opinión sobre el tema.

Carlos miró al gallinero con cara de

resignación, sabiendo que cuando la cosa se desmadraba de esa manera, era mejor dejar que todo el mundo se desahogara y soltara todo lo que se le pasaba por la cabeza, hasta conseguir que volvieran a prestarle atención.

En medio del barullo, su vista periférica detectó como la puerta del despacho se abría y, girando la cabeza hacia allí, vio como Michael salía en silencio de la

sala en dirección al el pasillo. Carlos no le detuvo, él sabía hasta qué extremo, todo lo relacionado con la vampira española le afectaba a su jefe de seguridad.

Dio un golpe en la mesa dando por finalizada la reunión. La vida le había enseñado a que aunque no quisieras, las cosas sucedían sin más y lo único que podías hacer era afrontarlo de la mejor

manera posible.

El encargado de hilar los acontecimientos de su vida era un verdadero hijo de puta.

Michael machacó la moqueta del pasillo de la oficina de su jefe, mientras se dirigía hacía su apartamento a grandes zancadas.

La puerta no se había cerrado todavía,

cuando la señal de llamada del teléfono de Michael sonaba en su oído mientras, el muy cabreado neófito, esperaba que en la otra parte del mundo alguien descolgara la línea.

- Buenos Días Michael –
contestó la sorprendida voz del
Doctor López de Mendoza. –
¿tienes algún problema con tu
conversión?

- ¿Qué cojones está pasando
con esa mestiza española? –

Michael tenía la voz tan contenida,
como su instinto de protección le
permitía en ese momento.

- ¿Perdón? – la educada voz
de Miguel se volvió tensa.

- Espero que, la decisión
que habéis tomado sin contar con
ella, a Carmen no le suponga el

más mínimo daño – espetó – o
alguien tendrá que pagar por ello.

El silencio se apoderó de la línea,
después de unos segundos un suspiro
de resignación salió de la boca del
doctor y Michael reconoció el sonido
de una silla corriéndose, como si el
antiguo vampiro estuviera sentándose.

- Creo que eso no es una
decisión que te corresponda tomar

a ti... - Miguel hablaba seriamente,
pero en un tono calmado.

- Maldita sea Miguel – dijo
siseando como una serpiente – ella
no necesita esto.

- Insisto en que es Carmen
la que tiene que decidir lo que
necesita o no – dijo calmadamente.

- ¡Joder! – el doctor de los
cojones tenía razón, como siempre.

Michael se tiró del pelo tan fuerte, que estuvo a punto de quedarse con un mechón en las manos.

- Está bien – admitió – pero yo se lo diré.

- Si Carlos está de acuerdo, por mí no hay problema – dijo antes de colgar.

Era de agradecer, que el doctor no se sintiera sorprendido por dicha petición.

Agradecido y sorprendido.

¿Tan obvio era para los demás la atracción que sentía por Carmen?

Apoyado con la espalda en la pared, Michael comenzó a darse golpes con la cabeza, cómo si así consiguiera colocar sus neuronas.

¿Cómo podía conseguir que esto no retrasara sus planes con Carmen?

La cosa ya iba lo suficientemente lenta,

como para que vinieran de fuera a ralentizarlo más. Sus instintos estaban dando un ultimátum y no sabía si podría dominarlos mucho tiempo.

Él nunca se había considerado una persona egoísta y sus actos siempre habían sido bastante juiciosos en lo que respectaba a los demás pero, en esta ocasión, era la persona o, mejor dicho, el animal más egoísta del mundo y era

capaz de arrancarle la yugular de un mordisco, a cualquiera que se interpusiera entre su pareja de vida y él.

Se sentó en una silla mirando la calle a través de los cristales especiales y dándole vueltas a lo mismo, durante las horas que se vio obligado a esconderse de la maldita estrella asesina que iluminaba el planeta Tierra.

Cuando por fin la luz dejó de ser una

zorra, salió como un maldito desesperado en dirección hacia el único lugar en el cual deseaba estar. Al lado de su vampira, la única que hacía que su corazón de vampiro volteara en su pecho, intentando salirse por la boca.



- ¡¡ES QUE NO HAS APRENDIDO NADA!! – chilló mirando directamente a los ojos de su hija - ¡¡NUNCA SE TRAE A EXTRAÑOS A TU PROPIA

GUARIDA!!

Abdón no pudo contener su temperamento, mientras recorría compulsivamente la cocina de su piso subterráneo de un lado a otro.

- ¿Cómo se te ocurre traer a esos dos extraños a nuestra casa? —

Dijo el vampiro mirando a su hija.

- Padre, no podemos seguir viviendo aislados para siempre —

Rocío intentó razonar.

- Nunca debiste hacer esto sin consultarme – dijo bajando la voz – no sabemos las intenciones que pueden tener los vampiros que están al otro lado de la pared – Abdón no daba crédito a la locura que había cometido su hija.

- Creo que estas exagerando como siempre – farfallo ella.

- Tú no tienes ni idea de la maldad de la que pueden ser capaces...

- Por favor – rogó su hija.

Abdón la miró fijamente y supo que, en esta ocasión, un rotundo no, no iba a ser efectivo. Su hija tenía en los ojos convicción y era capaz que emprender ese viaje sin él.

Abrió la puerta de la cocina en

dirección a los extraños.

Miguel no daba crédito al enorme parecido físico que compartía esa mestiza con su buena amiga Carmen. El hecho de hacer la prueba de ADN, era más para saber qué tipo de parentesco compartían, que para asegurar el mismo pues, las similitudes físicas eran tan exactas, que no le cabía duda de que

compartían más de un antepasado.

Cuando habían entablado contacto con ella en la estación de Renfe, la chica se había mantenido muy seria, intentando guardar las distancias mientras evaluaba el peligro pero, en el momento que Miguel había sacado a colación el tipo de sociedad en la que vivían en Nueva York, había cambiado por completo su actitud hacía ellos y se había mostrado

mucho más interesada.

Miguel enseguida reconoció en su gesto, que ese tipo de vida era algo que la joven mestiza ansiaba. Debía de haber crecido en un grupo muy reducido o, ojala no fuera así, sola. Le invitaron a salir a tomar un café a la cafetería del vestíbulo y allí estuvieron hablando durante más de media hora de lo que le podían ofrecer. Ese otro tipo de vida y

el hecho de que Skule fuera mestiza como ella, la convencieron rápidamente y aceptó la invitación de Miguel.

Era de admirar el valor de la joven, pensó el doctor, aunque el supiera que nada le ocurriría estando bajo su protección, ella no tenía por qué tenerlo tan claro. Después de que tecleara rápidamente en su teléfono, salieron hacia donde había estacionado su

vehículo.

Cuando llegaron a su vivienda, Rocío, que así se llamaba la mestiza, les dejó entrar hasta el recibidor mientras ella se introducía por un largo pasillo hacia la luz que había al final. El fino instinto que poseían por naturaleza, les permitió detectar la presencia de un macho al otro lado de la casa. Miguel se envaró cuando escuchó los gritos al otro lado

del pasillo. Si no hubiera sido porque Skule le sujetó pidiéndole calma con la mirada, hubiera entrado a pedir explicaciones al macho que se atrevía a gritar a una mujer.

Al cabo de unos minutos el tono de la conversación se convirtió en murmullos, hasta que se abrió la puerta y la silueta de un macho avanzó hasta ellos con gesto de pocos amigos. Rocío apareció

tras él y, cuando intentó adelantarse, la enorme mano del macho la volvió a colocar tras su cuerpo en un gesto de protección, que no les pasó desapercibido a ninguno de los dos.

- ¿Quiénes sois y que queréis de nosotros?- dijo en tono amenazante.

- Como ya le hemos explicado a su pareja, nos gustaría invitarles a nuestra casa...

- No queremos saber nada de desconocidos – dijo cortante.

- Pueden fiarse de nosotros, hemos creado una sociedad civilizada – Miguel intentó explicarse.

- ¿Fiarme? – dijo sarcásticamente
– Se imaginaran que, al igual que todos nosotros, no he nacido ayer.

Miguel evaluó la situación, intentando

entender al hombre. Si él estuviera en su lugar estaría igual o peor.

- “Creo que deberíamos irnos” –
la voz de su pareja resonó en su cabeza – “tengo pelo de la chica guardado en mi bolsillo, podrás hacer las pruebas de ADN”

Miguel miró sorprendido a su audaz guerrera.

- “Prefiero intentar que nos

acompañe” – pensó – “Al verse comprometida su guarida, igual desaparecen y no les volvemos a encontrar”

- “Buen punto” – dijo telepáticamente Skule.

- Creo que la señorita es lo suficientemente mayor como para tomar sus propias decisiones – Miguel se arriesgó a tentar a la

mestiza.

- Padre... - la chica intentó salir de nuevo de la protección del vampiro.

¿Padre?

Ahora comprendía la exagerada reacción y la agresividad que irradiaba el vampiro. Miguel en ese momento se lo tomó como algo personal, si antes necesitaba desentrañar dicho enigma,

ahora era algo que no iba a dejar pasar.
Su lado profesional se puso en marcha.
Tenía una ligera sospecha que, de ser
cierta, iba a traer más de un quebradero
de cabeza.

Skule estuvo todo el tiempo
manteniéndose en un segundo plano.
Sus instintos de guerrera le hacían
observar absolutamente todo lo que

había a su alrededor y, por supuesto, no le pasó inadvertido el remitente de la caja que con tanto mimo había transportado la joven mestiza. Era de la empresa de Carlos que se dedicaba a la distribución de sangre, para la alimentación de los vampiros que habían decidido dejar de cazar.

Eso, a su forma de verlo, era un punto a favor de la pequeña familia con la que

se habían topado en España. No todos los vampiros habían renunciado a la alimentación natural, sobretodo en el viejo mundo.

Utilizando sus poderes telepáticos, le envió la imagen de la etiqueta a Miguel. Este le devolvió un pensamiento de aprobación.

- Veo que sois clientes de un buen amigo nuestro – dijo su pareja

mientras señalaba la caja.

- ¿Conoce al distribuidor de la sangre? – dijo el vampiro sin poder ocultar su sorpresa.

- El Señor del Toro es íntimo amigo mío – Contestó Miguel.

En ese momento Skule sintió que el muro que cubría defensivamente al vampiro se estaba empezando a desquebrajar. Su curiosidad le pudo y,

mirando fijamente los ojos del vampiro, se introdujo en su mente para ver a lo que se iban a tener que enfrentar.

Los recuerdos del macho pasaron de un cerebro a otro rápidamente, como si estuvieran conectados con fibra óptica.

Los sentimientos de amor fraternal, miedo y protección salieron a raudales y se introdujeron en Skule abrumándola. Él había tenido que huir de su ciudad

natal con un bebe en brazos para evitar ser cazado. Skule se introdujo más profundamente en la mente buscando, pero se topó con una puerta la cual estaba cerrada con tantos candados, que se paró sorprendida. Ese debía de ser un recuerdo extremadamente duro para que estuviera tan fuertemente protegido. Dio un paso adelante, pero una enorme fuerza la empujó echándola de la mente

del vampiro y dejándola un dolor punzante en su frente, justo en el centro de sus ojos.

Ese recuerdo tenía vida propia e, incluso a ella, le había sido imposible introducirse en él. Tendría que hablar con su padre sobre el asunto.

El vampiro se masajeó las sienes mientras se le escapaba una mirada de pánico, que enseguida disimuló por otra

mucho más neutra.

El silencio invadió la sala por unos minutos.

Por fin el vampiro español rompió el silencio.

- Está bien – dijo por fin, mirando a su hija.

- ¡¡SI!! – la joven mestiza se tiró sobre su padre.

A Skule se le escapó una de sus

contadas sonrisas, viendo la efusividad de la joven mientras besaba en la cara a su padre.

- Me alegra... - comenzó a hablar Miguel.

- Con una condición – dijo el vampiro mientras abrazaba fuertemente a su hija.

- Hable – dijo Miguel.

- Quiero hablar ahora mismo con

el Sr del Toro desde su teléfono –
exigió.

Skule le tuvo que reconocer el punto al vampiro, mientras miraba como su pareja sacaba su móvil y marcaba el número de Carlos. Estaba claro que no era ningún estúpido.

Miguel le paso su teléfono y el vampiro comenzó a hablar con Carlos. Después de que Carlos le leyera los mensajes que

habían cruzado entre los dos, este pareció quedar convencido de que no mentían.

En cuarenta y ocho horas saldrían hacia su hogar.

Adrián recibió la noticia de que su jefe volvía a la clínica con alegría. Además echaba de menos las carreras con Skule por el parque. Esperaba que, aunque

estuviera emparejada con Miguel, no dejara de entrenar con él. Era algo que le relajaba y le divertía a partes iguales.

Ahora podría tener más tiempo libre para dedicárselo a Agnetha. La hermana de su amada estaba presionándola para que se fueran a su hogar y él no iba a consentir que le separaran de ella sin luchar.

Siempre que intentaba estar a solas con

ella o llegaba una urgencia o aparecía Thora estropeando el momento.

Estaba sentado en su despacho sumido en sus pensamientos, mientras miraba la pantalla de su ordenador sin ver nada cuando, unos suaves golpes en la puerta, le sacaron de su ensimismamiento e inmediatamente el aroma embriagador de su pequeña bruja, llegó a sus fosas nasales provocando que sus encías le

picaran.

Salto de la silla y se dirigió hacia la puerta para abrirla. La imagen de su preciosa cara de duende, enmarcada en su brillante melena rubia, le dejó sin respiración.

- Hola – dijo Agnetha.

- Hola – la voz de Adrián salió de su garganta con dificultad.

- ¿Puedo pasar? – dijo ella

mirándole directamente a los ojos.

- Si, si... por supuesto – dijo Adrián retirándose para dejarla paso.

Adrián no pudo evitar mirar de arriba abajo la figura perfecta de Agnetha, mientras esta se introducía en el despacho.

- Siéntate por favor – Adrián le señaló el sofá.

Era el que utilizaba para dormir de vez en cuando. No pudo evitar imaginarla tumbada y desnuda bajo su cuerpo, mientras ponían a prueba la resistencia del mobiliario.

Desechó rápidamente la imagen, en cuanto su entrepierna comenzó a removerse. Con el uniforme de la clínica, había muy poco margen para disimular una erección como las que

tenía últimamente cuando pensaba en ella.

- Vengo a despedirme – dijo.

¿Cómo? No, no, nonononono.

- Pero dijisteis que os quedarías una semana – ¿esa patética voz era suya?

- Ya ha pasado la semana – dijo ella con voz apenada.

¡Qué coño!

¿Cómo había pasado tan deprisa?

Está bien ahora o nunca, Adrián la cogió de la mano, dispuesto a entrar a matar.

- ¿Hermana? – Thora estaba en el umbral de la puerta.

Joder.

- Estaba despidiéndome del doctor – Agnetha se levantó inmediatamente rascándose los brazos.

- Deberíamos ir a hacer el equipaje – instó Thora – el vuelo sale en ocho horas.

¿Ocho horas?

- ¿Por qué tanta prisa? – dijo sin pensar.

- Thora déjanos por favor – dijo Agnetha.

La hermana miró de uno a otro y, después de pensarlo unos segundos,

cerró la puerta y les dejó solos en el despacho.

- Yo... - Agnetha comenzó a hablar.

Se acabó la dialéctica.

Y ese fue el momento en que Adrián no pudo más y se lanzó hacia ella, acariciando sus labios mientras la tentaba para que abriera la boca. La rubia no se hizo de rogar y, abriendo sus

labios, le permitió que entrara dentro de ella, mientras sus lenguas se buscaban acariciándose frenéticamente en un sensual vaivén.

Adrián se separó unos segundos de ella y la miró a los ojos.

- Por favor, no te vayas – rogó Adrián.

Agnetha se lanzó sobre él, sentándose a horcajadas sobre sus caderas e

invadiéndole la boca de nuevo, mientras le hacía callar. Los pensamientos de Adrián se fueron directamente al “aquí” y al “ahora” y recorrió el cuerpo que tenía sentado encima con las manos, acariciándolo sobre la ropa.

Separó sus labios de los de ella, las décimas de segundo justas para tirar de su camiseta, volviendo a devorarle la boca, mientras luchaba con el cierre del

sujetador. Este salió despedido y los rosados pezones sobre una blanquísima piel nórdica, quedaron expuestos justo delante de la cara del mestizo. La irresistible tentación le abrumó de tal manera, que su lengua salió de su boca sin que él pudiera evitarlo y lamió los rugosos pezones, provocándole tal placer que no fue consciente de que alguien llamaba fuertemente a la puerta.

- ¡¡DOCTOR UNA EMERGENCIA EN EL BOX NÚMERO 1!! – la voz de su enfermera jefe tronaba al otro lado de la puerta.

Los dos se miraron jadeando y Agnetha se levantó rápidamente de su regazo cogiendo el sujetador y la camiseta para colocárselo rápidamente.

- Sera mejor que me vaya – dijo

ella.

- Esto no ha terminado – Adrián se levantó – luego seguimos “hablando”.

Adrián se iba recolocando mientras salía corriendo hacia el box a atender al paciente.

¡¡MALDITO

CÓDIGO

DEONTOLÓGICO!!

Thora cerró la puerta del despacho de Adrián a regañadientes. Para el poco tiempo que les quedaba allí, no quería montar una escena. Se dirigió hacia su habitación refunfuñando, mientras dejaba que su hermana pequeña se despedía del joven doctor.

Era consciente del encaprichamiento de Agnetha con el mestizo, pero su sitio estaba en su pueblo y, en unas semanas,

todo quedaría como una anécdota más.

Los primeros amores siempre te confundían, te hacían creer que serían los únicos y definitivos, pero luego la vida y el destino, ponían todas las cosas en su sitio, haciéndote chocar de bruces con lo que guardaban para ti.

Ella era el más puro ejemplo sobre el tema.

Cuando aún era joven e inexperta, había

estado enamorada secretamente de uno de los periodistas que, de vez en cuando, iban por aquellas tierras a hacer reportajes sobre los mitos y leyendas que de allí se contaban. El fuerte sentimiento la cegó y no supo intuir lo que únicamente buscaba de ella aquel bastardo. Información.

Información que ella le dio sin sospechar nada y que casi les supone un

disgusto a todas sus hermanas.

Entró en la habitación de hospital donde se habían alojado durante todos esos días y revisó todos los armarios para comprobar que no se dejaran nada olvidado.

Estaba de rodillas mirando bajo las camas, cuando un alboroto la hizo dar un salto y salir corriendo al pasillo.

El olor de la sangre de vampiro la

abrumo de tal manera que casi le hizo marearse. Esa sangre no era de un vampiro normal, era la sangre de él.

Anduvo a paso rápido hacia donde se oía el jaleo y se encontró con una escena dantesca.

El gemelo ruso Borya, sangraba profusamente por la muñeca derecha, mientras forcejeaba con el personal sanitario que intentaba tumbarle en la

camilla. Su hermano ayudaba a los sanitarios, mientras intentaba que la toalla empapada en sangre que llevaba atada a la mano no se le cayera, mientras mantenía la extremidad levantada por encima de su cuerpo para evitar que se desangrara. Todos intentaban trasladarle del box donde había sido examinado al quirófano en el que, probablemente, tendría que ser operado urgentemente.

Thora se quedó clavada en el suelo mirando el sangriento panorama, cuando los ojos del ruso se clavaron en los suyos.

En ese momento el tiempo se detuvo y, por unos segundos, sólo existieron ellos dos.

El fuerte vampiro dejó de luchar y antes de que ella pudiera reaccionar, había desaparecido en el interior de la

habitación de la que, hacía tan sólo unos segundos, quería escapar con todas sus fuerzas.

Ella, sin saber porque, se sentó en los bancos que había en el pasillo y esperó a que alguien saliera para que le diera noticias.

Su mirada se quedó perdida en la doble puerta que tenía delante. Un cartel rezaba sobre ella “QUIROFANO N° 1”

lo leyó más de diez veces antes de bajar la mirada y esperar. No sabía el que estaba esperando, pero algo le hacía esperar, dejándola allí con su culo plantado en el asiento de madera y sin poderse mover.

- ¡¡SANGRE!! – el grito que salió del quirófano la sacó de su ensimismamiento -
¡¡NECESITAMOS MAS SANGRE

YA!!

Una de las enfermeras salió como un rayo por el pasillo.

Thora no supo que fue lo que la impulsó a hacerlo, pero algo muy dentro de su cerebro le dio la orden y su cuerpo obedeció el programa como un robot.

Abrió la puerta del quirófano y entró.

Todo el mundo estaba tan ocupado, que nadie fue consciente de que ella estaba

allí, hasta que su muñeca estuvo sobre los labios del paciente.

Con un rápido movimiento los colmillos del vampiro se clavaron en ella y del dolor punzante que le provocó la herida, pasó rápidamente al placer de la succión de los labios masculinos, acompañados de suaves lametazos que recogían cada gota de sangre que quería escapar. El doctor la miró unos segundos por

encima de la mascarilla que le cubría casi toda la cara y bajando la mirada, siguió concentrado haciendo su trabajo.

En ese momento, a Thora le importaba un comino el resto del mundo, lo único importante era la vida de él.

ÉL

Ese fue el último pensamiento consciente de su mente, antes de que todo empezara a dar vueltas y el mundo

se apagara.

Capítulo 7



El día había dado para mucho.

Carmen había conseguido dormir un rato y el resto de las horas, en que sus ojos se negaban a cerrarse, habían sido fructíferas. Después de darle

muchísimas vueltas a la cabeza, había tenido dos importantes revelaciones.

Una: el pasado siempre estaría ahí y jamás podría cambiarlo, así que tendría que empezar a aceptarlo. Eso o meterse en una cabina de rayos UVA y terminar con todo.

Dos: le gustaba Michael de una manera especial y su mente empezaba a aceptarlo.

El agua fría del Guadalquivir fue un bálsamo para su chamuscada piel, pero no así para sus pulmones. La corriente la arrastraba río abajo y no sabía en qué momento estaba boca arriba o boca abajo, lo único que le daba una percepción de la situación de su cuerpo era, si en sus pulmones entraba aire o le ardían por la falta de oxígeno. Por puro instinto de supervivencia su

cuerpo se quedó flotando boca arriba y se dejó arrastrar por las aguas a la espera de que llegara su hora y algo acabara con su vida de una vez por todas.

Las aguas se volvieron más calmadas y sintió como algo se le enredaba por todo el cuerpo dejándola atrapada, mientras arañaba su maltrecha carne sin piel. Intentó deshacerse de aquello

a manotazos pero, por más que su mente daba la orden, su cuerpo no era capaz de obedecerla. Carmen se quedó tumbada, dejándose mecer por lo que fuera que la tenía atrapada, esperando la maldita muerte que se negaba a darse prisa en llegar.

Carmen se obligó a salir de sus recuerdos y fue hacia su ordenador a poner música. Jimena le había

recomendado algunos temas de cantantes españoles y los tenía en una lista de reproducción en su PC.

Subió el volumen a tope y se fue hacia la cocina a prepararse un café.

Un tema que no había escuchado nunca, comenzó a brotar por los altavoces de su equipo de música. Se quedó paralizada, con las manos apoyadas sobre la encimera de la cocina, mientras las

palabras de la cantante española se
introducían en su cerebro

“Veo

Cómo caen de mi piel

Trocitos descamados

Por la ausencia de

Tu humedad

Mi cuerpo deshidratado

Cae,

La piel rota

Dejando al descubierto

La otra

Con más brillo

Que la que cae

Porque algo la está

Alimentando.”

Después de la noche anterior y el fugaz contacto de su piel con la de él, sabía que su cuerpo lo aceptaba sin problemas. Su mente, aunque en

momentos concretos se hacia la dura y entraba en pánico, no estaba tan lejos de rendirse a lo que su cuerpo le exigía.

La idea de dar un paso en la relación que la unía con Michael no la parecía tan descabellada.

Esperaba que Michael fuera tan paciente como lo había sido siempre porque, esa noche, se pondría a prueba.

El tema de “Bebe” seguía sonando,

mientras ella seguía digiriendo la enorme revelación con la que su mente la estaba obsequiando en esos momentos.

“Mi piel,

En silencio grita

Sácame de aquí

Mi piel,

En silencio grita

Oxígeno

Para respirar.

Respirar

De esta falta de ti

Respirar

De esta ausencia de mí

Respirar

Para sentir mejor

Respirar

Para aliviar el dolor

Respirar, respirar

Respirar, respirar.”

El sonido del video portero de su casa sonó, sacándola de su ensimismamiento.

Se acercó rápidamente y sin pensar. No tenía ni idea de la hora que era y dio por hecho que sería Bob dándole un toque para decirle que iba abriendo él.

Mientras la música seguía invadiendo su

espacio privado.

“Hoy necesitaría la invasión

De mi espacio personal

Pero no,

Hoy no lo habrá

No habrá abrazo

No habrá tu abrazo

Hoy no lo habrá.

El dolor por momentos

Se hace casi insoportable

Pero lo que no te mata

Te hace implacable

Cada uno en su universo

Siente su dolor

Como algo inmenso.”

La imagen que vio en la pantalla hizo que la arteria de su garganta comenzara a palpar y sus colmillos se extendieron en toda su amplitud. Michael no

pronuncio ni una sola palabra pero el color de sus ojos fue como una petición hecha a gritos.

Carmen no supo si fue su cuerpo o su mente pero, cuando se quiso dar cuenta, estaba pulsando la clave para abrir la puerta por primera vez a alguien que no fuera Marta.

“El amor

Nos da la vida

Y su ausencia

Nos mata un poco

Cada día.

Mi piel

En silencio grita

Sácame de aquí.

Mi piel en silencio grita

Oxígeno

Para respirar.

Respirar

De esta falta de ti

Respirar de esta ausencia de mí.

Respirar

Para sentir mejor

Respirar

Para aliviar el dolor.

Respirar

Para sentir que estoy viva

Y puedo respirar

Sin ti.

Respirar, respirar, respirar, respirar

Respirar, respirar, respirar, respirar...”

La canción terminó justo cuando la puerta se cerró tras Michael.

Después de la noche anterior y el fugaz contacto de su piel con la de él, sabía que su cuerpo lo aceptaba sin

problemas. Su mente, aunque en momentos concretos se hacia la dura y entraba en pánico, no estaba tan lejos de rendirse a lo que su cuerpo le exigía.

La idea de dar un paso en la relación que la unía con Michael no la parecía tan descabellada.

Esperaba que Michael fuera tan paciente como lo había sido siempre porque, esa noche, se pondría a prueba.

El instinto y el deseo le habían dado una paliza a la razón, ganándole por goleada.

En cuanto la oscuridad fue suficiente como para que no se le chamuscaran las pestañas, salió por la puerta de su apartamento decidido a coger al toro por los cuernos.

Se dirigió hacia el club a paso rápido.

No quería pensar. Si pensaba la resolución que tenía sobre hacer lo que iba a hacer, se le vendría abajo y simplemente se tomaría las cervezas de turno mientras miraba a la camarera imaginándose cosas. Cosas que no quería dejar por más tiempo, porque no sabía si todo ese tiempo serviría para algo o no.

Pasó por la puerta todavía cerrada del

establecimiento y rodeó el edificio en dirección a la entrada del garaje la cual iba directa a la vivienda de Carmen.

Se quedó mirando el botón unos segundos y, de repente, su dedo decidió que ya estaba bien de tanta tontería y apretó el pulsador por su cuenta.

Sus instintos de vampiro sintieron cada movimiento dentro de la casa. Carmen le miraba desde el otro lado de la pantalla

y, al contrario de lo que él había esperado, abrió.

Traspasó todas las puertas de seguridad sin ser demasiado consciente del privilegio del cual estaba siendo partícipe. Según había oído comentar a Carlos nadie, excepto Marta, había entrado en la guarida de Carmen, incluido su íntimo amigo Stefan que había dormido en un sofá viejo del

almacén un día que se le echo la hora encima.

Según avanzaba, la sangre comenzó a arderle.

La última puerta se abrió y Michael entró en la oscuridad de la casa de Carmen. La vista del vampiro se adaptó en seguida a la oscuridad, sus ojos se clavaron en la espectacular hembra que tenía delante y sus colmillos pincharon

su labio inferior haciéndole sangrar. Comenzó a recorrer el cuerpo de Carmen con la mirada, intentando que toda esa belleza se le quedara grabada en las retinas para el resto de su existencia, antes de que la vampira le echara de su casa a patadas.

Sus pies perfectos estaban descalzos sobre el suelo. Tenía las uñas pintadas de rojo y eran el comienzo de la

perfección que venía detrás. Michael siguió con la mirada los tobillos, las estilizadas pantorrillas, las perfectas rodillas y los muslos más sexis que había tenido el honor de ver en toda su vida. Siguió ascendiendo con la mirada y lo siguiente que pudo observar fue un diminuto pantalón de pijama, a juego con las uñas de sus pies, que le cubría lo justo y que se ceñía a sus perfectas

caderas. Continuo su recorrido visual, sin poder evitar hacer una parada en sus erguidos pechos, los pezones despuntaban por la fina tela y Michael tuvo que obligarse a dejar de mirarlos o perdería el control y se lanzaría a por ellos con la misma ansia, que un sediento al llegar a un oasis.

Levantó la vista para clavarla en los ojos de Carmen pero, un movimiento un

palmo más abajo, le hizo volver atrás.

Carmen tenía los colmillos desplegados en toda su extensión y se los lamia con la punta de la lengua. Si eso no era una señal positiva, es que Michael no sabía nada sobre sexo.

Los ojos de la vampira estaban clavados en su boca, él se pasó instintivamente la lengua por sus labios y el sabor de su propia sangre le hizo estremecer.

Observó con gusto como Carmen reaccionaba a su maniobra, volviéndose a acariciar sus propios colmillos con la punta de la rosada lengua.

Los tres metros que les separaban desde la puerta a la pared, donde se había quedado ella con la mano sobre el video portero, eran tres pasos que podían ser un mundo. El temor a que ella le rechazara o, peor, que sus fantasmas

aparecieran y no quisiera volver a verle en la vida, le hacían tener miedo.

Sí. Miedo.

Un miedo aterrador que jamás había sentido y que le cerraba la garganta como si alguien estuviera intentando estrangularle con manos de acero.

Pero, por otra parte, no había llegado hasta allí para ahora echarse atrás, además, Carmen le había abierto la

puerta y, de momento, no le había echado a patadas. Eso debía de significar algo ¿no?

Armándose de valor decidió ir acercándose.

Dio un primer paso y su querida amiga no se movió.

Dio un segundo paso y su deseada amiga no se movió.

Dio un tercer y último paso y su amada

amiga siguió sin moverse.

Se quedaron mirándose a los ojos por unos segundos, no quería asustarla y esperó a que ella diera el siguiente paso.

No sabría decir cuánto tiempo pasó, pero cuando creía que ella no podría seguir con eso, sintió como una elegante mano le acariciaba la mejilla. Ese simple contacto hizo que Michael cerrara los ojos de placer y que un

ronroneo más parecido al de un gran felino que al de un hombre, saliera de su garganta sin que él pudiera controlarlo. Sintió como el dedo femenino recorría su labio inferior y esto le hizo volver a abrir los ojos.

Todo el control se esfumó, en el momento que vio como Carmen se metía el dedo con su sangre en la boca y lo lamía con placer. Eso era demasiado,

incluso para él, que había estado esperando este momento por años.

Los colmillos de Michael se extendieron más de lo que él pensó que fuera anatómicamente posible, clavándose en sus labios y haciendo que la sangre manara profusamente. Carmen se acercó a él y deslizó su lengua por la barbilla masculina hasta llegar al labio y sorber de él mientras tragaba el exquisito

néctar que les daba la vida.

Su mente se nubló y estuvo a punto de marearse como un adolescente primerizo. La saliva de ella junto con la de él mismo, hizo que las heridas se cerraran rápidamente pero, la irreconocible vampira, se ocupó inmediatamente de taladrar la lengua de Michael, que luchaba por invadir su boca, para continuar bebiendo de él.

Si le hubieran dicho hacía tan sólo unos días, que tal cosa iba a ser posible, hubiera pensado que el mundo se estaba volviendo loco y, sin embargo, el que se estaba volviendo loco era él mismo.

Loco de deseo por esa hembra, a la que amaba más que a nada en el mundo.

Mientras las lenguas de ambos se enredaban con pasión, sus manos se movieron sin que su cerebro les diera la

orden, dirigiéndose directamente en busca de aquella exuberante melena en la que se habían enredado hacía más de un mes pero que todavía, recordaban como si hubiera sido ayer. Los largos mechones de entonces ya no estaban, pues su dueña lo había decidido así, pero la suavidad del pelo era la misma y Michael se aferró a él antes de darse cuenta de que algo no iba bien.

¿Cómo podía haber pensado que no iba a poder dejarse tocar nunca más por nadie?

Estaba claro que lo único que hacía falta es que fuera la persona adecuada.

El olor de la sangre de Michael llegó a sus fosas nasales, fue directo a su cerebro y de ahí se disparó como un rayo a sus colmillos.

Sospechaba que, a partir de ese momento, las botellitas de 0+ le iban a saber a rayos.

Estaba tan entusiasmada disfrutando de aquel regalo, que cuando las incisiones del labio del macho se cerraron, un rugido salió de su garganta y clavó los colmillos en lo primero que se introdujo en su boca para seguir deleitándose de aquel manjar.

El rugido que salió de la garganta de Michael no fue precisamente de dolor.

Estaba tan centrada en aquel placer, que no vio venir cuando las manos del macho se posaron sobre su cabeza y le acariciaron el pelo.

La negra sombra del recuerdo del pasado, le recorrió de pies a cabeza y toda su fuerza se vino abajo como un castillo de naipes. Su cuerpo se tensó y

empujó con todas sus fuerzas a Michael, desplazándole por el aire hasta estamparle contra la pared de la cocina.

El crujido de los azulejos al desquebrajarse, fue lo último que escuchó antes de encerrarse en su habitación.

El aire entraba y salía de sus pulmones a toda velocidad y lo primero que se le ocurrió fue mandar un mensaje a Marta.

como si estuviera aporreando un fuelle y no le permitía que ninguna palabra saliera de su boca.

- Respira conmigo – le ordenó suavemente su amiga – inspira, expira, inspira, expira.

Carmen se dejó llevar por la hipnótica voz de Marta y comenzó a acompasar su respiración a la de ella. Según el aire iba pasando más pausadamente en su

cuerpo, todo dejó de verse en tonos
escarlatas y sus descontrolados caninos
le permitieron cerrar la boca.

- No sé porque... - sollozó
Carmen.

- Porque lo necesitabas – la
cortó Marta – ¿quieres que vaya?

- Yo... he estado con
Michael...

- Voy para allá – sentenció

la pelirroja.

Marta escuchó a través del móvil movimiento de ropa, llaves y la cremallera de un bolso al cerrarse.

Marta no cortó la llamada en ningún momento aunque no estuvieran diciéndose nada y Carmen se lo agradeció enormemente pues, el saber que ella estaba ahí la tranquilizaba y la hacía no entrar en pánico.

En menos de quince minutos, el sistema del video portero avisó en el móvil de Carmen y esta abrió la puerta inmediatamente.

Marta entró a tientas en el apartamento subterráneo de Carmen. Aunque empezaba a estar acostumbrada a que en muchas ocasiones, sus amigos vampiros tuvieran todo a oscuras, no dejaba de

darle un poco de aprensión. Se acercó a tientas al interruptor del receptor y en cuanto sus manos palparon el plástico, lo presionó. Esperaba poder encontrar a su amiga sin dejarse los dientes en el suelo.

Se asomó a la puerta de la cocina buscándola pero no estaba, en cambio, la imagen de un enorme cuerpo sentado en el suelo la hizo dar un respingo.

Se asomó a una distancia prudencial y reconoció en seguida a quien pertenecía.

Lo único que había impedido que Tom entrara con ella, había sido la promesa de que en cuanto percibiera el más mínimo indicio de peligro, saldría corriendo como alma que lleva el diablo. Aunque ella consideraba a todos ellos familia y le costaba verlos como algo peligroso, era consciente de la

peligrosidad de un vampiro descontrolado.

Por supuesto, su protectora pareja, estaba esperándola en la puerta de la calle.

- ¿Michael? – dijo - ¿estás bien?

- Dolorido – contestó el neófito.

- ¿Quieres que llame a

Adrián? – Marta dio un paso más acercándose al vampiro.

- El tipo de dolor que padezco no es de su especialidad – contestó, más para sí mismo que para ella.

- Ah...

- Está en algún lugar al fondo del pasillo – Michael se levantó del suelo.

- Gracias – Marta intentó no parecer asustada.

- Como se queda en buenas manos, voy al club a tomar una cerveza – dijo.

- Vale...

Marta no terminó la frase, cuando Michael ya había salido al exterior. Se dio media vuelta y se dirigió hacia el dormitorio de su amiga. La puerta se

abrió antes de que llegara y vio la silueta de la vampira sentada en la cama con el móvil entre las manos, mientras miraba la pantalla con gesto indescifrable.

- Hola – dijo suavemente mientras esperaba a que Carmen la mirara.

- La he cagado – contestó sin quitar la vista de la pantalla del

móvil.

Marta entró muy despacio a la habitación y se sentó en el borde de la cama junto a su amiga.

En la pantalla del móvil se veían las diferentes imágenes que enviaban las cámaras de seguridad de su propiedad.

Marta observó como Michael se dirigía, acompañado por Tom, hacia la barra del club.

- ¿Por qué dices que la has cagado? – preguntó Marta - ¿Yo no le he visto con ningún miembro arrancado?

- No he podido... - un sollozo salió de la garganta de la vampira – él me tocó el pelo...

- Y tú te asustaste – terminó Marta.

- Entré en pánico –

confirmó Carmen – soy una
cobarde, Marta.

- Pues yo creo que te
equivocas en eso – Marta hablaba
muy despacio.

- ¿En qué? – dijo Carmen
medio llorando - ¿En intentar algo
con un macho? Marta yo... he
pasado mucho en mi vida humana y
ese pasado me ha estropeado.

Estoy echada a perder.

- Yo no sé lo que tuvieses que pasar en tu otra vida pero, lo que si se, es como te veo yo. Eres una hembra fuerte e independiente, llevas un negocio tu sola y hasta hace unos meses no has consentido que nadie te ayudara. Tienes un montón de amigos que te queremos y jamás has hecho daño a ninguno,

al menos conscientemente.

- Pero Michael está sufriendo por mi culpa – Carmen lloraba ya abiertamente.

- Si Michael está realmente enamorado de ti, que estoy convencida de que así es, será perfectamente capaz de tener paciencia contigo hasta que tú te encuentres preparada para él.

- ¿Estás segura de lo que dices?

- Completamente.

Marta se olvidó de las advertencias de Tom y envolvió a su amiga en un cariñoso abrazo, para que se desahogara como es debido.

Carmen lloró y lloró sobre su hombro durante un tiempo indeterminado, que Marta no se molestó en cronometrar.

Después de la llorosa sesión, las lágrimas se convirtieron en hipidos durante un buen rato más.

Marta soltó a Carmen en cuanto esta hizo un gesto para incorporarse y alargó la mano hacia la mesilla de noche, para acercarle una caja de pañuelos. Cuando la vampira levantó la cabeza, Marta sintió en sus entrañas que ese iba a ser un momento duro para ambas. Para

Carmen porque iba a hablar de lo que nunca había hablado y para Marta porque iba a tener que escuchar algo que, estaba segura, no iba a ser para nada agradable.

Su lengua amenazó con consumirse en llamas, cuando el whisky se derramó por su boca abrasando sus heridas. Aunque doloroso, era un buen

recordatorio de lo que había pasado en el apartamento de Carmen, antes de que todo se fuera a la mierda por su culpa.

Imbécil.

¿Por qué coño tenía que haberla tocado el pelo?

Eso, como todo el mundo intuía, era un límite infranqueable.

Pero su puñetera mano había decidido que no podía contenerse y había ido por

libre, acariciando la seda que cubría la preciosa cabeza de la vampira.

El fuerte empujón que se había llevado era lo mínimo que se merecía. Debería haberle arrancado la cabeza y él se lo hubiera permitido. Se había estropeado todo y él era el único culpable.

Michael continuaba bebiendo de su vaso mientras la voz de Tom sonaba a su lado. El vampiro le hablaba de sus

últimos inventos en un inútil intento de llamar su atención. Michael no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo, simplemente se limitaba a asentir cuando creía que era lo que tocaba y punto.

Extendió su brazo sobre la barra ofreciendo su vaso vacío, para que Bob lo llenara de nuevo y poder continuar con la rutina.

Vaso a la boca, sorbo, trago, vaso a la barra, asentimiento con la cabeza y... vuelta a empezar. De vez en cuando procedía a extender el brazo y Bob, bendito fuera, se lo llenaba inmediatamente.

Unos cuantos tragos después, cuando decidió que volvía a hacer falta una dosis de la botella dentro de su vaso, se quedó con el vaso extendido sin que

ninguna botella se derramara dentro de él. Eso fue lo único que le hizo levantar la cabeza y fijarse en lo que ocurría a su alrededor.

Tom, en algún momento, había decidido que ya había perdido suficientemente el tiempo en su compañía y se había levantado, no podría asegurar si a los aseos o a buscar a su adorada pelirroja. Escuchó su voz tras él y por el tono

grave y bajo, casi susurrando, sabía que estaba hablando con ella. De repente sintió en su mano, que no había soltado el vaso, el líquido con el que alguien lo estaba llenando. Giró la cabeza hacia la barra y todo el local se iluminó con la presencia de su vampira.

Carmen tenía la botella de su whiskey favorito en la mano y llenaba su vaso con gesto muy serio.

Capítulo 8

A decorative graphic featuring a branch with several roses and leaves, positioned to the right of the chapter title. The roses are in various stages of bloom, and the leaves are dark and detailed.

El vuelo nocturno hacia Nueva York se le hizo tan corto, como si fueran las últimas horas antes del Juicio Final.

Iba a enfrentarse a uno de los mayores pecados que había cometido en su

existencia y se sentía tan culpable, que su garganta estaba tan cerrada que no había comido nada desde que se había enterado. Lo único que mantenía su cuerpo era la ingesta de sangre, que era algo totalmente ineludible para los de su raza.

Abdón cerró los ojos, como si de esa manera pudiera evadirse de todo y de todos pero, lo único que consiguió, fue

que el pasado le inundara la memoria, como un arroyo que se desborda tras una tormenta inesperada.

Abdón estaba cada vez más convencido que el chantajista jamás le dejaría marchar y él no podía seguir con las exigencias del maldito proxeneta. La última joven que le había entregado había sido la gota que colmaba el vaso. Carmen era un joven con tanta alegría

dentro de ella y tan bella que, a punto había estado de olvidarse y no cumplir la misión que le habían encomendado pero, en ese caso, era su vida por la de ella y él había sido muy egoísta.

La hermana pequeña de Carmen, le había encontrado unas semanas después de que desapareciera y le había abordado preguntando por su hermana. Abdón había negado

cualquier conocimiento sobre su paradero y se había ido al galope antes de que sus ojos le delataran.

Pensó que el dueño del burdel y chantajista entendería que ya estaba en el punto de mira y le liberaría de las obligaciones forzadas a las que lo tenía sometido a cambio de su silencio, pero se equivocaba por completo.

El hijo de perra le recomendó

secuestrar también a la hermana, para que no quedaran cabos sueltos.

Él se negó, esa familia ya tenía bastante con que una de sus hijas hubiese desaparecido, como para que también se llevaran a la única hija que les quedaba. Además era tan sólo una niña. Pero eso no quedo sin castigo, tuvo que pagar un alto precio, sobre todo Carmen, le obligaron a tener sexo

con ella mientras varias personas les miraban.

No tuvo elección... ¿o sí?

Estaba claro que podía haber huido de Sevilla o, mejor, matado a aquel hombre, pero había un motivo para cada cosa que se lo impedía.

No podía huir, porque su madre todavía vivía y no pensaba abandonarla. Era una mujer mayor y enferma, hacía años

había perdido la visión y él era el único hijo que había tenido. El hecho de que pensaba cuidarla hasta que llegara su hora era algo irrefutable.

No le podía matar porque, aparte de ser un hijo de perra malvado, era un hijo de perra muy inteligente y tenía una carta lacrada con toda la información sobre él, en manos de un notario, el cual la abriría en caso de

que tuviera una muerte violenta o desapareciera sin dejar rastro.

Los meses pasaron y su madre empeoró hasta que al final murió una fría tarde de enero.

Toda la noche y el día siguiente fue velada por él. En cuanto el crepúsculo del día siguiente le permitió salir la transportó envuelta en un sudario hasta el cementerio y el mismo se

encargó de enterrarla y con ella todo lo que le unía a la vida mortal.

Quería enmendar alguna de las cosas horribles que se había visto obligado a hacer y, sin ninguna razón aparente, se dirigió hacia el burdel. La idea era liberar a tantas chicas como le fuera posible antes de desaparecer de Sevilla y no volver jamás.

Bordeó el edificio con la intención de

entrar por la puerta trasera sin ser visto, cuando unos gemidos llegaron a sus oídos, desde uno de los carrromatos que utilizaban las curanderas que atendían a las prostitutas.

Podía haber pensado que era un gato o cualquier otro cachorro de animal, quejándose por el hambre o el frío.

Podía haber pensado que no era de su incumbencia lo que allí había, pero,

algo en su interior le hizo ir y desatar el sucio ato que envolvía a la criatura quejicosa.

El bebé hembra le miró con ojos de reconocimiento y comenzó a llorar con más fuerza, exigiendo ser atendida. El olor que desprendía la sangre que todavía manchaba su piel era inconfundible.

Esa criatura la había parido Carmen y

sentía algo propio en ella.

“Abróchense los cinturones, en menos de cinco minutos tomaremos tierra...”

La voz de la asistente de vuelo le sacó de su ensimismamiento. Miró la cara de su hija mientras se disponía a obedecer la orden y no pudo más que mirar a otro lado, cuando los ojos de ella le evaluaban con una mirada que jamás había visto en ellos. Rocío sospechaba

que algo pasaba y, lo que era más grave, que él lo sabía.

Aquí estaba pasando algo y ella debía de ser la única que no tenía toda la información.

Su padre llevaba todo el vuelo ausente y, en los pocos periodos de tiempo en los que había dormido, había sido un sueño muy intranquilo.

El Doctor y su pareja mestiza le habían dicho que querían enseñarles el estilo de vida que llevaban los vampiros de Nueva York, por si ellos estaban interesados en incorporarse en su sociedad y dejar de vivir tan aislados.

Hasta ahí todo bien.

Pero había varias cosas que no le encajaban del todo.

¿Por qué no se habían puesto antes en

contacto con ellos? Sabían de sobra de su existencia dado que les compraban los suministros de sangre.

¿Y por qué tanta prisa? Llevaban un montón de años solos. Podían haberles lanzado la invitación y no insistir tanto para que volaran con ellos.

¿Y porque la miraban tanto cuando pensaban que ella no se daba cuenta? Era como si la estuvieran evaluando y

no dieran crédito de lo que veían.

Y además estaba la actitud de su padre, decir que estaba raro era quedarse corto.

Todo esto era raro.

Después de recoger las maletas, se dirigieron hacia la salida. En la puerta había una pareja morena que la miraba descaradamente. Él era un vampiro alto y muy atractivo, que clavaba sus ojos

verdes en ella como si fuera a descubrir en su cara la solución al calentamiento global. Ella era una mujer morena y muy atractiva con una considerable barriga de embarazada, que la miraba con la boca tan abierta que podía verle la campanilla.

Cuando llegaron a su altura, los dos carraspearon y fijaron su atención en Miguel y Skule saludándose

efusivamente, los hombres con un apretón de manos y las mujeres con un par de besos en las mejillas.

- Bienvenidos – la mujer morena se adelantó y les dio dos besos a cada uno.

- Gracias por invitarnos – dijo Rocío.

- Ha sido un placer – el enorme vampiro le besó la mano y

apretó la de su padre.

- Os hemos preparado dos dormitorios en nuestro piso – dijo Carlos.

- Estamos muy agradecidos pero... - comenzó a hablar su padre.

- Estaremos encantados – Rocío le cortó dedicándole una mirada de desaprobación.

- Pues todo arreglado – dijo Carlos – tengo el coche en el parking subterráneo, más vale que nos demos prisa o tendremos que pasar allí todo el día.

Cuando llegaron al céntrico edificio que era la empresa de Carlos, que así se llamaba el atractivo vampiro moreno, subieron hacia la planta donde se encontraba el apartamento y Jimena, su

esposa, les acompañó a cada uno a sus habitaciones.

- Cualquier cosa que necesitéis no dudéis en pedirla – les dijo la morena mientras cerraba la puerta y se iba.

- Jimena – Rocío la llamó antes de que desapareciera por el pasillo.

- ¿Sí? – La mujer se dio la

vuelta y se paró con la típica pose de embarazada.

- ¿Por qué me mirabas en el aeropuerto tan sorprendida? — preguntó.

- Es que me recuerdas mucho a otra persona — la morena se dio la vuelta y se fue sin mirarla a los ojos.

Rocío se quedó allí plantada, sopesando

la información, mientras una extraña sospecha se gestaba en su cerebro.

Adrián comenzó a hacer sus maletas. en el momento en que supo que Miguel había aterrizado sano y salvo en la ciudad.

Tenía lo suficiente en su lugar privado de la clínica, pues esas últimas semanas había vivido allí las veinticuatro horas

del día, siete días a la semana. El único contacto con sus padres había sido las visitas que ellos le habían hecho a la clínica y las llamadas de teléfono. Una de esas últimas, había sido con la que les había informado de que se iba a ir al extranjero una temporada y que se mantendría en contacto con ellos mediante WhatsApp. Ellos, con mucho tiento, le habían intentado sonsacar el

motivo de tanta urgencia y su silencio les había dicho mucho más, que si se hubiera inventado cualquier tonta excusa.

La respuesta de su padre había sido una simple palabra “suerte” y la de su madre, un largo suspiro y un “aquí estamos para lo que necesites”. En ese momento, Adrián amaba a sus padres más que nunca y les agradecía su

comprensión. No tenía fuerzas para enfrentarse a nada más en ese momento.

El dolor que sentía en el pecho desde que Agnetha se había ido el día anterior, amenazaba con provocarle un ataque de ansiedad.

Por más que había intentado convencerla para que se quedara unos días más, hasta que llegara Miguel, para después él poder acompañarlas hasta su tierra, pero

no había servido de nada. La cabezona de su hermana no había consentido esperar, amenazando a Agnetha con irse ella sola.

Aunque entendía el vínculo que la unía con su hermana, no por eso era menos doloroso. El sentimiento de abandono había sido como un tiro en el pecho a bocajarro.

A partir del día en que se habían besado

en el sofá de su despacho, no habían tenido muchos momentos para estar solos. Aquello había sido interrumpido por una urgencia, la cual había terminado en el quirófano con una rocambolesca situación.

No sabía que tripa se le había roto a Thora, pero después de darle su sangre al ruso, huyó hacia su habitación y ya no había salido de allí hasta que se fue en

dirección al aeropuerto.

Escuchó revuelo en la puerta de la clínica e intuyó que su tutor había llegado. Dejó la maleta sobre el sofá y salió hacia la recepción.

Miguel estaba sólo, seguramente su pareja había subido al estudio de su padre directamente para saludarle.

Adrián no pudo obviar el cambio en la expresión del doctor.

Ahora se le veía con una extraña luz en los ojos.

Los dos se saludaron con un fuerte apretón de manos y el doctor se dirigió arrastrando su equipaje hacia su zona privada. Adrián le siguió buscando un lugar privado en el que poder hablar con él.

- ¿Cómo ha ido todo por aquí? – dijo Miguel mientras abría

su puerta.

- Perfectamente – informó
Adrián.

- Me alegro mucho y te pido
disculpas por haberme ido con
tanta premura – le dijo sin mirarle
mientras dejaba su equipaje en la
sala.

- Hoy por ti, mañana por mí
– contestó Adrián – tengo que

hablar contigo de algo muy importante.

- Adelante – le dijo – discúlpame que te escuche mientras recojo.

- Necesito irme una temporada – dijo sin más preámbulos.

- Ah... está bien – dijo sin más – ¿cuantos días necesitas?

- Todavía no lo sé – Adrián
no había ni si quiera soñado que la
cosa fuera a ser tan fácil.

- ¿Algún problema
familiar? – pregunto el doctor.

- No exactamente – contestó
Adrián.

En ese momento Miguel le miró directo
a sus ojos, con esa mirada antigua y
escrutadora de viejo doctor y pareció

comprender.

- Está bien – dijo – cógete todo el tiempo que necesites. Pero antes haremos un recorrido por las habitaciones para ver con lo que me enfrento.

- De acuerdo – dijo mientras salía – estaré en mi despacho.

Cuando Miguel salió de su apartamento

vestido con una bata blanca y el estetoscopio colgado del cuello, Adrián ya le estaba esperando en la recepción de la clínica con las dos carpetas de las historias clínicas, de los pacientes ingresados en esos momentos.

Pasaron por el mestizo quemado que, aunque estaba evolucionando correctamente, había tenido que volver por un problema de infección en las

heridas más graves y estaban suministrándole el antibiótico por vía intravenosa.

Después se dirigieron hacia la habitación del ruso.

Entraron en la habitación que ocupaba Borya muy a su pesar, pues el vampiro había querido largarse de allí en el preciso momento que despertó de la anestesia. Si no hubiese sido por su

hermano gemelo Desya, seguramente nadie hubiera conseguido retenerle allí.

Desya se levantó inmediatamente de la silla que había para las visitas, dejando espacio para que los dos doctores se acercaran a la cama.

- Buenos días ruso – saludo Adrián.

- Si no vienes a darme el alta, más vale que salgas por dónde

has entrado – dijo el malhumorado vampiro.

- No. He venido a despedirme y a informarte de que el Doctor López de Mendoza se va a encargar a partir de ahora de tu recuperación – le dijo mientras revisaba los monitores.

- ¿Te vas? – preguntó.

- Sí. Salgo de viaje –

contestó sin mirarle a los ojos.

- Muy precipitado ¿no? – el ruso le miraba con los ojos entrecerrados - ¿Dónde vas?

- No creo que sea de tu incumbencia – Adrián clavó los ojos en el ruso.

- Sí, si tiene que ver con las hermanas nórdicas – dijo sin cortarse un pelo.

Adrián guardó silencio mientras escrutaba al ruso. Él no había contado con que alguien más estuviera interesado en las hermanas. Todo lo acaecido en el quirófano unos días antes rodó por su cerebro y todas las cuestiones a las que no hizo caso en el momento de la urgencia, le vinieron a la cabeza.

¿Por qué el descontrolado vampiro, se había calmado en el momento que Thora

palabra, parecieron ponerse de acuerdo.

- Tres – confirmó.

- Está bien. Tened las maletas preparadas u os quedaréis en tierra – dijo mientras salía de la habitación con Miguel tras él.

Agradecía que su jefe no se metiera en la historia que se les presentaba por delante.

Agnetha no dirigió la palabra a su hermana durante todo el viaje. En ese momento la odiaba por ser tan egoísta.

Su lealtad le había obligado a volver con ella pero, ese mismo sentimiento, no había sido suficiente como para que la frustración por haber tenido que abandonar a Adrián y salir corriendo detrás de su tozuda hermana, le tentara fuertemente para lanzarle la maleta a la

cabeza.

Estaba dolorosamente atraída por Adrián y no quería ni pensar en estar separada de él por un largo periodo de tiempo. El momento sofá de su despacho, había sido lo más fuerte que había sentido en su vida. Pero una inoportuna urgencia médica, les había interrumpido justo antes de que la cosa pasara a mayores y se había quedado

con la duda de si Adrián era “Él”... el único, el suyo.

Todos sus instintos se habían intensificado tanto, que había sentido como su esencia comenzaba a mezclarse con la del macho, todo ese proceso les convertiría en un solo ser.

Su abuela le había contado que si una bruja nórdica encontraba a su verdadera pareja y tenían sexo completo, se

convertían en una sola alma y eso era la mayor bendición que podía tener cualquiera de ellas. Por supuesto era algo bastante inusual y mucho más viviendo en esos parajes tan aislados, donde casi todos los hombres las temían por culpa de las falsas y distorsionadas leyendas. Ella no había conocido en primera persona a ninguna pareja con ese fuerte vínculo. Había conocido

parejas como la de sus padres, que se amaban y respetaban pero no era algo tan fuerte como lo que le había narrado su abuela que hablaba del tema con ojos soñadores y Agnetha intuía que su desconocido abuelo, había sido el alma gemela de su abuela. Pero nunca les había visto juntos porque el hombre murió antes de que ellas nacieran y su madre no hablaba de ellos nunca.

Agnetha volvió a fulminar con la mirada a su hermana.

- No me mires de esa manera – dijo Thora mientras recogía su maleta de la cinta transportadora del aeropuerto noruego.

- No te miro de ninguna manera – Agnetha recogió su maleta de la mano de su hermana,

con algo más de fuerza de la necesaria.

- Sabías que tendríamos que volver algún día – le dijo sin inmutarse por la agresividad de su hermana pequeña.

- Y ese día lo tenías que elegir tú – dijo sarcásticamente.

- Miré internet y vi que salía un vuelo...

- Déjalo – cortó Agnetha –
en este momento no me apetece
discutir contigo.

- Está bien – dijo Thora
orgullosa – ya se te pasará.

Varios insultos vikingos se le pasaron en
ese momento por la cabeza, pero
Agnetha intentó contar hasta diez y no
montar un espectáculo del que luego se
arrepintiera.

Salieron del aeropuerto de Oslo sin cruzar una palabra y las horas que pasaron en el tren en dirección a Dunderland fueron tan largas, qué odió a su hermana por no haber cedido a coger un hidroavión que las llevara hasta el pueblo. Esa era la única forma de llegar allí volando, pues los numerosos lagos eran la única pista de aterrizaje de la zona.

¡¿Qué mosca le habría picado a esa cabeza de hielo?!

En cuanto las puertas del vagón se abrieron, permitiéndoles salir al congelado aire de su pueblo natal, su hermana bajó del convoy como si le fuera la vida en ello. Agnetha la ignoró mientras cogía su maleta y bajaba del vagón de un salto, pero un instinto primario hizo que se fijara en los ojos

de alerta de Thora, mientras esta miraba fijamente la montaña.

La luz de la montaña donde estaba su amada cueva de hielo estaba apagada, como si alguien hubiera echado un velo negro sobre un foco de luz que, en este caso, era la Luna y las estrellas. Pero ese no era el caso, los astros seguía luciendo en su sitio.

Agnetha se olvidó por completo, del

motivo por el que había dejado de hablar a su hermana y se acercó a ella pegando su costado contra el de Thora, mientras se rascaba convulsivamente el cuello. Las dos fijaron sus ojos en la montaña.

Algo iba mal... muy mal.

Capítulo 9



Carmen necesitó más de dos horas con Marta, para poder salir al bar y enfrentarse a Michael.

Sabía que su estado de ánimo afectaba de manera negativa a la pelirroja pero,

en este caso, no podía evitar ser un poco egoísta... o mucho.

La compañía de la meiga, como Marta se llamaba a sí misma, era un elixir de tranquilidad y paz, que fluía lentamente por sus venas, dejando todos sus músculos laxos y, su mente, en un estado de relajación total.

Después de tener una charla con ella, era capaz de replantearse el presente y

el futuro, como algo diferente...
atractivo.

Cuando por fin decidió que saldría al bar, Marta había tomado un color ceniciento que le hizo sentirse muy culpable. Aunque ella la tranquilizó diciendo que era cuestión de descansar, Carmen no pudo por menos que llamar a Tom y dejar que entrara en su apartamento (otra novedad) para que se

la llevara a casa.

Se arregló rápidamente con unos vaqueros, un suéter y unas botas de tacón y salió hacia su lugar de trabajo.

Bob en cuanto la vio, la guiño un ojo y se fue hacia la puerta con sus compañeros de seguridad, dejándola sola detrás de la barra.

Su mirada fue a parar al rincón de Michael y, esperando que el sitio

estuviera vacío, se sorprendió al comprobar que el hermoso vampiro estaba allí alargando el brazo. Esperó a que levantara la mirada para poder comprobar el estado de ánimo en sus ojos. Pero el único movimiento que advirtió fue el de su brazo alargándolo para mostrar el vaso vacío.

Se acercó con la botella adecuada en la mano y rellenó lo que se le pedía.

Carmen sintió algo frío en el corazón, cuando él ni siquiera la miró a los ojos o a cualquier parte de su cuerpo. Tenía la mirada clavada en la barra y la ignoraba por completo.

Cogió la botella de la estantería y se acercó a llenarle el vaso.

Cuando terminó el trabajo de servir el licor, Michael la observaba con expresión inescrutable. Carmen también

le miró y no pudo creer lo que salió de los labios de su... la palabra compañero revoloteó por su cerebro.

- ¿Cuándo lo intentamos de nuevo? – dijo arrastrando las palabras.

- Yo... ah... - donde se había ido su cerebro.

- Está bien – dijo Michael en el mismo tono de voz – ahora

me sobra el tiempo.

- No... yo... - joder con las palabras – cierro a las 05:00

- No voy a ningún sitio – sentenció el vampiro.

Carmen pasó el resto de su jornada laboral, jugando a las miraditas con Michael como si fueran unos quinceañeros. Menos mal que no había mucho público esa noche, la verdad es

que no le apetecía lidiar con el cachondeíto de Stefan, si estuviese siendo testigo de semejante espectáculo.

Yyyyyyyyy

Se acabó la privacidad.

Michael se percató como Stefan lo fulminaba con la mirada según bajaba las escaleras del club.

Se acercó a él a grandes zancadas y se

apoyó en la barra pero sin sentarse, Michael fue consciente de la postura tensa de Stefan y de las ráfagas rojas que recorrían de vez en cuando sus ojos. En el momento en que el ruso cambió la mirada hacia su íntima amiga suavizó la expresión.

- Buenas noches preciosa –
dijo con voz seductora.

Michael tuvo que recordarse los gustos

sexuales del vampiro, para no saltar sobre él con los colmillos por delante.

- Hola mi alma – contestó ella – ¿Qué vas a tomar?

- ¿Te queda alguna botella de vodka de esas que te traje de mi tierra? – preguntó.

- Ummm, creo que tengo alguna en algún rincón del almacén. Aunque tendré que retirarle el

polvo – Carmen se dio la vuelta y desapareció por la puerta del almacén.

- ¿Has hablado con ella? –
dijo el ruso en cuanto se quedaron
solos.

- ¿Perdón? – Michael le
mantuvo la mirada.

- Le dijiste a Carlos que
sólo tú le contarías lo de la visita

de España – le espetó, dejando claro que no estaba de acuerdo.

- No – contestó Michael – no he tenido ocasión.

- Pues, o lo haces ya, o me dará igual lo que digáis tanto Carlos como tú – amenazó - ¿está claro?

- Lo haré cuando crea que es el momento – Michael se

levantó de su silla.

No pensaba dejarse amedrentar por Stefan, le daba igual que fuera el mejor amigo de Carmen, que tuviera muchos más años que él en esa vida o que fuera capaz de abrirle el cuello en cuestión de segundos.

Carmen era su puto asunto y de nadie más.

En ese momento el traqueteo de los

tacones del motivo de la disputa, sonaron acercándose y en unos segundos la vampira salió por la puerta del almacén con una antigua botella en la mano. En cuanto el líquido cayó en el vaso sin hielo de la barra, Stefan se lo bebió de un trago y después de dedicarle a Michael una mirada amenazante, dejó un billete en la barra y se despidió de su amiga amablemente.

Se le estaba acumulando el trabajo.

- ¿Qué mosca le habrá picado? – dijo Carmen mientras dejaba la botella en los estantes de detrás de la barra.

Michael comenzó a devanarse los sesos, para intentar conseguir que le salieran las palabras sin que Carmen lo viera como una agresión a su intimidad. Cualquiera de las frases que su mente

formaba le parecía horrible y no era capaz de formular aquel batiburrillo de palabras en voz alta.

Jugaba inconscientemente con las llaves del Cayenne, mientras seguía haciendo el intento de formar una frase coherente, cuando unos suaves dedos le cogieron la mano y le quitaron las llaves dejándolas a un lado. Michael levantó la mirada y se encontró los impresionantes ojos

castaños de su vampira, a menos de un palmo de los suyos.

- Estás muy callado – dijo.

- Yo... – Michael, con el inesperado contacto de la piel de ella, había terminado de cortocircuitar.

- Sé que ha pasado algo con Stefan – dijo – ¿quieres que lo hablemos?

- Yo... - ¿Dónde estaban las malditas palabras adecuadas?

- ¿Sí? – Carmen seguía mirándole cada vez más preocupada.

- Sabes que Miguel y Skule han estado viajando por España – comenzó.

- Si...

- Han encontrado a unos

Vampiros – trago de saliva – mejor dicho un vampiro y una mestiza...

- Si...

- Y creen que podrían conocerte...

Michael sintió el instante en que Carmen se fue a aquel lugar en su cerebro, que le había estado torturando desde hacía tantos años. No sólo por el hecho de que soltó su mano como si acabara de darse

cuenta de que tenía una mierda entre los dedos, sino porque su piel se quedó tan pálida que podía verse sus venas a través de ella.

“Y creen que podrían conocerte...”

Ella solo había conocido un vampiro en España y esperaba no volver a verlo jamás. Esperaba que todo se tratara de un tremendo error pues, de no ser así,

iba a restregar la sangre de aquel hijo de perra por todas las calles de Nueva York.

Unas heladas manos, desenredaron su cuerpo del lio de juncos que lo tenían atrapado y la arrastraron hasta la orilla. Carmen, en ese mismo momento, supo que iba a morir si no lo había hecho ya. La imagen que acababa de ver no era nada que hubiera en el

mundo en el cual había crecido, aquel demonio era lo que le esperaba merecidamente, según lo que le habían enseñado, después de haber vivido en pecado y muerto sin que ningún sacerdote le limpiara de todos sus males, los cuales, se había visto obligada a cometer. Pero, por lo visto, la voluntad no era lo que primaba en este caso. Eran los hechos.

Totalmente injusto.

El aterrador rostro que tenía delante era muy parecido al de su secuestrador, sólo que en esta vida, tenía los ojos rojos como la sangre y unos enormes colmillos sobresalían de su boca, como si fuera un perro rabioso.

Carmen vio como el demonio se acercaba a ella, mientras abría la boca de par en par. Lo último que sintió

antes de perder el conocimiento, fue un fuerte dolor punzante en su garganta y otro más fuerte en el corazón al pensar en el bebé que le habían arrebatado.

Cuando abrió los ojos, todo lo que pudo ver fue la más fría y negra oscuridad. Sintió que su cuerpo estaba sobre un duro suelo.

¡NO, NO, NO!

No podía estar otra vez en aquel

burdel. No podía haber sido todo un sueño. Ella debía de estar muerta.

Apoyo sus manos en el suelo con la intención de incorporarse y se sorprendió de que, donde estaba tumbada no fuera tierra, sino roca. Comenzó a palpar todo lo que la rodeaba y también su propio cuerpo. De repente sintió como su vista se aclaraba y comenzaba a ver todo lo

que había a su alrededor igual que si fuese de día, o quizás mejor. Su piel y sus uñas estaban perfectas, sin un rasguño. Le habían cubierto con un vestido sencillo pero bastante nuevo. Se tocó la cabeza y sintió que, aunque su pelo había desaparecido, las puntas de uno nuevo comenzaban a brotar por su cuero cabelludo perfecto.

El único malestar que sentía era su

garganta. Ardía.

Se levantó y anduvo de un lado para otro, comprobando que estaba sola en lo que parecía cueva ¿Cómo habría llegado hasta allí? Intentó recordar las últimas horas, pero le fue imposible que algo de ello le aclarara el misterio.

Se dirigió hacia lo que intuía era la salida, pero un enorme letrero escrito en la pared la frenó en seco.

Carmen miró a Michael y supo que la ocultaba algo. Si descubría que estaba informado de su pasado y no se lo había dicho, no volvería a mirarle a la cara en lo que le quedaba de existencia.

Ni a él, ni a nadie de los que le habían humillado de esa manera.

Rocío estaba tan abrumada por conocer a tanta gente, que no pudo evitar obviar

las instrucciones de su padre para ser prudente.

Se había criado en un mundo tan pequeño, que no tenía ninguna pauta para saber cómo actuar entre tantas personas, todas ellas totalmente diferentes y, a la vez, tan compatibles.

Intentó imitar a los personajes de las series de televisión que tanto le gustaban y así poder salir del paso.

Les habían advertido que, entre el grupo, había humanos que si sabían de su naturaleza pero que también, había otros, que no tenían ni idea.

Por fin llegaron a un altísimo edificio, al cual entraron por un lujoso local comercial en el que rezaba un cartel con el nombre del negocio “Exclusive Hair Stylist”. No pudo evitar que se le descolgara la mandíbula al ver el

interior, nunca había visto una decoración tan moderna en una peluquería, por lo menos en las que ella había acudido, normalmente en centros comerciales en los cuales no le molestaba demasiado la luz, que aunque para ella no fuera mortal, tampoco era cómodo.

Andaba tras la pareja que se habían presentado como Carlos y Jimena, e iba

precedida por su padre, que no se separaba de ella ni cuando necesitaba ir al baño. Le tenía plantado en la puerta hasta que salía y se podía pegar de nuevo a ella.

Recorrieron toda la estancia en dirección al ascensor. Rocío no pudo obviar las miradas de sorpresa que le dedicaban todos los trabajadores cada vez que se cruzaban con alguno de ellos.

Subieron en el ascensor hasta la planta treinta y tres. El enorme vampiro abrió la puerta y les invitó a que pasaran a un precioso apartamento.

- Estáis en vuestra casa – dijo la embarazadísima mujer – Os acompañaré a vuestras habitaciones para que os pongáis cómodos.

- Muchas gracias... - a Rocío no le dio tiempo a terminar la frase.

- Eso no será necesario –
interrumpió su padre – nos podemos
alojar en cualquier hotel.

- Padre... - le reprendió.

- Creo que es más seguro para
todos nosotros – razonó el vampiro
llamado Carlos – este edificio está
totalmente protegido de los rayos
solares y contamos con la seguridad
necesaria, para que no ocurra ningún

desafortunado percance.

- Aquí estaréis más cómodos –
aseguró la pareja del vampiro.

Rocío vio como su padre luchaba con lo que parecía más apropiado, contra lo que le dictaba su orgullo. Los tres le miraron mientras se decidía entre una cosa u otra.

Cuando por fin abrió la boca, Rocío sabía que iba a ceder. Él siempre había

antepuesto su seguridad y, en este caso, no iba a ser menos.

- De acuerdo – dijo – aceptamos la invitación y os lo agradecemos.

- Pues no hay nada más que hablar – Jimena cogió del brazo a Rocío y se la llevó por el pasillo hacia una de las habitaciones de invitados.

Mientras era arrastrada por su anfitriona, miró por el rabillo del ojo

como Carlos acompañaba a su padre hacia la otra habitación.

Abdón entró en la habitación sabiendo que el vampiro llamado Carlos iba a hacer más preguntas de las que le apetecía contestar. Como por ejemplo...

- ¿Tienes algo que ver con una vampira llamada Carmen? —

Directamente, sin rodeos.

Cuando sacó el cuerpo de Carmen del agua, estaba convencido que lo único que podría hacer por ella sería enterrarla. Pero la destrozada mujer, en cuanto sintió el terreno seco bajo su cuerpo, comenzó a gemir en protesta. Sabía que lo más humano sería rematarla desangrándola para que tuviera una muerte dulce y que acabara por fin su sufrimiento. Miró hacia el

cielo para comprobar que el amanecer se acercaba peligrosamente por el horizonte y decidió llevarla a un sitio en el que estuviera más protegido, para realizar el feo trabajo que le quedaba por delante.

Tendió el cuerpo de la mujer en el suelo de la cueva y no pudo retener las lágrimas al comparar aquel amasijo de carne quemada y negra, con la bella

joven que conoció en la feria.

Cerró fuertemente los ojos y se concentró en su misión. Desplegó sus colmillos y volvió a abrir los ojos, que en esos momentos debían de estar del color de la sangre que estaba a punto de extraer de la mujer. La incisión fue rápida y precisa, haciendo manar profusamente la sangre de la arteria a su boca. Abdón fue escuchando cómo

los latidos del corazón eran cada vez más débiles cuando, sin saber de dónde Carmen pudo sacar sus fuerzas, abrió la boca y con un susurro dijo “perdóname mi bebé”.

Abdón no supo que fue lo que le impulsó a hacer lo que hizo, pero de un certero mordisco se abrió la vena y la puso sobre los fríos labios de Carmen.

- Debí suponerlo – Contestó

Abdón.

- ¿Entonces? – insistió Carlos.

- La conocí hace muchos años –
contestó.

- Más o menos los que tiene la
mestiza de la habitación de al lado –
afirmó Carlos.

- Más o menos.

Abdón ya había ocultado su pasado
demasiados años y, aunque no se había

planteado aclarar las cosas en un corto plazo de tiempo, ellas surgían cuando decidían y ese, al parecer, era un momento como otro cualquiera para aclararlas.

- Nunca nos habló de vosotros –
dijo Carlos.

- Ella no sabe nada de nosotros
– contestó – desaparecimos de su vida
antes de que despertara de su

transformación.

- ¿Y su hija? – Dijo Carlos sorprendido - ¿nunca intentó buscarla?

- Ninguna sabe de la existencia de la otra – Abdón se dio cuenta de lo horrible que sonaba en voz alta.

- Entiendo – dijo el vampiro pensativo.

- Creo que no - dijo Abdón mientras se restregaba la cara.

El vampiro le miró directamente a los ojos y se quedó esperando sin ningún signo de ansiedad. Abdón vio algo en los ojos verdes de Carlos que le empujó a confiar en él y, de repente, su boca se abrió y su cerebro comenzó a vomitar todas las palabras que había tenido retenidas desde hacía muchos años.

Capítulo 10

A decorative graphic featuring a branch with several roses and leaves, positioned to the right of the chapter title. The roses are in various stages of bloom, and the leaves are dark and detailed.

La cueva rugía con agonía. Agnetha jamás había escuchado el sonido del viento salir por la entrada de La Cueva de Hielo, era un tormentoso y desgarrador sonido, cómo si el interior

estuviera llorando. Eran los gemidos de agonía de una madre en el velatorio de su hijo, dolor en su más pura esencia.

El suelo de su alrededor, antes de un blanco azulado por el hielo puro del glaciar, ahora era de un color marrón verdoso, el cual desprendía un olor pútrido, obligando a que las dos hermanas tuvieran que taparse la nariz y la boca con la bufanda de piel que

llevaban, para poder respirar sin dar arcadas.

Agnetha levantó sus botas y a punto estuvo de soltar el catering del avión, al ver la sustancia pegajosa que se escurría de ellas, esta era semejante al pus de las heridas infestadas y estaba toda pegada a sus suelas. Miró a su hermana con la esperanza de que esta le dijera alguna palabra de consuelo, pero lo que se

encontró en su cara fue lo mismo que seguramente tenía ella en la suya.

Asco y, sobre todo, miedo.

Miedo por su hermana de sangre y por todas las demás hermanas. Miedo por su cueva y por lo que habían podido hacer con su lugar más sagrado y miedo por ellas mismas y por la posibilidad de no poder retomar su vida y su futuro.

Agnetha siguió a su hermana, que no

dudó un momento y comenzó a andar hacia el interior de la cueva. A pesar del hedor, sentían la esencia de Ursa y la del resto de las brujas que pertenecían al aquelarre.

Según iban avanzando por la cueva, la sustancia que se les pegaba en las botas, iba aumentando su nivel y ya les llegaba a los tobillos. Thora avanzaba como si fuera en primera línea de pelotón directa

a una batalla, Agnetha la seguía con todo sus poderes fluyendo por su piel y preparada para lo que se les viniera encima.

Cuando llegaron a la cámara principal se escondieron tras la roca que daba acceso y miraron hacia abajo. El desolador panorama que se encontraron en su sagrada sala, era difícil de describir.

Tres mujeres vestidas con túnicas negras, se sentaban en sus tronos mientras ocultaban sus cabezas con las enormes capuchas de sus vestimentas.

Sus hermanas estaban amontonadas en un rincón con la mirada perdida mientras entonaban un cántico desconocido para ellas, todas ellas se balanceaban al unísono como si fueran espigas agitadas por el viento.

Agnetha buscaba con la mirada a su hermana mayor, cuando escuchó maldecir a Thora.

Dirigió la mirada hacia donde miraba su hermana y la imagen que encontró, hizo que su cuerpo chisporroteara con una fuerza capaz de cargar la batería de un camión.

Ursa estaba atada con unas cadenas a un bloque de hielo, el cual había sido

agujereado para colocar unas argollas. Las manos las tenía fuertemente encadenadas sobre su cabeza, que colgaba inerte sobre su hombro izquierdo. Sangre seca procedente de sus muñecas, le manchaban los brazos y la túnica en negruzcos chorretes. Tenía las piernas abiertas a la altura de las caderas, lo cual hacía intuir que por debajo del sucio lodo, le habían atado

las piernas de igual forma que las manos.

- ¿Vámonos? – murmuró

Thora.

- ¡¿Qué?! – Agnetha casi se ahoga.

- Aquí no podemos hacer nada – insistió.

- Yo no me voy de aquí sin Ursa – Agnetha no se lo podía

creer.

- Necesitamos ayuda – dijo Thora mientras tiraba del brazo de su hermana.

Agnetha tuvo que reconocer que su hermana tenía razón. Si las apresaban a ellas en ese momento, nadie iría a rescatarlas.

Las dos comenzaron a salir de la cueva rápidamente, cuando un aliento gélido le

rozó la oreja. En ese momento supo con total certeza, que su visita no había pasado desapercibida.

Adrián dio un salto de la cama, como si el mensaje que hacía vibrar su móvil estuviera directamente conectado a su cerebro.

Alargo el brazo hacia su mesilla y comprobó que era un mensaje de

Agnetha.

“AYUDA”

Esa única palabra, hizo que todos sus instintos se despertaran. Su pareja de vida le estaba pidiendo ayuda y eso, conociendo los poderes y el orgullo de las brujas vikingas, decía mucho de lo que les podía estar ocurriendo.

En un primer momento, lo único que se le ocurrió, fue abrir el ordenador y

comenzar a buscar en internet el primer vuelo que saliera hacía las gélidas tierras de su amada pero, cuando su lado irracional dejó de darle ordenes inconexas y se centró, decidió coger el móvil y llamar a Carlos. Después de únicamente dos tonos, la voz del vampiro sonó al otro lado de la línea.

- ¿Adrián? – dijo el vampiro con voz dormida - ¿Qué

ocurre?

- Algo les ha pasado a las hermanas vikingas – contestó como una metralleta.

- Explícate – el sonido de sabanas se coló por la línea telefónica.

- He recibido un mensaje de Agnetha pidiendo ayuda – A Adrián le costaba respirar, como si

un yunque le oprimiera los pulmones.

Después de reenviar a Carlos el mensaje de Agnetha, recibió un mensaje en el grupo en el que Carlos convocaba a todos en su casa. Si el mensaje significaba lo que se estaba imaginando, el tema era muy serio y debían de actuar cuanto antes para que no fuera a más.

El salón del apartamento de Carlos

comenzó a llenarse de gente. Los primeros que llegaron fueron él mismo y Borya seguido de su hermano Desya.

Carlos les saludó con un gesto de cabeza, mientras aporreaba el teclado de su ordenador.

- He conseguido cuatro billetes de avión para esta noche – dijo.

- Yo voy – sentenció

Adrián.

- Y nosotros – los rusos
dieron un paso adelante.

Carlos levantó la cabeza de la pantalla, mientras recogía los resguardos de la impresora y les miró fijamente. Adrián leyó en su mirada que sabía de sobra que daría igual si estaba de acuerdo o no con esa decisión, ellos iban a ir quisiera él o no.

La tensión en los vampiros era demasiado palpable como para no tenerla en cuenta y seguramente a él, le recordaba momentos que nunca quisiera haber vivido.

En ese momento entró Skule por la puerta y se colocó al lado de Adrián.

Aunque no dijo nada, fue uno de esos silencios que lo dicen todo.

- Vale, ya sois cuatro – dijo

Carlos suspirando – iréis de avanzadilla, pero quiero estar informado en el momento de todo lo que descubráis. Si necesitáis ayuda pedirla inmediatamente. No sabemos a qué nos estamos enfrentando.

La sala de estar, según iba pasando el tiempo, comenzó a llenarse de más gente. Marta y Tom llegaron juntos con

cara de no haber dormido mucho.

Jimena salió de la cocina con cara de dormida, mordisqueando un sándwich que olía a chocolate.

- ¿Qué pasa? – dijo la futura madre.

- Nada importante - Carlos la cogió de la cintura y se sentó con ella en el sofá.

Jimena alzó una ceja y miró a su marido.

Adrián dejó de prestar atención a la pareja y salió por la puerta en dirección a su casa para preparar cuatro cosas que cupiesen en una mochila para el viaje. Cuando salía por la puerta se cruzó con Michael y Carmen, que se incorporaban al grupo.

Thora, por más fuerza que hacía con las piernas, no conseguía que sus pies se

movieran del inmundo lodo.

Se dio la vuelta para mirar a su hermana que iba tras ella, pero Agnetha se había quedado tan clavada como ella y su piel era tan roja, que Thora temió que comenzara a arder.

- Agnetha – murmuro – no puedo moverme.

- Ni yo – dijo su hermana – es como si estuviéramos clavadas

al suelo.

- Has sentido “eso” – Thora tenía el estómago revuelto por el olor del mal.

- Si – contestó Agnetha – y tengo la sensación de haberlo sentido antes, aunque de una forma más débil.

Thora vio cómo su hermana se levantaba la capa de pieles y rebuscaba en el

bolsillo interior, sacando un teléfono móvil y tecleando rápidamente, para después guardarlo de nuevo. No le dio tiempo a preguntar que hacía, cuando escuchó el sonido del chapoteo de varias piernas que se acercaban rápidamente hacía ellas.

Thora miró hacia donde venía el ruido, esperando ver lo que se les avecinaba. Cuando los seres se acercaron, deseó no

ser consciente de lo que eran. Dos espeluznantes bestias deformes avanzaban hacia ellas.

Lo último que vio antes de perder el sentido por el fuerte golpe que le propinó una de ellas, fue a su hermana escondiendo su teléfono móvil detrás de una grieta de la pared de hielo.

Thora volvió a la consciencia con un fuerte dolor de cabeza. Miró hacia su

derecha y comprobó que a su lado se encontraba su hermana Ursa inconsciente y, más allá, Agnetha estaba en el mismo estado que su hermana mayor.

- Siempre fuiste la más fuerte – dijo una conocida voz.

Thora inclinó la cabeza hacia el lugar de dónde provenía la voz. Los tres tronos de piedra seguían ocupados por las tres

figuras negras que habían visto desde detrás de la roca.

- ¿Quién eres? – gritó - ¿Por qué hacéis esto?

- La traición se paga cara – dijo de nuevo la conocida voz – y vosotras sois unas traidoras y unas mentirosas.

- Este es un lugar sagrado – dijo Thora – y mi hermana Ursa es

la legítima heredera del trono, por pureza de sangre y edad.

- ¡JA, JA, JA! – rió la intrusa – que equivocada estás.

- Suéltame y te demostrare lo equivocada que estoy – dijo Thora tirando de las cadenas.

La figura del centro se levantó del trono que pertenecía a Ursa y anduvo lentamente hasta ella.

- Muéstrame respeto – chilló – y en un rápido movimiento le abofeteó la cara, arañándole la mejilla con sus larguísimas uñas.

- ¿Quién eres? – Thora no se dejó amedrentar.

- ¿Cómo puedes ser tan torpe y haberte sentado en un lugar tan privilegiado durante tanto tiempo? – La voz de la extraña

mujer sonaba divertida.

- Sé que te conozco...

- Mírame bien – dijo la bruja negra retirándose la capucha que le cubría la cabeza y el rostro.

Thora no se lo podía creer. Aunque la mitad derecha de la cara estaba destrozada por varias cicatrices, era la malvada bruja que las había utilizado hacía varias semanas y que habían dado

por muerta en España.

Nanna.

Dunderland estaba sumida en la más profunda oscuridad.

Por lo menos algo estaba de su parte. En esa época del año, en el norte de Noruega, la oscuridad ocupaba las veinticuatro horas de día. Aunque a los dos mestizos no les mataba la luz del

sol, no era el caso de él y de su gemelo, que eran vampiros puros.

No necesitaron preguntar en el pueblo por la casa de las tres hermanas, pues los instintos de los dos vampiros vinculados, les guiaron sin ningún problema hacia una típica casita pintada de rojo en la orilla del lago.

Subieron al porche de madera y comprobaron que la puerta estaba

congelada, lo que indicaba que no había sido abierta en unos días. Ese dato hubiera sido esclarecedor para saber que dentro no había nadie, aunque sus instintos le habían indicado ya, que la casa estaba desierta. Al menos de humanos o similares.

Borya llamó a la puerta y esperó por si acaso, no había que olvidar que las mujeres a las cuales habían ido a buscar,

no eran humanas normales y podían tener algún hechizo que ocultara su presencia.

Nadie contestó, lo único que llegó a sus agudizados oídos fueron unos suaves maullidos. La mestiza pareja de Miguel, sacó algo de su bolsillo y comenzó a manipular la cerradura y en menos de cinco segundos abrió la puerta de la casa. Una gata negra saltó sobre él,

Borya le acarició la cabeza y el animal ronroneó como si le conociera de toda la vida, mientras le miraba con unos ojos del mismo color que los de su bruja.

Ya que el único habitante de la casa les recibía con tanta alegría, decidieron pasar al interior.

La casa estaba pulcramente limpia y recogida. La gata saltó al suelo en el

momento que Borya entró a la cocina y el animal comenzó a maullar junto a varios comederos que había en el suelo, completamente vacíos. El pobre animal no tenía ni una gota de agua.

Borya se agachó y, abriendo el grifo de la cocina, llenó de agua uno de ellos, la gata comenzó a beber ávidamente, después comenzó a abrir todos los armarios para buscar algo que darle de

comer al animal.

En una alacena encontró latas de comida para gatos y se la sirvió en otro comedero. La gata terminó con ello y le miró relamiéndose los bigotes.

- ¿Quieres más *Kot*? – le dijo al animal.

- Miauuu – la gata le contestó como si le entendiera perfectamente.

Borya abrió otra lata y se la puso en el comedero, antes de ir a buscar a sus compañeros que estaban dando vueltas por la casa.

Salió hacia la sala donde escuchaba hablar a los demás y no pudo más que sorprenderse a ver a Adrián con otra gata en sus brazos, esta de color cobrizo y de un tamaño más pequeño que la negra. Borya miró al pequeño animal y

vio en sus ojos otra mirada conocida.

- En la cocina hay comida de gatos – le dijo a Adrián – estos animales deben de llevar días sin beber ni comer nada.

Según Adrián desaparecía con el animal en la cocina, su hermano aparecía por las escaleras que daban al desván con otra gata, totalmente blanca y con una mirada tan cautivadora, que el simple

hecho de mirarla te hacía sentir relajado.

Desya se dirigió hacia la cocina con la gata e hizo lo mismo que los demás.

- Estas gatas tienen parte de sus dueñas – dijo Skule.

- ¿Crees que nos podrán guiar hacia ellas? – Borya, sentado en el sillón, acariciaba a la gata negra que se le había subido

encima.

- Es posible – dijo Skule.

- ¿Me llevarás hasta mi *ved'ma*? – preguntó al animal.

La gata saltó rápidamente de sus piernas y se fue hacia la puerta de la calle, esperando a que alguien la abriera.

Estaba claro que esa gata era algo más que un simple animal de compañía.

Al igual que sus compañeros, Skule siguió a la gata negra que iba indicándoles el camino. Sentía algo extraño en las mentes de esos animales, aunque las tenían cerradas y no podía entrar en ellas, al menos sin dañarlas, había algo que reconocía en su esencia.

La gata negra iba corriendo y saltado por terreno agreste, sin importarle si ellos podían seguirla o no. Por supuesto

ninguno de ellos tuvo ningún problema para ir tras ella.

Por fin llegaron a una abertura en el hielo y la gata negra se paró en la puerta y les miró. Las otras dos gatas saltaron de los brazos que les habían transportado hasta aquel lugar y entraron en la cueva tras su compañera.

Los gemelos se miraron entre ellos como si hablaran con sus mentes. Skule

no quiso entrometerse en su conversación y entró tras las gatas.

Según puso un pie dentro, una honda le golpeó el cerebro con tal fuerza que le pareció que le habían dado en la frente con una maza. Cayó de espaldas al suelo mientras se echaba las manos a la cabeza.

¡¿Qué mierda había sido eso?!

Skule fue ayudada por sus compañeros

que la levantaron del suelo y la apoyaron en una roca mientras se recuperaba. Tuvo que echarse a un lado para vomitar todo lo que llevaba en el estómago, mientras Adrián le sujetaba amablemente el pelo y la cabeza. Una vez el dolor comenzó a remitir, tuvo la suficiente lucidez para bloquear su mente y defenderse de otro ataque. El propietario de ese hechizo de protección

mental, lo había creado con la intención de que fuera letal. Si ella fuera más débil le habría matado.

- ¿Qué te ha pasado? –

Preguntó Adrián.

- Es tierra de brujas –
contestó Skule entre jadeos– tenía que haber estado más preparada.

Ese golpe tan fuerte tenía toda la pinta de ser un hechizo protector. Ella sabía

que su difunta madre lo utilizaba cuando se enfadaba con ella y no quería que se enterara de sus planes, Skule lo había aprendido a muy temprana edad, aunque nunca había sido tan fuerte.

Con el tiempo había aprendido a cómo defenderse de él. Tenía que haber sospechado que en Noruega podían utilizarlo, al fin y al cabo, era la tierra de parte de sus antepasados.

Y de la perra de su madre.

- Vamos a entrar – dijo
Skule levantándose.

- ¿Estás bien? – preguntó
Adrián.

- Si – dijo algo seca, le
jodía que la vieran como alguien
débil – ya no me volverá a pillar
desprevenida.

Los gemelos comenzaron a andar hacia

el interior de la cueva sin esperarles. Skule les siguió rápidamente y Adrián, muy serio, fue tras ella.

Las gatas habían desaparecido pero ellos no necesitaban ya ningún guía, el sendero estaba claramente marcado en el suelo y no tuvieron más que seguirlo.

Todos tuvieron que taparse la nariz ante el nauseabundo olor que les embargó.

Salieron de un túnel y, bajo ellos, se

abrió una enorme cámara. Cada uno clavó los ojos en distintos sitios del lugar.

Adrián miraba con gesto indescifrable a Agnetha, que se encontraba atada a la pared con unas cadenas. Borya tenía los colmillos en toda su extensión y sus ojos rojos miraban a Thora, que estaba al lado de su hermana en la misma situación. Desya olfateaba el aire como

un tigre, mientras miraba hacia abajo con ojos interrogantes, y ella observó a tres mujeres sentadas en tres tronos de piedra, estaban vestidas con túnicas negras que las cubrían por completo, a los lados había dos horribles bestias que, gracias a los conocimientos que su despegada madre le había inculcado, reconoció como las criaturas llamadas musgosas.

Estos seres eran bípedos, y tenían cuernos, torso velludo y espesa cabellera; las patas eran de cabra, mientras que el torso y los brazos, al igual que su rostro, presentan rasgos humanos. Jamás hubiera imaginado que semejantes engendros existieran de verdad. Además de ser seres físicamente desagradables, eran un enemigo encarnizado de cualquier humano que se

cruzara en su camino, y su beso causaba la tisis, demacrando a sus víctimas y llevándoles a una cruel y lenta muerte. Esperaba no tener que comprobar si esas horribles criaturas eran capaces de afectarles a los vampiros.

Sus ojos fueron directos hacia la figura de negro que estaba en el centro, en medio del fétido olor, le llegó un aroma que reconoció rápidamente. No se podía

creer que la figura que estaba vestida de negro olierá de esa manera.

Era imposible.

Capítulo 11

A decorative graphic featuring a branch with several roses and leaves, positioned to the right of the chapter title. The roses are in various stages of bloom, and the leaves are dark and pointed.

Rocío estuvo escuchando el jaleo en el apartamento durante varias horas, pero no salió de la habitación que le habían asignado.

No parecía que nadie tuviera interés en

que lo hiciera, de ser así, la hubiesen invitado.

Se tumbó en la cama en un inútil intento de coger el sueño, no supo si fue por el cambio de horario o por la curiosidad por lo que estaba pasando fuera, pero no hubo manera de dormirse.

Cuando parecía que la casa se había quedado más tranquila, se vistió con unos pantalones de yoga y una camiseta

ancha y salió en dirección a la cocina para beber un trago de sangre de la nevera, eso era algo que normalmente la relajaba.

La esposa humana del vampiro, le había mostrado donde podía encontrar botellines de 0+ y le había dicho que se sintiera como en su casa. Sabía que todavía quedaba gente en el salón por lo que accedió a la enorme cocina por la

puerta del pasillo.

Mientras observaba ensimismada el interior del enorme frigorífico, comenzó a canturrear una de sus canciones preferidas de “El Barrio” un grupo que la encantaba de su tierra. Andalucía.

*“Vamos a contradecir al mundo
hagamos claro lo oscuro.*

*Se dice que en el interior de la persona
está la belleza.*

*Vamos a jugar a las prendas
empezaremos desnudos.*

Truco, truco.

*Que me ha enseñado mi cara para
entrar en tú corazón.*

Truco, truco.

*Sin mis trucos no soy nada, soy el mago
del amor...”*

Dudaba si coger un botellín de 0+, un trozo de chocolate o las dos cosas.

Por fin se decidió por coger las dos cosas y se sentó en la mesa de la cocina a comer chocolate, mientras le daba pequeños tragos al botellín de sangre. Estaba tan ensimismada en sus propios pensamientos que, cuando sintió una mano sobre el hombro, estuvo a punto de caerse al suelo.

- Hola – Jimena se sentó en la silla frente a ella con un vaso de

leche en la mano – perdona no quería asustarte.

- Ho...hola – contestó tragando trabajosamente el chocolate que tenía en la boca.

- Me encanta levantarme por la noche y comer un trocito de chocolate – Jimena se metió en la boca una onza entera y la saboreó con gusto – me alegra ver que no soy

la única con este vicio.

- No consigo conciliar el sueño –
reconoció Rocío – debe de ser el
cambio de horario.

- Si – reconoció Jimena mientras
pescaba otro trozo de chocolate – a
mí también me costó adaptarme.

- ¿De dónde eres? – preguntó
curiosa.

- De Madrid – Jimena se acarició

la abultada barriga cariñosamente.

- ¿Y...? - Rocío dudó, no quería parecer una entrometida.

- Era mi jefe – contestó Jimena sin ningún pudor – aún lo sigue siendo.

Las dos siguieron hablando, mientras daban buena cuenta de la tableta de chocolate. Rocío se sintió tan cómoda con la mujer, que fue como si la conociera de toda la vida. Cada vez

estaba más segura de que había sido un acierto aceptar la invitación de los vampiros para ir a visitarlos.

Jimena le habló de sus padres y de su amiga Marta, ella siempre había añorado tener amigas como ellas, también le contó su boda y las nuevas parejas que se habían ido creando en el grupo.

El tiempo fue pasando sin darse cuenta y

Rocío se encontraba cada vez más cómoda en compañía de aquellos vampiros y no vampiros, que había conocido hacía tan poco tiempo.

Después de un par de horas que le parecieron cinco minutos, su agradable anfitriona comenzó a bostezar y las dos se levantaron entre sonrisas, para irse hacia las habitaciones.

Estaba recogiendo las cosas de encima

de la mesa, cuando vio como Jimena se quedaba muy quieta y fruncía el ceño, se dio la vuelta para mirar el motivo que había hecho que la mujer se le descompusiera el gesto.

Si no fuera porque era imposible que una mestiza y una vampira pura fueran hermanas, pensaría que la mujer que había en la puerta era su gemela.

Eran las tres de la mañana y el local estaba desierto, Carmen miró por enésima vez la puerta, esperando, o mejor dicho deseando, que Michael entrara por ella. Pero esa noche no parecía que fuera a visitarla, seguramente estaría ocupado con su trabajo ¿no?

Mandó un mensaje a Bob que estaba en la puerta, indicándole que fuera

cerrando y comenzó a recoger y a cerrar la caja.

Lo último que le apetecía era encerrarse en su apartamento a auto flagelarse con sus recuerdos, así que salió a la calle sin rumbo fijo.

El aire gélido de primeros de Noviembre helándole la cara, le hizo sentirse bien. El largo abrigo negro, le cubría hasta mitad de la caña de las

altas botas de tacón del mismo color, con las que iba rompiendo el silencio de la noche.

Sus piernas siguieron moviéndose por sí solas mientras atravesaba Central Parck.

Sonrió, pensando la imagen de temeraria que debía de dar. Una desprotegida mujer, cruzando el solitario parque a esas horas de la noche. Esperaba no tener que demostrar a ningún gilipollas,

lo poco desprotegida que podía llegar a ser.

Sin ser consciente de ello abandonó el parque por el acceso de la Quinta Avenida y, cuando quiso darse cuenta, estaba en la puerta del edificio de Carlos, mientras miraba hacia arriba y sentía la sangre de Michael atrayéndola con tal fuerza, que podría subir trepando por la fachada, romper de un puñetazo la

ventana del apartamento de Michael y lanzarse sobre su garganta.

¡¡Dios, que le estaba pasando!!

No sin un gran esfuerzo entró por la recepción cómo una persona normal y, con un rápido saludó al conserje del turno de noche que por suerte la conocía, subió al ascensor. El radical cambio de temperatura la agobió y se quitó el abrigo colgándoselo del brazo,

mientras recorría a paso rápido los desiertos pasillos en dirección a su destino.

¡¡Mierda, seguro que por la fachada ya estaría arriba!!

La puerta se abrió rápidamente, antes de que le diera tiempo a levantar la mano para llamar, en décimas de segundo estaba dentro del apartamento y Michael la sujetaba contra la pared mientras la

miraba fijamente a los ojos.

Sólo hizo falta un pequeño gesto de asentimiento por su parte, para que los labios del macho se estrellaran contra los suyos y su lengua le invadiera la boca con deseo. Sus propias manos fueron al cuello de su amante, abrazándole con fuerza mientras las de él bajaron por su espalda hasta pasarla sin ningún pudor. De un fuerte tirón la

levantó y Carmen enredó sus largas piernas en las caderas masculinas, sintiendo el duro miembro de Michael entre sus piernas, ese simple roce les hizo jadear al unísono.

Michael les llevó en dirección a la cama, mientras las ropas iban volando por los aires. En el momento que sus cuerpos tocaron las sabanas, los dos estaban ya completamente desnudos. Su

cerebro tuvo un momento de duda, pero rápidamente fue disipado por el deseo, cuando la lengua de Michael bajó rozando su garganta mientras arañaba suavemente con la punta de sus colmillos, para después, volver a subir lamiendo las gotas de sangre y cicatrizando las heridas. Carmen no se podía creer que algo así le hiciera sentir tanto placer, pensaba que su cuerpo

estaba tan estropeado para el sexo, que jamás podría sentir ese tipo de erotismo.

Se equivocaba. Solamente necesitaba encontrar a su verdadero amor.

Él la miraba pidiéndole permiso cada vez que iba a dar un paso más allá y esperaba, sin moverse, hasta que ella le daba su consentimiento con algún gesto.

Carmen no tuvo ningún problema para que la boca de su amante bajara por su

torso. Los labios de Michael se posaron sobre uno de sus pezones y Carmen asintió arqueándose y jadeando cuando él se lo introdujo entero en la boca y lo lamió. La garganta femenina hizo un sonido de protesta por su cuenta, cuando la calidez de la boca de Michael la abandonó y sintió el frío sobre su duro pezón, pero en seguida el placer en el otro pecho la hizo olvidar la frustración

y el gruñido de su garganta se convirtió en un gemido de placer.

Justo en ese momento, su lado inconsciente, le envió un mensaje a su parte del cerebro más consciente. Ya no sentía ningún miedo bajo el cuerpo de ese macho y, echando la cabeza hacia atrás se dejó, libremente, dar placer por Michael.

Este bajó la mano por su vientre

mientras seguía turnándose los pechos en la boca y, muy lentamente, después de pedir y recibir un silencioso permiso, introdujo sus dedos entre los pliegues de sus piernas acariciando lentamente entre ellos. Carmen abrió los ojos de par en par y se encontró con los de Michael mirándola fijamente. El placer la hizo jadear fuertemente y él se bebió sus jadeos con un húmedo beso. Abrió más

las piernas, dándole a su amante mejor acceso y moviendo las caderas para animarle a que subiera el ritmo de sus caricias. Michael la entendió a la primera y comenzó a masturbarla más y más deprisa. En un gesto salvajemente instintivo, la vampira le ofreció su vena, mientras se retorció de placer. Los colmillos de Michel se clavaron fuertemente en su garganta y, ese fue el

momento exacto, en que descubrió el potente placer de un orgasmo recorriéndole todo su cuerpo. El placer subió, bajo y volvió a subir, acrecentado por poderosa energía de estar alimentando de su vena a su pareja de vida.

Cómo esto resultara ser un vivido sueño y después se despertara sudando en la

cama, con una erección de campeonato, iba a tener que visitar a Miguel para que le recetara algo.

Algo muy, muy fuerte.

El perfecto cuerpo de ella estaba bajo el suyo retorciéndose de placer y dejándose hacer. Saboreó su piel y su sangre, disfrutó de sus perfectos pechos y sintió en las yemas de sus dedos la humedad de su sexo. Pero cuando

Carmen le ofreció su garganta mientras llegaba al clímax, tuvo la certeza, que no había vampiro en la faz de la tierra que fuera más afortunado que él.

Cuando soltó la vena y lamio para cicatrizarla, su erección se había colocado justo entre las piernas de Carmen, esta se le quedó mirando fijamente con un gesto que no supo descifrar.

Se movió lentamente con la intención a quitarse de encima de ella, pero las largas piernas femeninas le sujetaron fuertemente, impidiéndole moverse de allí. Carmen comenzó un baile con las caderas rozando su entrada con la punta roma de su miembro y poco a poco, su pene comenzó a penetrarla, mientras sus colmillos mordían sus labios haciéndoles sangrar.

Carmen jadeaba de placer y él ya no pudo controlarse más, de un fuerte empujón la penetró por completo y comenzó a moverse rítmicamente. Sabía que no iba a aguantar mucho, pero intentó alargar ese momento lo más posible, más o menos lo tenía controlado pero las contracciones vaginales de ella, llegando a su propio orgasmo, le hicieron explotar dentro de

ella. Carmen le cogió del pelo y le inclinó la cabeza sin ningún miramiento, clavando sus colmillos en su vena, lo que le produjo un pico de placer sobre su propio clímax, que le hizo perder el conocimiento sobre el cuerpo de su amante.

¿Había sido todo un sueño?

Michael abrió los ojos mientras gruñía a su desquiciada mente, que le hacía

soñar con imposibles.

Se relamió los labios por costumbre, esperando encontrárselos reseco por la resaca pero, el sabor que sintió no era nada parecido al regusto del alcohol. Se volvió a relamer por si había sido todavía un resquicio del sueño y un espontáneo ronroneó salió de su garganta.

Movió los brazos a su alrededor

buscando en las sabanas el cuerpo de ella, pero lo único que encontró fue las sabanas arrugadas bajo las palmas de sus manos. Su cerebro se despejó completamente y las imágenes reales de esa noche comenzaron a fluir por él.

Se giró en la cama deleitándose con el olor de la almohada, cuando algo frío y duro tocó su rostro. Su móvil estaba apoyado contra la almohada y tenía un

mensaje de Carmen.

*“Discúlpame por irme sin despedirme,
pero estás tan dormido...no puedo
expresar con palabras lo que me has
hecho sentir. Te espero esta noche en el
club”*

La sonrisa en su cara le iba a producir
agujetas, aunque seguramente, los
vampiros no sufrieran esas cosas ¿no?

Miró la hora del mensaje comprobando

que había sido enviado a las 04:00 a.m. y el reloj marcaba las 04:30 a.m., sólo hacía media hora que se había ido. De hecho su radar le estaba indicando que la vampira seguía por el edificio. Se levantó a toda prisa y se vistió con los primeros vaqueros y camiseta que encontró en el armario, se calzó unas deportivas y salió como un rayo hacia donde le indicaban sus instintos.

Golpeó la puerta del apartamento de Carlos con un presentimiento que no le estaba gustando nada. Su jefe abrió la puerta despacio y le miró con un gesto que le hizo que se le pusieran los pelos de punta.

- ¿Dónde está? – exigió
mientras entraba al apartamento.

- Prometiste que se lo dirías
– le recriminó Carlos.

Michael miró a su jefe con cara de asombro y entró en tromba hacia la cocina. Le habían dicho que la mestiza tenía un gran parecido con Carmen pero, la imagen que se encontró frente a su vampira... era la viva imagen de ella. El único cambio eran los azules ojos de la mestiza, seguramente herencia del padre. El simple pensamiento de que existiera un macho en la ecuación, le hizo gruñir

como un oso.

Se quedó tan paralizado por la escena, que no fue consciente de la mirada de su amada cuando se dio cuenta de que él sabía sobre los invitados de Carlos. Lo único que le sacó de su ensimismamiento fue el fuerte codazo de ella, cuando le quitó de en medio para salir de allí.

Rocío miró hacia todos lados con gesto interrogante

¿Qué había sido eso?

En el momento que su mente dejó de dar vueltas y convertir a su cerebro en un mejunje batido, se dirigió como una flecha a la habitación contigua a la suya.

El fuerte empujón que dio a la puerta, no sobresalto al maldito mentiroso de su padre. Este se encontraba sentado en la

cama, mientras la miraba fijamente con cara de culpabilidad.

- Cierra la puerta – dijo –
tenemos que hablar.

Rocío cerró la puerta y se quedó de pie, con los brazos cruzados, frente a él.

- ¿Cómo empezar con esto?
– dijo su padre frotándose la cara con ambas manos.

- Desde el principio – dijo

ella secamente – y hasta el final.

Cuando su padre comenzó a contar la historia de su vida y de cómo había tenido que lidiar con costumbres de otras épocas, Rocío empezó a relajar sus músculos y a sentir empatía hacia él. En el momento que empezó a relatar la historia de la mujer que le había dado a luz, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y, mirando la dolida cara de su

padre, siguió escuchado toda la historia. Aunque por una parte seguía enfadada con su padre por no haberle contado la verdad, comprendía que era una situación muy difícil de contar a una hija y podía llegar a entender la forma de actuar de él. También podía ver el enorme esfuerzo que había hecho al ceder con el viaje a Nueva York, sabiendo que se iba a encontrar con ella

y que ya no podría evitar enfrentarse a la verdad.

- De verdad que lo siento
hija mía – dijo mirándola fijamente
– he sido un cobarde, pero no
podía asumir que... que...

- ¿Que pensara que habías
sido una víctima más de ese
maldito monstruo que te
chantajeaba? – Rocío se levantó

del suelo - ¿Qué, pese a las dificultades de aquella época, te quedaste conmigo y me criaste solo? – se sentó junto a él - ¿Qué a pesar de que sospechabas lo que ocurriría aquí, has venido conmigo? – Rocío abrazó a su padre fuertemente y este le devolvió el gesto - Papá siempre seré tu hija, te quiero y no te culpo

de nada de lo que te vistes
obligado a hacer en otra época.

Ahora sólo te pido una cosa.

- Lo que quieras – dijo

Abdón con la voz tomada.

- Ayúdame a conocer a mi
madre.

Abdón no podía estar más orgulloso de
su hija que en esos momentos.

Abdón miró la pared de la cuerva y volvió a leer las letras, que había escrito con su propia sangre, después de dársela a beber a la moribunda que yacía en el suelo.

Si Carmen conseguía sobrevivir al cambio, esperaba que entendiera las instrucciones que allí se narraban y, sobre todo, la última en la que le pedía que borrara todo rastro de ellas antes

de abandonar la cueva.

El camino hasta el coto de Doñana fue tan rápido como su velocidad vampírica le permitió. Aunque en el momento que entró en los enormes madrigueras de su amiga Cinta, el amanecer le estaba quemando la espalda.

Anduvo por el complejo laberinto de túneles en las cuales vivía la solitaria

vampira. Cinta había sido su mejor amiga, durante todos los años que hacía desde que ella misma le convirtiera.

La gruesa puerta que separaba los túneles de tierra, de la vivienda subterránea de la vampira, se abrió antes de que él siquiera levantara la mano para llamar a la puerta.

- *Hueles a chamusquina* –

le dijo Cinta – cinco minutos más y te conviertes en un espeto de vampiro.

- *¿Y la niña? – dijo Abdón cambiando de tema.*

- *Durmiendo como una bendita – contestó ella mientras le miraba suspicazmente.*

- *Sé que ya te he pedido demasiado...*

- *¿Qué necesitas? – dijo ella sin dudarlo.*

- *Necesito que cuides de alguien – comenzó.*

- *No te preocupes de la niña, yo la cuidaré.*

- *No me refiero a la niña – dijo – me refiero a la madre.*

Abdón explicó a su amiga la situación y le pidió que cuidara de Carmen, pero

que no le dijera nada de la niña, ni de él. Ella nunca debería saber que les conocía, simplemente le pedía que la ayudara a madurar como vampira y a conocer su nueva realidad.

Abdón tuvo que carraspear, para no quedar delante de su hija como un patético llorón, mientras la abrazaba con fuerza. Pestañeó un par de veces sobre los hombros de ella, intentando contener

la furtiva lágrima que estaba amenazando con escurrirse por su mejilla. Por fin consiguió contenerse y separó a su hija para encararla.

- Siempre he intentado protegerte
- le dijo mirándola a los ojos - eres lo más importante de mi vida.

- Lo sé - dijo ella - tú también eres lo más importante de la mía.
Pero, ahora que se la verdad,

necesito conocerla a ella.

Aunque su lado irracional no podía evitar sentirse algo celoso, sabía que era eso, irracional y que el amor de su hija por él iba a ser el mismo aunque conociera a su madre. Ahora que le había contado toda la verdad, se sentía liberado y lo único que le quedaba para completar esa liberación, era apoyar a su hija hasta el final y, para eso, iba a

ser imprescindible enfrentarse a su pasado.

Cogió a su hija de la mano y salió con ella hacia la cocina, que era donde escuchaba que estaban el matrimonio dueño de la casa

Capítulo 12



¡Vaya, vaya!

Su traicionera hija había ido a visitarla.

Era una pena que no tuviera preparado un recibimiento a la altura de tan gran acontecimiento.

Nanna se descubrió la cara y miró desde su trono hacía el saliente de la roca, donde estaba la comitiva que había ido rescatar a sus prisioneras. Sus dos compañeras también giraron la cabeza hacia ellos, pero siguieron sus órdenes de no descubrirse. Los monstruos se colocaron uno a cada lado de ellas y comenzaron a gruñir.

- Las madres siempre se quejan de

lo dejadas que son sus hijas para ir a
visitarlas — dijo Nanna
sarcásticamente — debería estar
contenta por tan grata sorpresa.

- ¿Qué es lo que pretendes ahora?
— le gritó Skule desde su lugar,
haciendo que el eco de su voz
revotara por toda la estancia.

- Lo que siempre había planeado
— contestó Nanna tranquilamente —

aunque, al parecer, con algunos cambios imprevistos.

Después del desafortunado incidente en Toledo, Nanna no tuvo más remedio que dejarse vencer por su hija y simular su muerte hundiéndose en las turbias aguas del río Tajo. Podía haber seguido haciéndola frente, pero no estaba segura de que pudiera ganar esa batalla y decidió ser precavida. A ella le

interesaba ganar la guerra, aunque aquella importante batalla se perdiera y le dejara unas cuantas cicatrices, tanto físicas como emocionales. No sería la primera vez que tenía que anteponer sus intereses, y a ella misma, por delante de algún familiar. Estaba acostumbrada a la pérdida y sabía que todo era sustituible... menos su vida.

Con sus poderes fue capaz de

ralentizar su metabolismo, hasta el punto de poder estar bajo el agua el tiempo suficiente para que la corriente del río la llevara hasta un lugar, lo suficientemente apartado sin ahogarse ni desangrarse, donde nadie la viera emerger y arrastrarse hasta la orilla.

Todavía estaba jadeando boca arriba en la fangosa rivera, cuando dos mujeres la recogieron y la llevaron en

volandas a una casa de piedra en medio de una arboleda de sauces, que cubrían una península que formaba la tierra en uno de los recodos del río.

Aunque ella era de naturaleza desconfiada, sintió en esas mujeres la esencia del mal y el hermanamiento por el que se reconocían todas las brujas, además, su orgullo en ese momento, era menor que su instinto de

supervivencia y no pudo hacer otra cosa que dejarse ayudar.

Todos los días que estuvo en la casa de las dos brujas españolas le sirvieron para convencerlas de sus planes, ellas estuvieron en todo momento dispuestas a embarcarse en esa aventura pues, como Leonor y Catalina decían, España ya no es un país para brujas, se había convertido en un país de

descreídos.

- Te advierto que esta vez no me dejaré vencer tan fácilmente – dijo Nanna mientras se levantaba del trono – la situación ha cambiado considerablemente. Ya no estoy sola y mis sentimientos han cambiado. El poco instinto maternal que tenía, ha desaparecido por completo.

- Deja en paz a esas mujeres –

Skule no se podía creer la actitud de su madre – ellas no tienen la culpa de tu pasado.

- ¿Y quién debería ser el que pague por ello? – preguntó mientras se paseaba por delante de sus prisioneras – ellas os ayudaron a vosotros, traicionándome a mí. Son tan enemigas mías como tú.

Nanna se acercó a las tres hermanas y

levantó la cara de su líder sujetándola por el pelo, la mujer estaba totalmente laxa, era gratificante tener a su merced a la que había tenido el poder sobre todas las brujas nórdicas.

- Aunque pensándolo bien, por el vínculo que nos unió en el pasado, estoy dispuesta a hacerte el favor de negociar – Nanna, mientras hablaba, se acariciaba con las yemas de los

dedos la fea cicatriz de su cara.

- Habla – dijo Skule.

- Ya sabes que hay algo de ti que necesito para no envejecer – le dijo – tus amigos pueden llevarse a la hermana mayor y a la pequeña a cambio de ti. Además, seguro que esta cicatriz mejoraría con el tratamiento de belleza que me proporcionarás.

- No – dijo el mestizo pelirrojo.
- ¿El pequeño vampiro está enamorado de ti? – dijo Nanna sarcásticamente – pues que sepas que está ocupada – dijo Nanna dirigiéndose a Adrián.
- ¿Y la mediana? – preguntó Skule.
- Ni los sueños – dijo Nanna con seguridad – no me fio de ella.

A Nanna no le pasó desapercibida la mirada que le dirigió su hija al mestizo, pero ese joven no era uno de los que más le preocupaban. Los otros dos enormes vampiros que no habían abierto la boca, eran harina de otro costal. Esperaba que si la negociación era lo suficientemente consensuada, se sintieran satisfechos y se fueran de allí. Con la sangre de su hija reforzando su

metabolismo, ya tendría tiempo para ir a por ellos.

Es lo que tenía la inmortalidad, la venganza sería servida en plato frío.

Debería haberse imaginado que su madre no iba a desaparecer de su vida con tanta facilidad.

Hacía ya una eternidad, ella había querido a su madre y, aunque no quisiera

seguir su camino, le había guardado sangre congelada en un lugar seguro. Con todos los acontecimientos surgidos después de la falsa muerte de su madre, no se había abordado el tema de su sangre, lo más probable es que decidiera donarla a la clínica de su pareja.

Su amado Miguel... ¡debía de estar pasándolo tan mal con su ausencia!

Ella había decidido ir con la primera partida hacia Noruega, sin sospechar lo que se iban a encontrar allí y, aunque vio la expresión de miedo en sus ojos, en ningún momento le dijo nada. Esa misma noche les acompañó al aeropuerto y se despidió de ella con un fuerte abrazo, un largo beso y unos susurros de amor en sus oídos, que le hicieron dudar si su decisión era la más correcta.

Pero ¿qué otra opción había? la mitad de su sangre era la misma que la de las mujeres que les habían pedido ayuda y ella, al fin de cuentas, era una guerrera y se había jurado ayudar en todo lo que pudiera a ese heterogéneo grupo, que tanto le había ayudado a ella. Todos ellos habían estado ahí para ella, cuando lo había necesitado y se habían jugado la vida por ello.

Miguel sabía que no podía meterse en esa decisión y así lo hizo, otro tema fue su padre. Tom se había puesto rojo de ira y, aunque no había hecho ningún comentario del porque iba ella, había intentado por todos los medios conseguir un billete en el vuelo para estar en el grupo, pero aunque en ese momento había sido del todo imposible, Skule no dudaba en que no tardaría

mucho en aparecer por allí. Esa certeza fue la que le hizo tomar la decisión. Ella era fuerte y podía aguantar las investidas de su madre hasta que el resto de sus nuevos amigos llegaran para ayudarla.

Esperaba que Thora lo fuera también.

- Está bien – dijo – suéltalas.
- De eso nada – Nanna la miró muy seria – me conoces demasiado

bien para pensar que soy una estúpida. No las soltaré hasta que tú estés en su lugar.

Skule la miró fijamente y dio un paso adelante, sintió la fuerte mano de Adrián sujetándola, pero ella se la quitó suavemente y le mandó sus pensamientos rápidamente antes de volver a cerrar su mente. Este la soltó dedicándole una mirada que era una promesa. Los

gemelos la miraron en silencio con gesto de comprensión y admiración, al fin y al cabo ellos también eran guerreros.

Descendió a paso rápido hacia donde le esperaba su madre. Antes de que se pudiera acercar a más de tres metros de ella, las dos bestias que tenían como guarda espaldas, saltaron sobre ella, propinándole un fuerte golpe en la cabeza al cual no sé resistió y, a partir

de ese momento, todo se apagó.

Agnetha sintió el calor sobre su piel.

Abrió los ojos y sintió que la oscuridad de la noche lo inundaba todo antes de volver a caer en la inconsciencia. Los horribles sueños la atormentaban, unas espantosas bestias la acosaban con sus chorreantes bocas abiertas, mientras buscaban la suya intentando darle un

mortal beso. El lodo pestilente trepaba por sus piernas, enredándose en ellas como si fueran tentáculos con vida propia llegándole casi a su cintura. Mientras, tres sombras negras, reían fuertemente desde los tronos de piedra de su amada cueva de hielo.

Un fuerte grito la despertó y le hizo sentarse de golpe, mientras miraba asustada a su alrededor.

La luz de la mesilla iluminaba su propia habitación.

Podía haber caído en el dulce error de pensar que, todo lo acontecido antes de perder el conocimiento había sido sólo un sueño, pero sabía de sobra que no, que la realidad era otra y estaba segura de que todo había ocurrido de verdad.

Ahora la cuestión era otra.

¿Qué hacía ella tumbada cómodamente

en su cama?

Posó los pies en el suelo en el mismo momento en que se abría la puerta de un golpe y entraba por ella la última persona a la que esperaba encontrar allí.

Adrián corrió hacia ella y comenzó a tomarle el pulso y a mirarle los ojos con una pequeña linterna que se sacó del bolsillo de la camisa. Agnetha se deshizo de las profesionales manos y

saltó sobre él, abrazándole fuertemente con brazos y piernas.

- Te llegó mi mensaje – dijo sollozando – mis hermanas, hay que salvarlas.

De repente cayó en la cuenta de que si ella estaba allí...

Se deshizo del abrazo de Adrián y salió corriendo al comedor. Su hermana mayor la miró desde su butaca y se

levantó rápidamente para abrazarla.

Ursa llevaba las muñecas vendadas y, aunque con su túnica no se viera, estaba segura de que los tobillos también los tenía vendados.

Ella misma se miró sus brazos y tobillos, comprobando que lucía el mismo vendaje.

- ¿Y Thora? – dijo mirando hacia todos lados - ¿está acostada?

Las miradas empezaron a ir de uno a otro y sonó algún carraspeo.

Ursa la cogió del brazo suavemente y la sentó en una silla a su lado.

- La salvaremos querida – dijo con un hilo de voz – esa malvada Nanna no se saldrá con la suya.

- Pero, pero... - Agnetha comenzó a llorar y toda su piel se puso roja.

La gata rubia bajó corriendo y de un ágil

salto se subió al regazo de Agnetha, mientras se restregaba con ella ronroneado fuertemente.

- Hola Liten – Agnetha abrazó a su gata que se deshacía de placer restregándose sobre ella – yo también te he echado mucho de menos.

La gata de Ursa se restregó por sus pies a modo de saludo y saltó sobre el regazo

de su hermana.

- Hola Serena – dijo saludando entre lágrimas a la elegante gata blanca.

Necesitamos pensar en cómo lograr sacar de ahí a Thora y Skule, junto con todas nuestras hermanas.

- Hay una forma de anular los poderes del mal – dijo Ursa mientras cogía uno de sus libros y lo abría por

la página que tenía señalada.

Agnetha se arrodilló a lado de su hermana y leyó el enunciado escrito en letras antiguas que precedía al resto del texto.

Eso iba a ser la prueba más difícil a la que se habían enfrentado en toda su vida.

Ursa leyó la fórmula de *La Posesión* en

voz alta para que todos la escuchara. Esta explicaba que mediante una compleja formula, las brujas eran capaces de dejar su cuerpo inerte e introducirse en el cuerpo de otra persona dominándola y haciendo que todos sus actos fueran ordenados por la mente de ellas. Era, literalmente, poseer un cuerpo.

Pero, como todo, tenía un grave

problema. Sus cuerpos sin mente se verían totalmente desprotegidos y estarían en un grave peligro de muerte si sus mentes no volvían a ellos en menos de veinticuatro horas. Sin sus mentes, los órganos dejarían de funcionar correctamente y sufrirían un fallo multiorgánico, llevándolas a una muerte inmediata.

- El doctor – dijo Ursa – se

quedará aquí encargándose de nuestros cuerpos.

- Es una locura – masculló Adrián – aquí no tengo el material suficiente para atenderlos correctamente.

- Eso no será necesario – dijo Ursa – si llegamos a tiempo no habrá ningún problema.

- ¿Y si no? – Adrián no podía evitar pensar en lo peor.

- No podrías hacer nada ni con toda la tecnología del mundo - Ursa no quería crear falsas esperanzas.

Ursa continuó organizando la partida. Los dos hermanos rusos se encargarían de transportar los frascos especiales hasta la entrada de la cueva y de esperarlas allí, hasta que las dos salieran en los cuerpos de las aliadas de Nanna acompañados con su hermana

Thora y la mestiza Skule.

Ursa comenzó con los preparativos mientras los demás seguían sus instrucciones sin decir palabra. Una vez estuvo todo dispuesto, las dos hermanas se bebieron la pócima y se tumbaron en la cama. Lo último que vio Ursa antes de cerrar los ojos y sumirse en la oscuridad, fueron los ojos del vampiro llamado Desya, mirándola fijamente.

Ella no pudo evitar sentir un cosquilleo por su piel ante la ardiente mirada del enorme macho.

Capítulo 13

A decorative graphic featuring a rose and a ribbon. The rose is dark and detailed, with several leaves and a stem. A thin, flowing ribbon or scrollwork element curves around the text and the rose.

Cuando por fin Michel consiguió despegar la mirada de la mestiza que estaba en la cocina de su jefe, giró su cabeza hasta detenerla frente a las cortinas del ventanal del salón. Estas se

agitaban con fuerza, por la acción del viento que azotaba el exterior del edificio.

Se acercó al ventanal asomándose al abismo que separaba la planta del apartamento del lejano pavimento de la 5ª Avenida.

Escrutó rápidamente el exterior, pero sólo acertó a ver la estela que dejaba una veloz silueta al desaparecer por las

oscuras sombras de Central Parck.

Un suicida impulso, ordenado desde la zona de su cerebro que ahora pertenecía a su lado animal, le hizo saltar al vacío sin pensar en las consecuencias. Por suerte, su nueva naturaleza, le ayudó a ir sujetándose ágilmente por las cornisas y caer al suelo con la precisión de un gimnasta.

No tuvo tiempo de sorprenderse, pues

salió corriendo tras Carmen hacia la oscura espesura del parque.

La vampira corría a tal velocidad, que Michael no consiguió alcanzarla pero, la sangre de ella en sus venas, le ayudó a seguir su rastro sin ningún problema.

Los caminos y senderos del parque se convirtieron en un circuito de cros, en el que ella corría en dirección hacia su guarida y Michael la seguía con la

esperanza de que no le diera con la puerta en las narices.

Le horrorizaba, que después del gran paso que habían dado, ella no tuviera la suficiente confianza en él cómo para que no volvieran a dar dos pasos hacia atrás y, todo lo avanzado, se fuera al traste.

Sólo rogaba que le diera la oportunidad de explicarse.

Michael sintió el crujir de un árbol en su

espalda. Si él no hubiera amortiguado el golpe a base de fuerza bruta, estaba seguro que el olmo y sus centenarias raíces, no hubieran resistido tal envite y los guardias del parque hubiesen tenido un problema al día siguiente.

- ¿Cómo te has atrevido? – dijo la vampira con un escalofriante siseo mientras le presionaba del cuello con su antebrazo en una agresiva

actitud, acompañada de unos amenazantes colmillos extendidos.

Pero lo que realmente le dejó paralizado. fue la expresión de humillación y desengaño de sus bellos ojos, ahora teñidos de rojo.

- Yo... no sabes cuánto me arrepiento – dijo con el poco aliento que le permitía la presión en su tráquea – estaba esperando el

momento adecuado...

- Pues yo lo que creo es que eres un maldito egoísta – espetó Carmen – preferiste que todos mis sentidos se concentraran en ti.

- Yo no... - ¡joder tenía razón!

Michael cerró el pico pues, aunque hasta ese momento no había sido consciente de ello, Carmen tenía razón. Había actuado como un puto egoísta.

- No me sigas, no me hables y no vuelvas a llamar a la puerta de mi casa – dijo amenazante – te serviré en el bar cómo a cualquier otro desconocido, pero, como intentes entablar conversación conmigo, te echare a la calle a patadas.

Le podían haber apuñalado en el estómago varias veces con una daga de plata, y no habría quedado tan dolorido

cómo con esas palabras salidas de la boca de Carmen y dirigidas directamente a él con saña.

Aunque la presión sobre su cuello desapareció, a Michael le seguía faltando el aire.

Y, en cuestión de segundos, estaba solo.

Su espalda se deslizó por el tronco del árbol hasta dar con su patético culo en el suelo. Las rojizas hojas caídas, le

servieron de cojín las más de cinco horas que estuvo allí sentando, fustigándose mentalmente. Sólo reaccionó cuando el ruido de uno de los vehículos de trabajo de los trabajadores del parque, le sacó de su mundo interno de mierda y le advirtió que el amanecer estaba cercano.

Se levantó pesadamente y anduvo a grandes zancadas en dirección al

apartamento de su jefe.

Tenía pendiente una larga conversación con el vampiro llamado Abdón. Iba a aclararle qué coño había en el pasado de Carmen, para que la hubiera jodido hasta tales extremos.

¡Qué pecado había cometido ella para que todo su mundo fuera una mentira!

Tenía todos los fotogramas de su pasado

grabados en su mente a fuego. Nunca había conseguido, tampoco había querido, que se le olvidara de donde venía y que era lo que habían hecho con ella. Necesitaba tenerlo muy presente para que no le volviera a pasar y para que, si alguien tenía la más mínima intención de volver a intentar aprovecharse de ella, sacarle las tripas y ahorcarle con ellas.

Pero había bajado la guardia y todo se le había venido encima.

Estúpida, estúpida, estúpida...

No supo porque hizo caso a semejantes palabras escritas por un extraño en la piedra. Pudo ser porque se había acostumbrado a hacer todo lo que se le pedía sin cuestionar la naturaleza de dicha petición, o por algún extraño instinto del que no había tenido

constancia antes pero, el caso, fue que siguiendo dichas instrucciones se introdujo en lo más profundo de la cueva y se sentó a esperar.

Las horas pasaron y ella fue consciente de como su cuerpo cambiaba, donde había habido llagas y heridas incurables, la piel se estaba convirtiendo en porcelana. Se sentía fuerte y sana.

Si no fuera por ese maldito dolor de garganta.

Su cerebro comenzaba a estar lucido y le mandaba toda la información, la cual hasta ese momento había sentido nublada, como un sueño, todos los hechos acaecidos en los últimos días estuvieron claros como el agua. Un escalofriante gruñido salió de su garganta y algo dentro de su boca le

provocó un punzante dolor en la lengua. Carmen se sorprendió tragando su propia sangre con placer.

Las malditas instrucciones le indicaban que alguien iría a ayudarla cuando cayera la noche. Era algo en lo que insistían fehacientemente y, puesto que de todo lo demás que le habían advertido estaba comprobando que era cierto, decidió esperar.

Si la persona que venía a ayudarla pensaba que se iba a dejar hacer, estaba muy equivocado. Sentía que ahora podía con cualquier cosa. Para comprobar que todo lo que sentía era real cogió una de las grandes rocas y la levantó, estampándola contra la pared y haciéndola mil pedazos.

Una risa histérica se hizo dueña de ella y retumbó por toda la cueva, haciendo

que, por el eco, pareciera que allí había un grupo de locas contándose chismes.

De repente su memoria le envió otra imagen que hasta ahora no había recordado. Bajó la mirada hacia su abdomen y se lo acarició, estaba tan plano que nada hubiera hecho sospechar que hasta hacia unos días, este había estado duro y abultado.

Su bebe...

Se lo habían arrebatado y probablemente asesinado. El gruñido que salió de su garganta hizo agrietarse la pared más cercana.

Impulsada por un salvaje instinto, salió disparada hacia la salida. Pero algo la freno en seco dejándola inmovilizada contra la pared.

La mujer que la estaba sujetando

fuertemente era algo salido de otro mundo, no se podía ser tan bella...

Carmen se sentó en el sofá de su guarida y sacó su móvil del bolsillo. Después de buscar el nombre de su vieja amiga en la C, presionó el botón de marcar.

- Hola mi amor – La voz de su amiga Cinta sonó suavemente al otro lado de la línea.
- Quiero la verdad – dijo Carmen

secamente – si quieres que vuelva a dirigirte la palabra en lo que nos queda en este mundo, no me mientas.

Abdón estaba sentado en la cocina junto con su hija y la pareja que les había alojado amablemente en su casa cuando, de repente, la puerta tronó cómo si el que estaba fuera pretendiera tirarla

abajo más, que llamar para que le abrieran.

Carlos se levantó de su silla con tranquilidad y les hizo un gesto a los demás para que no se movieran y mantuvieran la calma.

Abdón hizo caso omiso y le siguió con la intención de saber qué es lo que estaba pasando. Aunque, aparentemente, esa gente era bastante amable con ellos,

no iba a dejar que su hija se viera envuelta en cualquier peligro mientras él se quedaba con los brazos cruzados.

El vampiro que había saltado por la ventana tras Carmen, estaba en la puerta en una postura demasiado agresiva para su gusto.

- Lárgate a tu apartamento y no vengas hasta que no estés controlado – le ordenó Carlos.

- Tu... - Michael señaló amenazantemente con un dedo a Abdón.

- Cuando estés controlado – Carlos le dio al agresivo vampiro con la puerta en las narices.

- No necesito guardaespaldas – Abdón miró a Carlos algo ofendido – puedo cuidar de mí mismo y de mi hija.

- Lo sé – contestó Carlos – pero, ese vampiro que está resoplando ahora mismo en el pasillo, es uno de mis mejores amigos y vosotros soy mis huéspedes. No voy a consentir que nadie salga herido.

Y así volvió a su desayuno, dejándole sin palabras. Abdón comenzaba a admirar a ese vampiro que llevaba el peso de toda la comunidad en Nueva

York, tanto moral, como
económicamente.

Al final iba a haber sido una buena idea
el viajar hasta allí.

El desayuno se desarrolló sin más
interrupciones y cada uno de los cuatro
contó sus historias. Abdón contó de
dónde venían y su forma de vida en
España, por supuesto se cuidó en no
contar nada de las intimidades de

Carmen. Eso tenía que ser ella la que decidiera si quería que saliera a la luz o no.

El día transcurrió tranquilo, él estuvo con Carlos que le mostró todo lo que estaban consiguiendo para la comodidad de su especie, lo cual le sorprendió gratamente. Había cosas de las que había oído hablar en internet, pero muchas otras no tenía ni idea de que

existían. Una de ellas un traje para poder salir al exterior en las horas del día.

Dios eso sería algo importantísimo en caso de urgencia.

Fue presentado al cerebro de todos esos inventos y no pudo más que felicitarle y animarle a que siguiera con todos sus esfuerzos.

A su vez Jimena, la mujer humana de

Carlos, le enseñó a su hija las instalaciones del salón de belleza que tenían en la planta baja del edificio y Roció no hacía más que mandarle mensajes contándole lo bien que se lo estaba pasando, con todos los compañeros de la peluquería y las cosas tan estupendas que le estaban haciendo en el pelo.

Se alegraba tanto de que su hija se

sintiera tan contenta. No la había visto tan entusiasmada desde que era una niña y él la llevaba a ver la cabalgata de los Reyes Magos, que era una de las pocas actividades navideñas que se desarrollaban por la noche.

Pero la noche llegó y tuvo que volver a la realidad de lo que habían ido a hacer allí.

Carlos le había informado de que esa

noche les invitaría a visitar el local de copas del cual era propietario. Abdón, ya que habían llegado a esa situación de no retorno, le había pedido a su anfitrión que zanjaran ese asunto cuanto antes.

Ya era hora de agarrar al toro por los cuernos.

El vampiro había estado hablando largo y tendido aquella tarde con Carmen, no quería de ninguna de las maneras que la

vampira se encontrase inesperadamente con la visita. Según Carlos, el que se hiciera en el entorno de Carmen iba a ser positivo, para que ella se sintiera lo más segura posible. Abdón entendió porque todo ese grupo de vampiros seguían con tanta fidelidad a ese vampiro.

Rocío se lo estaba pasando pipa con

todas las mujeres que estaban a su alrededor.

Jimena y ella estaban sentadas, una al lado de otra, en dos tocadores de la peluquería que pertenecía al marido de su acompañante y una pelirroja y otra con diversos colores en el pelo, estaban trabajado en ellas.

No recordaba haberse reído tanto en toda su vida.

Jimena le había contado que no todos sabían de su existencia, por lo visto la mujer del pelo de colores, a la cual se la habían presentado como Erika, no era consciente de la naturaleza de muchos de los seres que la rodeaban, aunque a ella le dio la sensación de que algo tenía que imaginarse, pues no le cuadraba que pudiera pasar por alto tantos detalles extraños.

En fin, como decía el refrán, ojos que no ven...

Cuando a las dos peluqueras les pareció que ya era suficiente y las dejaron salir de allí, ya eran las diez y media de la noche y el local ya tenía los cierres bajados.

- Vamos a vestirnos, que esta noche nos vamos a tomar una copa – dijo Jimena.

- Me apetece un montón – dijo Rocío – pero tú...

- No te preocupes que yo me tomo un trifásico – dijo ella riendo.

- ¿Un qué? – dijo Rocío sorprendida.

- Es un coctel de zumo que tú mad... Carmen, prepara perfectamente – Jimena no estaba segura de cómo tratar la situación.

- Mi madre – susurró ella - ¿crees que me va a aceptar?

- Seguro que si – Jimena esperaba no equivocarse.

Antes de que llegaran a la puerta, Carlos les estaba abriendo.

- Me pone de los nervios – dijo Jimena riendo.

- ¿Por? – preguntó ella sin saber a qué se refería.

- Que me escuche antes de llegar -
dijo ella riendo.

Rocío estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones, pues su padre actuaba con el mismo instinto protector hacía ella. Se encontraba tan empáticamente integrada con esta gente que empezaba a darle miedo que todo fuera un sueño.

Pero, no, qué coño. Todo eso estaba pasando de verdad y no iba a dejar que

las cosas se le fueran de las manos. A partir de ese momento, dejaba de ser la niña que necesita para tomar cualquier decisión la autorización de su padre. Ella era una mujer adulta, e iba a actuar en consecuencia.

A partir de ese momento, aunque seguiría pidiendo consejo a su progenitor, iba a tomar sus propias decisiones.

Aquella noche después de cenar, Jimena apareció en su habitación con un montón de vestidos colgados de sus perchas y los soltó en la cama.

- Elige – dijo resoplando.

Rocío miró las preciosas telas sobre su cama y no supo que decir.

- No es necesario...

- Que si, no seas tonta – Jimena comenzó a colocarle los trajes

delante con la percha para ver cuál le quedaba mejor a la cara.

- Bueno...

- Este – Jimena eligió un vestido rojo, muy estrecho que le quedaba por encima de las rodillas – con ese pelo que has heredado estarás espectacular.

Decidieron ir al club en coche, cosa que Rocío agradeció en el momento en que

bajó del mismo, mientras se tambaleaba sobre los taconazos que le había obligado a ponerse Jimena, con la convicción de que ese vestido no podía ponérselo con otra cosa.

Entró en el local cogida del brazo de su padre, en un intento de no torcerse ninguno de sus tobillos.

No pudo obviar las miradas extrañadas fijas en ella.

Siguieron a sus anfitriones hacia una de las mesas que estaba en un lugar privilegiado y que, extrañamente, no estaba ocupada.

Carlos, después de dejar debidamente acomodada a su esposa, se dirigió hacia ellos preguntándoles que les apetecía tomar. Cuando todos habían dicho sus preferencias, este se dio la vuelta dirigiéndose hacia la enorme barra que

había al fondo. Rocío siguió al amable vampiro con la mirada hasta que este se apoyó en la barra, saludando a un par de hombres que estaban tomando sus consumiciones en ella.

Uno de ellos era el peluquero que había visto esa misma tarde trabajando en el salón de Carlos y estaba acompañado de un enorme vampiro que no había conocido hasta ahora. Este la miró

fugazmente e, inmediatamente, clavó sus ojos en su padre de una amenazante manera, que no la gustó ni un pelo. Carlos le posó la mano en el hombro y este se dio la vuelta, dándoles la espalda.

El peluquero llamado Sebastián, según le había informado Jimena esa tarde, no sabía nada sobre ellos. A Rocío no se le pasó por alto las miradas de anhelo que

le dirigía al rubio vampiro, aunque las disimuló en el momento que apareció Carlos, jugueteando con el móvil.

Desde luego vivir en sociedad era mucho más divertido, que el aislamiento al que habían estado sometidos su padre y ella.

El hombre que había visto en la puerta comenzó a preparar las bebidas, mientras le dedicaba unas furtivas

miradas. Cualquier chica humana no habría sido consciente de ellas pues lo hacía con mucho disimulo, pero a ella no le estaba pasando por alto.

En ese momento los ojos de los dos vampiros se clavaron en alguien que salió de una puerta situada tras la barra.

Rocío no pudo ver de quien se trataba, pues una enorme columna le bloqueaba la visibilidad. Miró a su padre y este

estaba totalmente alerta, las aletas de la nariz se le movían como a un animal que está en plena caza, sacó unas gafas de sol tipo aviador de su bolso y se las tendió. Este se las puso sin abrir la boca, pues estaba segura que ahí tenía otro problema y siguió con su estado de alerta mirando hacia la barra.

Carlos se dio la vuelta tras un “vamos Carmen” con las bebidas en la mano y

se dirigió hacia la mesa. La persona con la que había estado hablando desapareció por la misma puerta por la que había aparecido, sin que Rocío pudiera ver de quien se trataba. Aunque ella estaba algo distraída mirando al humano llamado Bob.

Comenzaron a beber mientras hablaban de unas cosas y de otras. Aunque ninguno de ellos estaba en la

conversación realmente.

Un silencio sepulcral se hizo en la mesa cuando una bella vampira se acercó a ellos. Su padre se levantó rápidamente y Carlos hizo lo mismo interponiéndose entre los dos. La vampira le dedicó una mirada de reproche.

- Tu y yo tenemos una conversación pendiente – dijo la vampira señalando con el dedo a su

padre – a solas.

El gesto de la vampira cambió por completo cuando clavó sus ojos en ella.

Se agachó quedando en cuclillas junto a ella, una mano temblorosa se acercó a su mejilla y la acarició como si su simple visión no fuera suficiente y tuviera que tocarla para que fuera más real. Rocío, sin saber porque, apoyó su cara contra la mano.

- No te puedes imaginar lo que te he echado de menos.

Las lágrimas de las dos brotaron al unisonó y en ese momento, Rocío supo que nunca se iba a volver a separar de ella. El vínculo que se creaba entre un bebé no nato y su madre, era tan fuerte, que seguía ahí.

Miró hacia su alrededor. Los dos enormes vampiros que eran su padre y

Carlos les miraban mucho más relajados. Su padre seguía con las gafas de sol puestas y Rocío fue consciente de que no sólo era por el color de sus ojos. Carlos sujetaba la mano de su mujer, mientras esta lloraba a moco tendido mirando la escena. Después de estar así un tiempo indefinido, Rocío sintió como la vampira le cogía de la mano instándola a seguirla.

- Demasiadas miradas curiosas –
dijo mientras la arrastraba tras ella.

Rocío miró a su padre y este le hizo un leve gesto de aprobación. En ese momento Rocío se sintió una niña feliz, una niña que seguía a su madre cogida de su mano, con total confianza, hasta el final del mundo.

Capítulo 14



Adrián siguió las instrucciones de Ursa al pie de la letra.

En cuanto las pulsaciones de las dos hermanas, se ralentizaron al mínimo necesario para que los cuerpos se

mantuvieran con vida, les colocó los frascos a la altura de sus bocas. Los labios de las dos se abrieron levemente y una luminosa bruma blanca salió por ellos, introduciéndose en los recipientes. Adrián procedió a cerrarlos cuidadosamente y se los entregó a los hermanos rusos.

Los tres se miraron a los ojos sin decir palabra. Todos sabían lo que se jugaban

en esa misión, nada de lo que dijeran iba a cambiar los sentimientos encontrados de cada uno de ellos: amor, atracción y algo por descubrir chisporroteaban en el ambiente, mientras cada uno se concentraba en su misión sin decir palabra.

Los gemelos se pusieron sus parkas, guardándose cada uno de ellos un frasco en el bolsillo interno situado a la altura

del pecho. En el momento que la puerta se cerró, él se dio la vuelta y comenzó la rutina de tomar el pulso y la tensión por turnos, a cada uno de los cuerpos sin conciencia de las hermanas. A partir de ese momento, le quedaba una de las tareas más difíciles. Esperar.

Sentado en una hamaca de la habitación, con los cuerpos inertes de las dos hermanas en la mejor situación visual

posible y con las gatas tumbadas a los pies de ellas. Liten con Agnetha y Serena con Ursa, cayó en la cuenta de que no habían sabido nada de la gata negra. Se habían ido de la cueva y no se habían acordado del pobre animal, el caso es que ninguna de las dos hermanas había comentado nada al respecto.

Raro.

Estaba sumido en sus propios

pensamientos, cuando su teléfono móvil comenzó a vibrar en su bolsillo. Adrián lo sacó y contestó inconscientemente sin mirar la pantalla para ver quien le llamaba.

- ¿Por qué no consigo ponerme en contacto con mi hembra? – la voz de Miguel había perdido cualquier ápice de educación.

- Iba a llamarte, pero...

- Dime ahora mismo que es lo que está pasando – ordenó Miguel.

Adrián cogió aire y comenzó el relato, lo único que escuchaba al otro lado de la línea, fueron sonidos nada humanos. En cuanto las palabras “lo siento” salieron de su boca, un fuerte golpe al colgar el teléfono, el cual estaba seguro ya no serviría de mucho, le hizo retirarse el suyo del oído.

Adrián se restregó la mano por la cara, había visto perder la compostura a Miguel en otra ocasión y no podía culpar a su jefe de la salvaje reacción pues, él mismo sabía, que el instinto protector hacía tú pareja de vida era algo incontrolable. Lo que si era una novedad, era que este perdiera su anticuada educación, al menos, que él supiera.

Esto se estaba descontrolando por momentos.

Miguel estrelló el puño sobre el teléfono de su despacho. Si después del golpe al colgar había quedado alguna pieza sana, ahora el aparato había quedado totalmente desintegrado.

No se podía creer que su Skule se hubiera puesto en peligro de esa manera.

¡Maldita fuera su vena guerrera!

El pecho le dolía de tal manera que, si fuese humano, temería estar sufriendo un infarto. Salió de su despacho frotándose la zona, pasó por la recepción mascullando entre gruñidos, algo sobre su móvil y que le localizaran en caso de urgencia. Esperaba que Mary se hubiese enterado.

Subió corriendo por la escalera los más

de treinta pisos y se fue directo al despacho de Carlos.

- ¿Sabes algo de lo que está pasando en Noruega? – dijo según entró sin saludar siquiera a Guadalupe.

- No – contestó Carlos sorprendido por la falta de modales de su amigo.

- Mi puñetera suegra está viva...

No había terminado la frase cuando, de repente, la puerta se abrió como una tromba y Tom entró en el despacho igual, o más descontrolado que Miguel.

- Sabes algo de Skule – no consigo comunicar con ella.

Tom giró la cabeza varias veces de Carlos a Miguel y de Miguel a Carlos.

- ¿Qué está pasando? – siseó.

- No lo sé – dijo Carlos –

¿Miguel...? - Carlos extendió la mano dándole la palabra de nuevo.

- Pasa, que nunca debería haber permitido que se fueran sin saber a lo que se estaban enfrentando – dijo Miguel enfadado con el mundo – esto ha sido una locura...

- Estoy a punto de perder el control – dijo Tom – donde coño está mi hija.

Miguel respiró hondo y comenzó a relatar lo que le había contado Adrián por teléfono. Según iban saliendo las palabras de la boca del doctor y llegando a la parte del cerebro de Tom que las hacía comprensibles, este se iba poniendo cada vez más rígido.

- Voy a llamar a un colega para que se haga cargo de la clínica y me voy a Noruega en el primer vuelo

que salga – Miguel se dirigió a la puerta.

- Reserva dos billetes – Tom se hizo sangre en la lengua al hablar, tenía los colmillos en toda su extensión.

- ¿Qué está pasando? – Marta entró junto con Jimena en el despacho.

- Esto se está descontrolando –

Carlos se tiró del pelo nerviosamente – no vamos a cometer de nuevo el error de salir de aquí sin ningún plan. Según ha contado Adrián, corrígeme si me equivoco – dijo mirando a Miguel que se había quedado en la puerta buscando en el móvil – están intentando un plan para poder liberar a Skule y Thora. Creo que deberíamos dejar que sigan con

él y no presentarnos allí arrasando y estropear sus planes.

- Si piensas que me voy a quedar aquí sin hacer nada, es que te has vuelo loco – dijo Miguel.

Tom emitió un gruñido de aprobación.

- Está bien, tenéis razón, yo haría lo mismo. Id cogiendo los billetes y, Miguel, deja cubierto el tema de la clínica. Voy a llamar a Adrián para

sincronizar su plan con nosotros. No quiero cagarla.

- Yo también voy – Marta dio un paso adelante.

- De eso nada – Tom saltó como un resorte.

- Soy bruja y puedo ser de ayuda – dijo la pelirroja levantando la barbilla testarudamente.

- No voy a permitir que te pongas

en peligro – Tom no pensaba ceder.

- ¡Ahhhh vaya! y yo sí puedo esperar en casa mientras tú te juegas la vida – Marta se puso en jarras.

- Es mi hija...

- Voy y no hay nada más que hablar – Marta se cruzó de brazos.

- ¡Joder! – Tom sabía que había perdido.

- Bueno, si me he enterado bien –

intervino Carlos - después de este entretenido rfi-rafe, necesitamos tres billetes.

Miguel bajó a arreglar todo antes de salir de nuevo en una misión suicida. Esto se estaba convirtiendo en una jodida costumbre.

Skule no se podía creer que de nuevo su madre la tuviera en sus manos.

Que mierda había pasado para que, en menos de veinticuatro horas, pasara de estar libre y feliz, a sentirse atrapada en el mayor de los infiernos.

Le habían vestido con una túnica negra y estaba atada de pies y manos con varias cadenas al trono central, casualmente el que estaba ocupando su madre.

Parecía un perro a los pies de su amo.

Skule levantó la cabeza para buscar a

las tres hermanas, pero solo vio a Thora. Al parecer su madre, extrañamente, había cumplido su palabra. La combativa bruja estaba atada a la roca con la cabeza colgando sobre su hombro, el hechizo con el que la habían bloqueado el cerebro seguía activo y no era consciente de la masa viscosa que le subía por las piernas hasta la altura de sus muslos.

Quizás fuese mejor así, pensó.

Skule, en un ataque de pánico o asco o una mezcla de los dos, se miró los pies mientras encogía bruscamente sus piernas, para comprobar que esa inmundicia no le estaba subiendo por sus propios muslos. No pudo evitar un suspiro de alivio al comprobar que sus extremidades estaban fuera del alcance del líquido, pues el nivel de este no

llegaba hasta el segundo escalón de acceso a los tronos, que era donde ella estaba sentada.

- Desconfías de tu madre – la voz de Nanna sonó a su lado, mientras esta se sentaba en el trono.

- Tú ya no eres mi madre – le escupió Skule.

- Deberías matarla por insolente – dijo la bruja de su derecha.

- No Leonor – le corrigió Nanna – ya os he explicado el valor de su sangre.

- Pues cortémosle la lengua – Dijo la de su izquierda – así no te faltará al respeto.

- Catalina – dijo Nanna con una sonrisa ladina – tú siempre tan radical.

- Quítame estas cadenas a ver

quién corta la lengua a quien – Skule dio un tirón de sus ataduras.

- Niña mala – dijo con sorna Nanna – necesitas que te castiguen.

Nanna cogió una de las cadenas con la mano y lanzó una fuerte descarga que dejó sin aliento a Skule.

El orgullo hizo que no gritara, pero el dolor fue tan fuerte, que le costó unos segundos volver a poder pronunciar

palabra.

- ¿Te duele? – dijo Nanna – pues tendrás que ser una niña buena, si no quieres ser castigada de nuevo.

- Sabes de sobra que no temo al dolor – dijo entre jadeos – y soy demasiado valiosa como para que me mates.

- En eso te tengo que dar la razón – Nanna miró hacia Thora – pero tu

amiga me es totalmente prescindible.

- No te atrevas a tocarla ni un pelo – Skule tenía los colmillos extendidos.

- Ella depende de ti – dijo Nanna – sólo la permitiré vivir, si tú cumples con tu cometido de servirme sin resistirte.

Nanna dirigió un dedo al hielo de la pared de la cueva y un rayo azulado

brotó de él, esculpiendo una perfecta copa con el agua helada. Con un gesto de ese mismo dedo, la acercó levitando hasta donde estaba Skule.

- Ya sabes lo que tienes que hacer – dijo mirándola fijamente.

Skule miró la copa sin demostrar su sorpresa, aunque nunca le había visto antes hacer ese tipo de trucos. Cambio la mirada hacia los ojos de Nanna y los

clavó en ellos. Un tremendo pinchazo en su cabeza le hizo retirarlos al momento.

- No pierdas el tiempo con tus trucos mentales — dijo amenazantemente — estamos protegidas hacia ellos.

Skule supo que no tenía más remedio que ceder ante sus exigencias y, de un certero mordisco en su propia muñeca, se abrió la vena para llenar la copa con

su sangre.

Cuando la copa estuvo llena, Nanna hizo un gesto con su mano y la copa voló del suelo a sus manos.

Skule dejó de prestar atención a la malvada loca de la mujer que la había parido y se dio la vuelta para mirar a Thora, mientras se lamia la herida.

Abrió su mente, e intentó contactar con ella mediante sus ondas mentales.

Nada, la mujer estaba totalmente desconectada.

Estaba entretenida limpiándose la muñeca ya cicatrizada con un pico de la túnica, cuando un susurro casi inaudible llegó a su cerebro.

Skule sabía que no era Thora y no sentía ningún cuerpo, excepto los que tenía a la vista, en las inmediaciones de la cueva. Cerró los ojos y se acurrucó en el suelo

fingiendo que necesitaba dormir, mientras abría su mente por completo esperando encontrar aquella mente que intentaba ponerse en contacto con ella.

Agnetha, o mejor dicho su esencia, viajaba en el interior del frasco dentro del abrigo del vampiro. En esos momentos era tan vulnerable, que realmente estaba aterrorizada. Esperaba

que el plan saliera bien pues, en caso contrario, las consecuencias serían nefastas para todas sus hermanas, para los vampiros y, por supuesto, para ella misma.

Tenía que salir bien, necesitaba vivir su amor con el mestizo que la tenía totalmente hipnotizada.

En el momento que notó que ya no se movían, sintió la presencia de su amada

cueva. La enorme mano del vampiro sacó el frasco del interior del bolsillo y, mirándola a través del cristal con ojos postulantes, abrió el frasco dejándola salir.

La trémula luz blanca en la que se habían convertido, viajaron por el interior de la cueva en dirección a sus objetivos. Necesitaban apoderarse de los cuerpos y mentes de las dos brujas

españolas, sin que se diera cuenta la malvada Nanna.

Agnetha sabía por boca de Adrián, del poder mental que Skule había heredado de su padre, e intentó ponerse en contacto con ella. Al principio no notó nada, era como si la cueva estuviera cerrada con aislante. Los hechizos de la malvada bruja Nanna, estaban influyendo negativamente en ella. Pero

según fue avanzando y la gran sala estuvo más cerca, sintió la mente de la mestiza.

- *No te asustes – dijo – soy Agnetha y viajo con mi hermana mayor.*

- *No os acerquéis – les advirtió Skule – ella es muy poderosa y os matará.*

- *No – dijo – no nos verá.*

- *Eso es imposible* – Skule no entendía nada ¿cómo podían ser tan incautas?

- *Viajamos sin cuerpo* – le dijo Agnetha – *sólo somos almas.*

Después de unos minutos de silencio mental, a los que Agnetha atribuyó a la sorpresa de Skule. Las palabras de la mente de su interlocutora volvieron a ella.

- *¿Y cuál es el plan?* – preguntó.
- *Cuando te diga, tendrás que entretener a la bruja Nanna y nosotras nos introduciremos en el cuerpo de las otras dos brujas* – le contó rápidamente.

Volvió a cerrarse unos segundos y cuando volvió a comunicarse con ella, el tono era tan frío como el hielo que les rodeaba.

- *Tres contra una no es mala cifra. Esperemos que salga bien, si no estamos perdidas* – dijo Skule.

Cuando entraron en la gran sala se pegaron a las paredes situadas tras los tronos y se deslizaron lentamente reptando por ellas para no ser vistas.

El mayor miedo de Agnetha era que su esencia no aguantara el frío del hielo del que estaban hechas las paredes y sus

moléculas se congelaran impidiéndolas el movimiento. Pero su sabia hermana tenía razón, la cueva las reconoció y, dejó que el hielo se fuera derritiendo a su paso ayudándolas a descender sobre una fina capa de agua.

Por instinto buscó a su hermana Thora y agradeció no tener cuerpo en esos momentos o hubiera soltado un grito aterrador al ver el estado de su hermana.

Cambió la mirada hacia su objetivo, en un intento de centrarse y no dejarse llevar por el terror de lo que les deparaba el futuro si fallaban.

Bajaron despacio, deslizándose por las paredes y se situaron tras los tronos de las brujas españolas. Agnetha vio como Nanna olisqueaba el ambiente. Si no se daban prisa las detectaría y el plan se iría al traste.

- *Ahora – dijo Agnetha a Skule –
llama su atención.*

Un gemido tronó en las paredes de la
cámara haciendo eco.

- ¡¡MADRE PERDONEME!! –
Skule se colocó de rodillas.

Leonor y Catalina comenzaron a soltar
improperios a la vez.

Nanna cambió su atención a su hija.

- Por favor, necesité que me

perdone – Skule abrió los brazos ofreciéndole un abrazo.

Nanna se levantó de su trono. Mientras con un gesto hacia callar a sus secuaces, dejándolas con la boca abierta.

En ese momento Agnetha y Ursa aprovecharon para introducirse a través de sus gargantas, invadiendo sus mentes y encerrándolas a ellas en un lugar remoto de su cerebro. Agnetha se

sorprendió de lo fácil que había resultado doblegarlas, igual había subestimado sus propios poderes hasta ahora.

Cuando por fin se sintió física, miró a su izquierda y vio los ojos de su hermana mirándola en la espantosa cara de la bruja Catalina.

Un fuerte ¡¡PLAF!! Les hizo desviar la mirada hacia donde estaban Nanna y

Skule.

La cara de la mestiza se giró hacia un lado bruscamente por el fuerte bofetón que le había propinado su madre.

Capítulo 15

A decorative graphic featuring a branch with several dark roses and leaves. The branch curves from the bottom left towards the top right, with one large rose in full bloom and several buds. The background is a light, textured grey.

Era un penoso trozo de carne de vampiro, que no conseguía hacer otra cosa que golpearse con el muro de indiferencia que había construido Carmen entre ellos dos y que no sabía

de qué manera conseguiría atravesarlo, sin romper todos pilares que mantenían su cerebro cuerdo y su corazón dentro de su oprimido pecho.

Su silla en el rincón de la barra había sido sustituida por un enorme macetero, con una horrible planta artificial vieja y descolorida.

Sustituido por un montón de plástico verde.

La presión de su pecho subió unos cien Newton, al verla salir de la barra y desaparecer por la puerta que se dirigía al almacén. La puerta de vaivén se movió de nuevo, pero por ella sólo apareció el enorme corpachón de Bob que se dirigió hacia él, que había cogido una silla para sentarse justo debajo de las artificiales ramas, poniéndole una cerveza sobre la barra.

- Gracias Bob – dijo muy serio –
ponme un trago de Jack Daniel's.
- Marchando – dijo el hombre.

En el momento que se lo llenó, Michael se lo bebió de un trago y le sujeto la mano para que dejara la botella en la barra. Bob le miró con la botella sujeta fuertemente, escrutándole, pero al final decidió ceder a sus deseos y dejó la botella junto al vaso.

Chico listo.

El aroma de Carmen invadió sus fosas nasales, proveniente del lugar equivocado de la sala. Michael giró la cabeza, clavando la mirada en la mesa privada de Carlos y en la que, muy rara, vez se sentaba ella.

Michael era consciente de quien ocupaba la mesa. Su jefe y su esposa, estaban acompañada por el enigmático

vampiro y la mestiza que había traído Carmen al mundo antes de su conversión.

Les asesinó con la mirada.

Ellos habían sido el motivo de que todos los avances que había conseguido con ella se hubieran ido a la mierda, ahora había perdido hasta su amistad, su palabra, su mirada, su sonrisa, su cercanía...

Podía mantenerse así durante un corto periodo de tiempo, pero sabía que no podría resistir esa situación de una manera indefinida. Su nueva naturaleza mitad salvaje, iba a salir a la luz tarde o temprano.

Ahora resultaría que él era el malo de la película y esos dos extraños eran el centro de su atención. La presión de su pecho se desplazó hacia su estómago y

lo retorció como si fuera una bayeta de cocina ¿Qué sentimiento de mierda era ese?

¡CELOS! Puros y duros celos.

Odiaba a todo el mundo al que ella dedicaba su preciosa sonrisa, o su presencia o simplemente les miraba a la cara. Eso era mucho más de a lo que podía aspirar él y se odiaba por eso. Y al resto del mundo también.

Esperaba que el alcohol consiguiera aplacar su ira.

Carmen cortó la llamada con Cinta con una nueva perspectiva de su pasado.

El odio mortal que había sentido por Abdón casi toda su vida, ahora se quedaba en un simple odio, ya no tan mortal, al que necesitaba agarrarse. No podía pasar de un sentimiento tan fuerte

como el odio mortal, a otro de
¿agradecimiento? Esa era la palabra que
Cinta había pronunciado y que Carmen
creía no haber oído bien.

¿Agradecimiento de qué?

¿De haber sido engañada y secuestrada
por él?

¿De haberla violado y dejado que fuera
violada y vendida en un burdel, durante
casi un año?

¿De haberla dejado embarazada y robarle a su bebé?

Igual, con mucha imaginación, podía llegar a comprender sus motivos, esos que le había soltado Cinta cuando le había explicado todos los detalles ocultos, de la parte que ella desconocía de su vida.

Era su vida y necesitaba todas las respuestas.

Aunque los años perdidos no los podría recuperar, esperaba que aquel bebé que gestó inconscientemente y que ya se había convertido en una hermosa mujer mestiza, le dejara formar parte de su existencia.

Esa y sólo esa, era en ese momento era su máxima prioridad y aunque le costara un triunfo, no iba a dejarse engatusar por ningún atractivo vampiro celoso, que la

quisiera sólo para él. Estaba tan enfadada con Michael en esos momentos, que le cogería y le arrancaría el pelo a tirones.

Como no le parecía que fuera algo que pudiera hacer sin parecer una salvaje a ojos de su hija, decidió ser más sutil a la hora de vengarse de él por haber sido tan capullo.

Esa mañana, en cuanto el equipo de

limpieza terminó su trabajo y el club se quedó vacío, había salido de su apartamento y buscado en el almacén un antiguo macetero, de los que utilizaban hacia un montón de años para adornar la entrada, lo había cargado hasta el sitio donde siempre se sentaba Michael y había sustituido su banqueta por este. Sabía que le iba a sentar a cuerno quemado.

¡¡Que le jodieran!! Se merecía eso y mucho más.

Perdió esa línea de pensamiento cuando el tono de su teléfono comenzó a sonar. Miró la pantalla y comprobó que era Carlos.

La conversación fue corta. Gracias a que Carmen había hablado con Cinta, no hizo falta que su jefe la convenciera de lo que ella sabía que iba a suceder más

temprano que tarde. Tenía que enfrentarse cara a cara con Abdón y con la mujer mestiza en la que se había convertido su hija.

Estaba trabajando en la barra, cuando sintió que entraban las dos parejas a las que había estado esperando durante toda la tarde. Carlos acomodó a todos sus acompañantes en su mesa y se dirigió hacia ella. Carmen, que había escuchado

perfectamente lo que querían beber cada uno, se apresuró en prepararlo y salió de la barra por el acceso del almacén. Bob se cruzó con ella y le dirigió una de sus sonrisas ladeadas. Nunca había pensado en ello, pero el tipo era atractivo.

¿Qué le estaba pasando con esa línea de pensamientos?

¿Es que el saber la verdad de su vida, le estaba liberando de todos sus miedos?

Si, era atractivo, pero no se podía comparar con...

No, no, no... no vayas por ahí. Ahora es una anticuada planta de plástico. Ni siquiera necesita agua para sobrevivir.

Se dirigió hacia la mesa de Carlos con la seguridad que nunca había, ni siquiera soñado, que tendría ese momento. Se plantó delante de ellos mientras clavaba los ojos en él, aparentemente,

avergonzado Abdón.

- Tu y yo tenemos una conversación pendiente – dijo la vampira señalando con el dedo a su padre – a solas.

Luego dirigió su mirada hacia Rocío. Rocío... era un precioso nombre, pero le molestaba no haber tenido nada que ver en su elección, bueno, dejémoslo ahí, ese era un momento de reencuentros

y perdones, no se iba a dejar llevar por la rabia.

La cara de la joven mestiza era tan parecida a la de ella misma, que no podía negar que fuera suya.

Excepto por esos ojos, que en la cara de su hija se le hacían preciosos... en la cara del vampiro, sólo los imaginaba clavados en sus uñas... relaaaaaaaajate.

Carmen abrió la boca y las palabras que

salieron de ella fueron una liberación.

- No te puedes imaginar lo que te he echado de menos.

Abdón se tranquilizó cuando vio la forma en que se reconocieron madre e hija. Sus ojos dejaron el color rojo poco a poco y pudo llevarse su bebida a la boca, sin miedo de cargarse la copa con uno de sus colmillos. Aunque las gafas

se quedaron dónde estaban, pues estaba seguro de que sus ojos estaban algo más húmedos de la cuenta.

Si sólo hubiera sabido en las civilizadas condiciones que vivía Carmen, habría dado este paso mucho antes. Quizás había sido un poco egoísta, Rocío era su vida y se había vuelto un tanto territorial con ella.

Pero ahora viéndolas a las dos juntas...

Una mano le cogió del brazo sacándolo de sus pensamientos.

- Vamos a solucionar lo nuestro – le dijo Carmen sin dejar de tirar de él.

Abdón se levantó y se dejó guiar, cogido por la muñeca por la mano de Carmen.

Había dejado a su hija sola con Carlos y Jimena y no sentía aquel agobiante ahogo que le hacía ser excesivamente

protector. Esa carga que había asumido cómo únicamente suya durante tantos años, ahora sentía que podía repartirla entre esas personas, vampiros, mestizos... todos ellos cuidaban unos de los otros.

A Abdón le llegó a sus oídos un gruñido procedente de un enorme vampiro, que se sentaba en la barra junto a una horrible planta de plástico. Pero Carmen

le dedicó una mirada que cortó la amenaza, fuera por lo que fuera, en menos de un segundo.

Entraron en un almacén y su acompañante, sin soltarle de la muñeca, se dirigió a una puerta. Introdujo el código en un teclado y en cuanto se abrió ella tiró de él y cerró la puerta de un culetazo. Sólo entonces le soltó.

- Porque mierda has estado

haciéndome esto – le chillo.

- Yo...

- He hablado con Cinta y puedo comprender lo de los primeros años, que no te fiaras de mi por si estaba descontrolada – Carmen gesticulaba con los brazos a toda velocidad – pero después. Joder Abdón, soy una vampira adulta y nunca haría daño a mi hija.

- Yo...

- Has sido un maldito egoísta –
Carmen cada vez chillaba más.

- Yo...

- Me has privado de mi hija
durante casi un siglo...

- Yo...

- ¿Eres consciente de lo que he
podido llegar a odiarte? – dijo
resoplando – y ahora resulta, que

todo fue de otra manera. Resulta que lo que hiciste...

Una enorme mano la tapó la boca.

- Yo... lo siento – consiguió decir Abdón – he sido un maldito cobarde.

Carmen se quedó mirándole mientras él retiraba la mano lentamente. Ella le observó con sus expresivos ojos.

Entonces, todo lo que la mente de Abdón había guardado durante todos esos años,

comenzó a salir por su garganta y por su boca como un torbellino. La fuerte amistad y el agradecimiento que sentía por Cinta por todo lo que había hecho por él, tanto en su adaptación, cómo por el tremendo favor por la ayuda que le había prestado con su hija recién nacida y con la madre.

El primer golpe en la puerta sonó a mitad de su disculpa. Haciéndole girar

la cabeza hacia allí. Cómo Carmen no pareció hacer caso del fuerte ruido Abdón siguió hablando, pero el segundo golpe fue un poco más fuerte, lo suficiente para sacar la puerta de sus goznes. Esa vez no pudo dejar de mirar en dirección a la puerta, mientras Carmen soltaba un bufido y se dirigía hacia ella. La vampira abrió la puerta y se colocó en jarras delante del enorme

vampiro.

Abdón se acercó a la puerta y se colocó tras ella mirando al extraño.

Los dos se midieron como dos bestias salvajes a punto de saltar una sobre la otra.

Él no habría maniobrado rápidamente para ponerse en medio de esos dos, si no fuera por la mirada asesina que le había dedicado el enorme vampiro que,

además, olía a neófito por cada poro de su piel.

No se iba a arriesgar a que su Rocío perdiera de nuevo a su madre, ahora que se habían reencontrado con ella.

Las palabras sobraron en aquella escena. Cualquier gesto racional fue sustituido por colmillos, gruñidos y miradas rojo sangre. Aquella sobredosis de testosterona duró tan sólo unos

segundos, pues unas firmes manos le retiraron y el esbelto cuerpo de Carmen se interpuso entre los dos. Inmediatamente el gesto del intruso cambió de fiero a suplicante.

- ¿Qué coño crees que estás haciendo? – Carmen siseó como una cobra a punto de atacar.

- Yo... necesito hablar contigo – rogó el neófito.

A Abdón no tuvieron que darle ninguna explicación para comprender.

- La señorita está ocupada – dijo Abdón, mirando directamente al neófito desde la altura que les permitía a los dos, sobrepasar al cuerpo que se interponía entre ellos.

- No estoy hablando contigo – gruñó el extraño.

- Creo que no eres bien recibido –

replicó Abdón.

El neófito miró a Carmen.

Durante unos segundos nadie habló ni se movió de su lugar. Al final Abdón sintió cómo Carmen suspiraba y se daba la vuelta para encararle.

- Abdón – dijo – será mejor que terminemos esta conversación en otro momento.

- ¿Estás segura? – dijo él sin

perder los ojos del otro vampiro que continuaba mirándole amenazante.

- Si – se reafirmó la vampira.

Abdón pasó por el lado del neófito dedicándole una mirada de advertencia y regresó a la mesa que ocupaban sus nuevos amigos y su hija.

Cuando se sentó en el cómodo sofá de piel que rodeaba la mesa, tres pares de ojos le miraron expectantes.

- ¿Dónde está ella? – preguntó su hija rompiendo el silencio.

- Creo que tiene un asunto pendiente con un enorme neófito – contestó él.

Un resoplido y un bufido salieron al unísono de las bocas del matrimonio.

Aunque la conversación no siguió por ahí y hablaron sobre la vida de su comunidad en Nueva York, Abdón no se

pudo quitar de la cabeza si la historia de Carmen y el neófito. ¿Terminaría afectando a su hija?

Capítulo 16

A decorative graphic featuring a branch with several roses and leaves, positioned to the right of the chapter title. The roses are in various stages of bloom, and the leaves are dark and detailed.

Marta había estado todo el viaje buscando datos en su IPod. Creía saber la forma de ganar a Nanna en su propio terreno, e iba a ser a costa de negociar con el mal en estado puro.

En las escasas charlas en las que había conseguido que la hija de su pareja se abriera lo suficiente, ella le había hablado de un aquelarre del norte, donde se encontraban las brujas más oscuras de todo el mundo.

Las malvadas mujeres, se habían asentado donde las líneas imaginarias que dividen la tierra, esas llamadas paralelos y meridianos, se juntaban

tanto, que ya casi se unían en un mismo punto.

La magia negra era la única que allí se utilizaba y, el hacer el mal, era la rutina diaria por la que se nutría aquel grupo de malditas mujeres. Todas ellas a las órdenes de su reina.

La terrorífica Alessandra.

Según los comentarios del foro en el que se codeaba con algunas iguales y, al cual

sólo podían tener acceso mujeres especiales como ella, se contaba que Alessandra, “La Devoradora del Mal”, llevaba en la faz de la tierra el tiempo suficiente como para que nadie recordara en qué momento había aparecido.

Ella era algo que estaba aquí desde el principio de los tiempos.

Alessandra se había ganado su apodo

por la forma en la que conseguía su energía vital. Todas las súbditas que le pertenecían habían ido a ella por ayuda de algún tipo y, absolutamente ninguna, había sido víctima de lo que las había llevado allí. Todas eran brujas crueles, que sólo habían tenido esa última opción, para escapar de sus crímenes.

A cambio tenían que proporcionar una serie de servicios a la que, a partir de

ese momento y hasta el final de sus días, sería su dueña.

Debían cometer los crímenes más atroces que sus pútridas mentes pudieran elaborar para, de esa manera, brindárselos a su Reina y continuar viviendo mientras esta se alimentaba del mal generado por sus acciones.

Skule le había contado que Nanna tenía un compromiso con la “Devoradora” y,

si su lógica no se equivocaba, estaba convencida de lo que la retorcida bruja estaba planeando.

Ella estaba consiguiendo un aquelarre entero de brujas para Alessandra, a cambio esperaba un lugar de favor a su lado. Marta resopló frustrada cuando no encontró la manera de superar aquella oferta.

Miró a Tom que dormitaba a su lado y

continuó mirando al siguiente asiento del pasillo central. Miguel estaba con los ojos clavados en la pantalla que indicaba a los pasajeros cuanto quedaba para el final del vuelo.

¿Qué podía hacer para ayudarles?

Desya anduvo tras su hermano Borya todo en dirección a la entrada de la Cueva de Hielo. El frasco de cristal que

llevaba en el pecho junto a su corazón, lo sentía como algo tan importante que estaba convencido que si se rompía, su alma se rompería exactamente en los mismos pedazos que él.

Miró a su hermano buscando algo, cualquier cosa, que le aclarará porque se sentía así, pero la espalda de Borya no era algo a lo que pedir consejos y él avanzaba mirando al frente, sumido en

sus propios pensamientos. Sintió que su mitad, con la que había compartido la vida desde que eran un pequeño grupo de células dentro del útero materno, estaba a punto de hacerse añicos.

Su mente, al igual que su mirada, regresó para centrarse en su camino.

Llevaban recorrido la mitad del trayecto, cuando un impulso incontrolable se le implantó en su córtex

cerebral, como si alguien le hubiera golpeado con un matasellos en la frente. Todo lo que pudo hacer fue seguir sus instrucciones.

Miró de nuevo la espalda de su hermano, que seguía delante abriendo camino. La falta de reacción en él le sorprendió, pues solían compartir entre ellos un vínculo que, aunque estaba acostumbrado desde siempre, no dejaba

de ser una falta de intimidad y, en este caso, el sólo hecho de que pudiera saber lo que sentía, le hacía clavarse los caninos en la lengua.

¿Qué era ese sentimiento?

¡¡MALDITA SEA!!

Todo el mundo sabía que las cosas llegaban cuando llegaban y que nadie podía hacer nada con eso, pero ¿ahora?

¿De verdad?

El destino debía de estar partiéndose el culo a su costa.

Llevaba en la faz de la tierra tantos años, que casi se había olvidado de su pequeño fragmento de vida humana y de los seres queridos, a excepción de su hermano, que habían ido desapareciendo: padres, hermanos, primos sobrinos, sobrinos nietos, sobrinos de nietos de nietos de nietos de

aquellos sobrinos. Joder hacía tiempo que habían perdido ya las ramas de su árbol genealógico. Si hubieran seguido con aquella cosa, en vez de un árbol, habría parecido una zarza salvaje, con tantas ramas que era imposible de ver a través de ella.

Y ahora llegaba ese sentimiento que, en otras ocasiones habría dado su brazo derecho por conseguir, cayendo sobre él

como un yunque desde un quinto piso en medio de una guerra y dejándole totalmente noqueado.

La hermana mayor de las brujas a las que habían ido a ayudar, le había dejado sin palabras nada más verla. Todo lo que había atinado a decir, desde el momento que la había tenido en frente, habían sido un patético saludo y una serie de gruñidos extraños, de los cuales

él no había sido consciente de generar hasta que no habían salido por su boca.

Joder... Si hasta había tenido que tragarse un ronroneo cuando ella había pasado por su lado y su aroma había invadido sus fosas nasales. Y esa gata blanca que había estado sobre él casi cada segundo dentro de aquella casa...

Y ahora, que la llevaba junto a su pecho, sentía el enorme impulso de volverla a

oler. Como un adicto, sacó la mano de su enorme guante de piel y lo dejó en el bolsillo. Bajó suavemente la cremallera de su parka, sólo lo suficiente para poder acariciar el recipiente.

Otra vez ese enorme impulso, que más se podía haber confundido con un orden, le hizo coger el tapón entre el dedo pulgar y el índice dándole un pequeño tirón, lo suficiente como para

que el trozo de corcho se quedara entre ellos, dejando vía libre a lo que se encontraba dentro.

Un cosquilleo de placer le recorrió por todo el cuerpo, cuando la esencia de Ursa se coló por sus ropas y acarició su torso. Cerró los ojos mientras reconocía y se rendía a aquel salvaje y primario sentimiento.

Tenía que ser ella.

Ursa no se podía creer lo que estaba haciendo.

Ese enorme vampiro la había desestabilizado por completo, desde el momento en el que había sentido su aura. Le había estado observando todas las horas en las que habían estado tejiendo su plan y ahora que iba tan cerca de él, necesitaba comprobar si todos los

sentimientos que habían hecho que su cuerpo se calentara de esa manera, eran sólo fruto de sus hormonas.

Que mejor manera de comprobarlo que no tener con ella ese cúmulo de piel, huesos, músculos y tendones que se dejaban llevar por toda la química que les acompañaba, para poder comprobar si allí estaba su otra mitad.

Esperó a que llevaran la mitad del

camino para que nada pudiera hacer que el vampiro cambiara de idea y dejara el trabajo a otro y, sólo entonces, mandó la orden a su portador de abrir el frasco. Un pensamiento de culpabilidad le invadió por un segundo por utilizar sus poderes contra él, pero todo se fue a un lugar muy lejano de su cerebro, en el momento en que el aroma masculino de la piel del vampiro la abrumó.

Ursa salió de su cárcel de cristal y se adentró por las capas de tejido, hasta llegar a la fuente de aquel aroma abrumador de aquel vampiro macho, o lo que fuera.

Recorrió su torso, acariciando sus enormes pectorales a su paso y descendiendo por fuertes y anchos hombros. Fue haciendo esos por su espalda, acariciando y embargándose en

el olor de su piel. Cuando llegó a su estrecha cintura, se envolvió en ella como si se tratara de un cinturón y volvió a ascender serpenteando, mientras expandía toda su esencia por las marcadas abdominales, oliendo, sintiendo, embriagándose con el tacto de la suave piel y el duro musculo.

Los sonidos guturales que escuchaba en la caja torácica de él, la animó a

descender en su recorrido y seguir conquistando el terreno, pero cuando se deslizaba hacia su destino, él se detuvo y ella salió de la nube de erotismo en la que se había sumido y rápidamente se volvió a introducir en el frasco.

Sintió como los dedos del vampiro volvían a colocar el tapón en su sitio y otro sentimiento en estado puro se apoderó de ella.

Vergüenza.

Si su cuerpo estuviera con ella, tendría que pedirle a su hermana pequeña sus cremas, pues el rubor de su piel debía de ser tan visible como un semáforo.

Dejó todos esos sentimientos y, dándose un imaginario bofetón, se centró en la importante misión en la que se habían embarcado.

La enorme mano cogió el frasco y la

sacó, los dedos volvieron a coger el tapón y ella sintió la duda en ellos antes de abrirlo de un fuerte tirón. Ursa flotó uniéndose a su hermana en el camino hacia esa batalla que les permitiría retrasar, o no, la guerra con la maldita Alessandra.

Skule tuvo que tragarse las náuseas cuando pronunció las palabras para

distraer a Nanna.

- ¡¡MADRE PERDONEME!! –
rogó falsamente.

Aunque su mente sabía que era una estrategia de distracción, su sangre de guerrera se retorció en su estómago haciéndola sentirse ruin. Estaba segura que si la única vida que estuviera en juego en ese momento fuera la suya, su orgullo le hubiera impedido vocalizar

esas palabras, aun a riesgo de su propia vida.

El humillante guantazo que siguió después y que marcó los dedos de su madre en su mejilla, fue la prueba fehaciente de que amaba tanto a su pareja de vida, para no arrancársela de un bocado en ese mismo momento y mandar todo el plan a tomar por culo.

Respiró profundo para tranquilizarse y

miró hacia las repulsivas brujas españolas que habían jurado lealtad a Nanna. Las miradas que estas le dedicaron le hicieron tranquilizarse, pues las que estaban manejando a esos cuerpos ya no eran ¿Cómo las había llamado Nanna? Leonor y Catalina, sino Agnetha la pequeña y dulce bruja nórdica que había encandilado a su buen amigo Adrián y Ursa, su hermana mayor

y líder de aquel aquelarre, que había visto sólo una vez y que, su lado de bruja vikinga, reconocía como hermana.

Skule vio como Agnetha hacía el intento de levantarse, pero la mano del cuerpo que dominaba Ursa la sujetó disimuladamente, y fue ella la que se levantó.

Skule vio como Ursa, mientras hablaba con la asquerosa voz de la bruja

española, se dirigía hacia el montón de cuerpos inertes que se apilaban en el rincón y les cogía del pelo mirándoles la cara con un gesto de desprecio, pero que ella supo reconocer cómo lo que era.

Las estaba despertando.

Nanna se frotaba la palma de su mano derecha contra la cadera. El hormigueo del fuerte bofetón, le picaba cómo si se

hubiera golpeado contra una roca. Aunque la fuerza sobrehumana que le había proporcionado la sangre de su hija, le diera mucha más fuerza de la habitualmente humana, no era suficiente para sobrepasar en ese aspecto el lado vampiro de la mestiza.

- Nanna, deberías perdonarla – la horrible voz de Catalina sonó como un graznido a sus espaldas.

- ¿Y eso porque? – Nanna se volvió enfurecida hacía ella – dame una sola razón, para que mi cerebro pueda encontrar la lógica, de porque has podido pensar que ella lo merezca.

- La Devoradora no tiene ningún ejemplar como ella en su aquelarre – dijo Ursa con toda la razón, siguiendo su papel – es nuestra

puerta de entrada y nuestra mejor baza de negociación – ¿o quieres ser una más de sus séquito? Creí entenderte que tenías otras aspiraciones.

Nanna se quedó en silencio intentando controlar su ira. Después de respirar hondo, pudo conseguir reducir su ritmo de ventilación hacía sus pulmones y el del corazón que martilleaba dentro de su

pecho. Se guardó las manos en las amplias mangas de su túnica, volviéndose de nuevo para encarar a su hija.

- Está bien, por esta vez te daré tu punto de razón – dijo dirigiéndose a Catalina - pero no pienses – esta vez se dirigió a Skule – que todo va a ser como antes. Seguirás encadenada hasta que seas entregada a “La

Devoradora” ese va a ser un buen final para ti. El que te esperaba conmigo, seguramente iba a ser mucho más desagradable – espetó tragándose su ira.

Nanna no pensaba ni por un momento, ser una más en el aquelarre de la temible Alessandra.

Ella sería la segunda al mando.

No imaginaría esa escoria que la

adoraba, que ella iba a doblegarse para ser una igual.

Volvió a sentarse en su trono mientras miraba la “dote” que iba a llevar. Allí había suficientes mujeres como para que el aquelarre de Norte se triplicase y, si a eso le sumabas la bruja llamada Thora que era de sangre pura, la balanza se inclinaba completamente a su favor. Las dos brujas españolas no valían mucho,

pero era lo único a lo que se había podido agarrar en esas últimas semanas.

De momento las conservaría mientras le sirvieran de apoyo, no quería volver a estar sola en esta guerra que llevaba librando durante tantos años.

Las otras dos hermanas puras, las dejaría para un futuro.

La guinda del pastel era su hija Skule.

Una mestiza de bruja y vampiro, algo tan

exótico... No creía posible que “La Devoradora” las rechazara.

Cerró los ojos y se dispuso a descansar, la ingesta de sangre de su hija siempre la sumía en un cómodo sopor, además sabía por experiencia, que el sueño ayudaba a que sus tejidos absorbieran mejor la sangre y rejuvenecieran con mayor rapidez.

El último pensamiento antes de dormirse

fue que por fin, todos y cada uno de sus
anhelos, se iban a hacer realidad. Por lo
menos los que estaban en situación de
poderse conseguir.

El corazón es un órgano misterioso y
tiene sus propias reglas.

Miguel lo había debido que tener
dividido entre su parte salvadora y la de
macho vinculado. Esa era la forma más

políticamente correcta, en la que se suponía que debería actuar. Algo que estuviera en un punto perfectamente equilibrado entre esas dos mitades.

No, de ninguna jodida manera.

Le iba a importar una mierda si las brujas de ese lejano país se mataban o no entre ellas, como mucho intentaría salvarlas en su quirófano, cuando Skule estuviera a salvo bien arropada entre sus

sabanas después de haber estado dejando su esencia sobre ella, para que nadie dudara de quien era su pareja.

Completamente primario sí.

Pero igualmente, completamente incontrolable. Eso era lo que había bajo la capa de educado y anticuado doctor en medicina, cuando hablábamos de dañar a su hembra, sólo instinto y animal salvaje.

Podía jurar que, cómo la vida de su pareja estuviese en peligro, se iba a llevar a todas las que se pusieran por delante de su camino. De ninguna manera la iba a perder.

Miguel bajó del avión sin esperar a nadie, como si estuvieran siendo víctimas de un incendio y tuviera una llama rozándole el culo.

El coche de alquiler voló por la

carretera, con él machacando el acelerador contra la moqueta del sedán. Las coordenadas GPS perfectamente grabadas en el navegador, guiándoles a la casa de las tres hermanas en la que estaba Adrián.

La noche eterna que cubría aquellas tierras en aquella época del año, le permitieron conducir sin descanso durante todas las horas que les separaba

de su hembra.

No había cruzado ninguna palabra que no fuera estrictamente necesaria con sus dos acompañantes. Tom su amigo/suegro viajaba en el asiento de atrás, mientras pasaba el brazo por el cuerpo de su pareja, esta iba apoyada en el pecho de su mancho mientras respiraba rítmicamente por efecto del sueño reparador del que estaba disfrutando. La

había estado observando durante todo el viaje manejar su IPod, mientras leía y escribía compulsivamente.

Sus pensamientos siguieron volando por su cerebro, analizando cada posibilidad, para hacer que todo aquello saliera bien.

Los kilómetros fueron descontándose de la moderna pantalla del navegador, hasta que la visión de una casa roja a las orillas de un lago, coincidió

cronométricamente con la frasecita de “ha llegado a su destino”.

Miguel bajó del vehículo de un salto. En cuanto terminó de subir la escalerilla del porche, la puerta de la vivienda se abrió y el cuerpo de su pupilo ocupó todo el umbral.

- ¿Dónde está? – directamente.
- Pasar – dijo Adrián.

Miguel respiró hondo y entró en la casa

mientras Tom y Marta abrazaban a Adrián.

- Adrián estoy a punto de perder el control – amenazó Miguel – donde cojones esta mi compañera.

- Te expliqué la situación por teléfono – dijo el mestizo – el plan sigue su curso y lo único que podemos hacer ahora es esperar.

Un impulso asesino se apoderó de él y

no pudo evitar dar dos pasos adelante y colocar su nariz a menos de un centímetro de la de Adrián, mientras mostraba sus colmillos amenazadoramente.

El chico, quitando la sorpresa inicial, no se amedrentó y mantuvo la posición sin echarse atrás. Tom dio un paso adelante, pero fue interceptado por la mano de su pareja.

- Creo que en esta habitación los niveles de testosterona están haciendo que nadie piense con claridad – dijo la pelirroja alzando la voz – aquí ya hay demasiadas victimas para que también nos peleemos entre nosotros. Miguel – dijo ella – créeme que entiendo por lo que estás pasando, pero no eres el único que tiene algo que perder aquí.

Hay más parejas, padres y amigos que están tan preocupados como tú y que estamos intentando contener nuestros impulsos agresivos para poder ayudar.

Miguel cerró los ojos en un intento de controlarse. Joder ella tenía razón pero sus agresivos instintos le pedían pelea.

- Está bien – dijo dando un paso atrás – tienes razón.

Sintió cómo los dos machos se relajaban y un atisbo de vergüenza, le hizo vocalizar una leve disculpa antes de derrumbarse en el sofá de la sala.

¿Qué mierda iba a hacer si todo esto no salía bien?

Capítulo 17



Michael no se podía creer que Carmen hubiera permitido entrar en su apartamento a ese desconocido vampiro que, por cierto, le había destrozado la vida.

Todo ocurrió tan deprisa que a su lado racional, si es que seguía teniendo de eso, no le dio tiempo a reaccionar.

Sus instintos más primarios le llevaron hasta la puerta de la casa de la vampira y, sin pensar, la golpeó como si eso fuera a facilitar las cosas. Podía apostar que esa intrusión en su intimidad iba a poner las cosas mucho más difíciles entre ellos, pero... ¿Quién coño podía

manejar los celos a esos niveles? Desde luego, lo que estaba muy claro, era que él no. La idea de que ese cabrón estuviera teniendo esa clase de intimidad con ella, le estaba retorciendo las tripas y, de una manera u otra, tenía que cortar con ello cuanto antes, o tendrían que separar sus manos de la garganta del cabrón con algún tipo de máquina industrial.

La puerta se abrió de un tirón y lo primero que se grabó en sus retinas, fue el gesto de la cara Carmen mirándole con el ceño fruncido, que le hizo arrepentirse vergonzosamente de estar allí. Aunque aquel sentimiento de arrepentimiento, fue sustituido rápidamente por otro más del género homicida, al ver el cuerpo de intruso pegado a la espalda de su vampira.

¡MIA!

En ese momento se hubiera tatuado esa palabra en la frente.

El duelo de miradas y gruñidos varios, fue cortado rápidamente por Carmen y todo quedó en una puesta en escena llena de testosterona.

Se relajó un poco cuando ella despidió a su visita, de una manera que le pareció lo suficientemente fraternal, como para

no saltar sobre el intruso vampiro u
arrancarle la cabeza de un mordisco,
después se sintió el vampiro más
afortunado del mundo cuando le invitó a
entrar.

Aunque el gesto de ella era más una
pesarosa rendición y no de algo mucho
más caliente, que era lo que a él le
hubiera apetecido más en esos
momentos. Una invitación era una

invitación ¿no?

Allí se quedó plantado como la odiosa maceta del club, mirándole la espalda y esperando a que ella le hablara, mientras escuchaba como Carmen respiraba hondo durante unas cuantas veces. Cuando por fin se dio la vuelta, la cara de la vampira estaba tan seria, que sintió como se le encogía el corazón sólo con la idea de que ella no fuera

capaz de perdonarle.

- ¿Cómo te atreves a irrumpir de esta manera en mi vida privada? –

Siseó Carmen.

- Necesito...

- ¿Necesitas? – esta vez, el siseo fue algo más parecido a un chillido -

¿Qué mierda necesitas? Llevo esperando este momento casi un siglo y no puedes esperar a que

aclare mi pasado, para que me pueda permitir el lujo de enfrentar mi futuro.

- Sólo necesito saber que me perdonas – rogó Michael.

Vio como ella iba de un lado a otro, traqueteando con sus altísimos tacones e intentando calmarse. Esperó nerviosos, los minutos que Carmen necesitó para debatirse entre el lio que él intuía que

ella debía de tener en su cabeza. Después de lo que a él le pareció una eternidad, ella por fin le miró fijamente y se dispuso a hablar.

- Ahora no puedo – dijo – lo siento.

Michael intentó hablar pero, aunque la boca se abrió, su garganta estaba tan contraída que no pudo pronunciar palabra alguna. Si seguía intentándolo,

corría el peligro de quedar como un llorón de mierda.

- Yo... - siguió ella – necesito tiempo para colocar todas las piezas de mi vida en su sitio – de verdad que lo siento.

Cuando Carmen abrió la puerta y la mantuvo así, Michael no supo cómo interpretar el gesto, si sólo era un “más adelante” o un rotundo “ni lo sueñes”.

Obligó a sus piernas a moverse una detrás de la otra y salió por esa puerta, sin saber si iba a sobrevivir a esta prueba a la que le estaba sometiendo el puto destino.

Carmen cerró la puerta de su casa de la misma manera que la de su corazón. Aunque era una de las decisiones más dolorosas que había tomado en su vida,

no podía permitirse que nadie se pusiera entre medias de su hija y de ella.

Fue al aseo y se mojó la nuca, necesitaba refrescarse antes de salir de allí y enfrentarse a Rocío, no quería que ella la viera como una loca o algo similar.

Después de unos minutos, respiró hondo y salió hacia el club. Lo primero que hizo fue mirar hacia la barra, la planta

seguía en su lugar y Michael no estaba por allí.

Bien.

Parecía que sus palabras habían sido totalmente comprensibles para él.

¿Qué mierda era esa presión en el pecho?

Miró hacia las mesas, en un intento de que su cabeza se entretuviese en otra cosa y sorprendentemente funcionó. Su

hija la estaba observando con una genuina sonrisa. Carmen se dirigió hacia ella devolviéndole el gesto y, cuando llegó a su altura, todo lo que podía ver era a ella. Por el rabillo del ojo atisbó como los tres acompañantes se levantaban y se dirigían hacia la barra, Carmen les agradeció el gesto con toda su alma.

Se sentó junto a su hija y la miró, la

miró y la miró.

Sintió como una cálida lagrima corría por su mejilla, la mano temblorosa de Rocío se acercó a ella y se la quitó con los dedos. Carmen cogió su mano y la besó en la palma, para después acunar su cara en ella, mientras aspiraba su aroma. Rocío se acercó más a su cuerpo y apoyó su cabeza a la altura de su pecho.

Carmen la miró sorprendida por unos segundos, justo antes de rodearla con sus brazos y fundirse las dos en un abrazo, en el que todos los sentimientos las rodearon en un remolino, donde ellas dos se reconocían sumidas en el centro del mismo. Estaban en el ojo del huracán de todos los sentimientos frustrados, que les habían sido arrebatados a lo largo de sus vidas.

Carmen desechó todos los negativos, dejándose empapar por lo único positivo de todo aquello.

Su hija.

Rocío sintió el vínculo en el preciso momento en el que su madre la rozó.

Era sorprendente, como se reconocieron sus genes en cuanto se reencontraron. En ese momento era tan feliz que no pudo

evitar llorar, sobre el pecho de aquella hermosa hembra que había echado tanto de menos, aun sin ser consciente de ello, a lo largo de su vida. Tras la sorpresa inicial por parte de su madre, sintió sus brazos apretarse a su alrededor y su propia cara se adaptó a su pecho como si siempre hubiera estado allí.

Todos los años pasados ya no fueron importantes, el aquí y el ahora, era lo

único que ocupaba su mente y no sabía de qué manera iba a explicarle a su padre que no iba a volver a su vida anterior. Ahora ya no podría separarse de ella de ninguna de las maneras.

El local comenzó a llenarse de gente y su madre la separó suavemente de su abrazo. Después de darle un beso en la mejilla, le regaló una sonrisa tan cálida que se imaginó siendo un bebe neonato,

mientras cruzaba la primera mirada con la cara de su madre. Carmen le apretó la mano y tiró de ella.

El resto de la noche fue de mesa en mesa, saludando a todas las personas que la conocían y presentándola con el orgullo de una madre en la fiesta del decimoctavo cumpleaños de su hija. Aunque no le pasó desapercibido el hecho de las caras de sorpresa de todos

ellos, dado que a su madre parecía importarle lo que se dice un pepino, a ella no le iba a importar mucho más.

Cuando ya habían hecho el tour por el moderno local, Roció se excusó para ir al aseo. Salió del W.C. y se colocó delante del lavabo para lavarse las manos, mientras miraba su cara en el espejo.

Allí plantada, en el aseo de un moderno

club de Nueva York, descubrió todos los rasgos de la cara de su madre en ella. Exceptuando los azules ojos de su padre, de los que siempre se había sentido tan orgullosa.

¡Era tan obvio!

Una carcajada salió de su garganta, cuando recordó la cara de algunas de las personas que le habían presentado cuando la palabra “hija” había salido a

colación. Iban a tener tema de conversación por una temporada.

Salió del baño y se dirigió a la barra donde estaban sentados en taburetes sus anfitriones en esta aventura tan transcendental de su vida y, por supuesto, su padre. Abdón la miró al llegar, mientras le dedicaba una trémula sonrisa.

- ¿Estás bien? – preguntó mientras

le acercaba una banqueta vacía.

- Sí, creo que sí – contestó – es todo tan emocionante...

- Quiero que sepas que me alegro mucho de esto – dijo Abdón en su oído – si sólo hubiera sabido antes...

- Lo sé – le cortó ella dándole un beso en la mejilla – lo sé.

Una cómoda conversación surgió entre

los cuatro mientras tomaban sus bebidas, la sala iba llenándose cada vez más de gente y la pista era un hormiguero de cuerpos retorciéndose y contorsionándose al ritmo de la música.

Rocío estuvo todo el tiempo integrada en el grupo pero, en cuanto tenía oportunidad, sus ojos no dejaban de mirar hacia el interior de la barra. Carmen servía una parte de ella con la

gracia y la alegría, de la que su tierra natal le había regalado y, por supuesto, era el centro de todas las miradas.

Rocío llevaba ya un buen rato observando a cierto tipo que estaba sirviendo en el otro lado de la barra.

Era tan atractivo para ser humano, que no era capaz de dejar de mirarle. Para su decepción el tipo, quitando el momento en el que habían entrado por la

puerta principal, no le había dedicado ni una sola mirada.

La voz de Carlos le sacó de su ensimismamiento.

- ¿Otra? – le dijo señalando su bebida.

- Está bien – contestó ella sin saber muy bien cuantas veces había sido preguntada.

En ese momento su madre estaba

ocupada sirviendo un montón de cocteles, a un numeroso grupo que se había apostado junto a ellos en la barra y fue el humano el que se acercó a servirles.

- Lo mismo Bob – pidió Carlos.

Su madre que no perdía la sonrisa de la cara dijo sin quitar la mirada de los vasos.

- Ay Bob, mi alma. No te he

presentado a mi hija.

- No, no he tenido el placer – dijo una profunda voz.

Sólo entonces aquel humano levantó la cabeza de los vasos y la examinó con la mirada.

- Rocío, este es Bob. Mi hombre de confianza – relató – Bob, esta es mi hija Rocío.

Rocío se quedó mirándole embobada.

Fueron las palabras de su madre las que le sacaron de su embobamiento.

- Venga saludaros como en mi tierra – dijo divertida – un par de besos en las mejillas sellarán la presentación.

Se quedó paralizada. No era como si ella fuera repartiendo besos a diestro y siniestro. La verdad es que excepto todos estos seres que había conocido

últimamente, ella no había dado besos en las mejillas casi nunca. Aunque esa noche había sido suficiente como para compensar el resto de los años.

Los casi dos metros de altura del enorme humano se acercaron, permitiéndole llegar a ella sin dificultad. Rocío se alzó en la silla y se acercó a él para obedecer a su madre. El roce de la piel del hombre, hizo erizarse

la suya propia. Y su olor...

¿Él le había olfateado el cuello? Al menos eso le había parecido, igual había sido una ilusión producida por sus revolucionadas hormonas.

Miró avergonzada a su alrededor, pero se tranquilizó al ver como Carlos y Jimena estaban besándose y no parecían ver nada que no fueran ellos mismos, Carmen seguía a lo suyo con los

cocteles y, su padre, gracias a las parcas, se había ido al aseo.

Esto no había estado en su ruta de viaje.

Bob siempre había estado atraído por su jefa.

¡Quién no!

Era tan sumamente atractiva, que las pupilas se te quedaban fijas mirándola aunque no quisieras, dejándote

totalmente cortocircuitado cuando conseguías que los músculos de que tus ojos descendieran de arriba hacia abajo por su cuerpo y, esa melena que se había cortado últimamente, eso había sido un crimen a la humanidad pero, como ella parecía sentirse bien con ello, él no iba a ser el que la sacara de su felicidad.

Con el tiempo todo aquello había quedado en un segundo plano, más que

sentirse atraído sexualmente por ella, era otra cosa más parecida al cariño y el sentimiento, algo machista había que reconocer, de protección hacía ella. Además, era tan obvio el royo que se traía con Michael, que él decidió quitarse de la cabeza el sueño erótico con el que la había relacionado al principio. Era algo como un “qué coño, soy un tío y no soy ciego”.

Nada ni remotamente cercano a lo que había sentido hoy.

El primer golpe a sus hormonas fue en la puerta del club. El impacto había sido similar al de un autobús intentado entrar por la puerta principal, y frenando a medio metro de su cuerpo, dejándole todo el cuerpo temblando por la impresión. Gracias a que había sido requerido para ayudar en la barra, no

había quedado como un imbécil con sus compañeros de la puerta.

Entró en la barra con la cabeza dándole vueltas. El sitio estaba bastante lleno, con lo cual tuvo el suficiente trabajo para no estar como una liebre del desierto, mirando hacia la sala con los ojos como dos canicas gordas y sin parpadear.

La noche siguió su curso mientras su jefa

desaparecía, extrañamente, con uno de los acompañantes de la joven. No quiso darle demasiadas vueltas al asunto y siguió con la tarea. Al cabo de una hora aproximadamente una palabra le llegó como un eco, dejándole casi tan noqueado como hacía unas horas en la puerta del club.

Hija.

¿En serio? ¿La joven mujer que había

visto entrar junto al Sr. Del Toro y su esposa, su jefa la estaba presentando a todo el mundo como su hija?

Cuando por fin terminaron el recorrido por el local, Carmen se introdujo tras la barra con la sonrisa más genuina que ella hubiera lucido jamás, al menos en su presencia.

Normalmente hubiera preguntado a su jefa si necesitaba ayuda o se iba a hacer

la ronda y de nuevo a controlar la puerta, pero esas palabras no salieron de su boca. Simplemente se quedó allí sirviendo copas y esperando a que alguien dijera o hiciera algo que le aclarara el tema.

Eso vino con forma de presentación propiamente dicha, la joven apareció por el pasillo de los aseos, sentándose en una banqueta al lado del trío con el

que había llegado. El tipo con el que Carmen había desaparecido por el almacén volvía a estar en la cuenta, dejándole la duda de su relación con ella.

Joder, sólo la sospecha de que tuviera algo que ver con ella le daba dolor de estómago.

Carmen se dirigió a él con toda la naturalidad del mundo y la presentó,

según ella, a la manera española.

Imposible eludir su mirada.

Cuando Rocío, hija de Carmen, se levantó apoyándose en los reposapiés de su banqueta, él tuvo que darse un guantazo mental para no empezar a babear, recordándose que en España, el juntar las mejillas para darse dos besos, era un acto social de presentación y absolutamente nada más.

El aroma de su piel se introdujo en su cerebro, nublándole la mente. Estaba seguro que jamás, en lo que le quedara de vida, iba a poder olvidar ese olor.

Capítulo 18



Agnetha seguía sentada en su trono dentro del cuerpo de la bruja Leonor, mientras observaba a su hermana mayor actuando disimuladamente en los cerebros de todas sus hermanas.

La malvada Nanna dormitaba a su lado con los ojos medio abiertos. Sabía de sobra que no podía hacer nada en esos momentos pues todavía estaban en desventaja, era muy consciente de que los poderes de Nanna eran para tomárselos en serio.

Esa bruja, gracias a la sangre de su hija, llevaba en ese mundo un siglo y ella sabía bien lo poderosa que se podía

llegar a ser con tiempo e interés. Y, otra cosa no tendría la bruja, pero tiempo e intereses nada filantrópicos, le sobraban.

Thora siguió con la tarea de ir tocando a sus hermanas y Agnetha sintió las mentes de ellas volver en sí, aunque seguían con el cuerpo lacio y los ojos cerrados, por la orden que su líder había transmitido a sus cerebros.

Cada vez más de ellas eran conscientes de la situación en la que estaban y esperaba que Nanna no se diera cuenta de la jugada pues, en caso contrario, estaban muy jodidas.

El montón de cuerpos inertes de las mujeres, estaban fuera del fango viscoso al cual había estado expuesta ella, junto a sus dos hermanas y, al cual, seguía expuesta Thora. Suponía que las tres

brujas habían decidido separarlas de él, para que no fueran totalmente destruidos los poderes que poseían. Además, estando tumbadas como estaban, seguramente la mayoría se habría ahogado en la pútrida mugre.

Todas ellas estaban vigiladas por las dos bestias que usaban como algo más que mascotas las brujas españolas, se sintió aliviada al comprobar que su

hermana Ursa era lo suficientemente poderosa como para mantenerlas a raya .

Durante las horas que había estado expuesta a fango, había sentido drenarse sus poderes tan claramente, como si le hubieran cortado las venas y estuviera desangrándose perdiéndolos a chorros, sin poder hacer nada para cortar el flujo.

No quería ni pensar en qué situación estaría Thora en esos momentos. Lo

único positivo y que le hacía tener un ápice de esperanza, era que en poco más de veinticuatro horas su propio cuerpo se habría recuperado por completo.

Esperaba que le pasara lo mismo a ella.

Agnetha aguantó la respiración en el momento que Ursa llegó a donde estaba encadenada Thora. Dio un respingo sin poder evitarlo, cuando la fea mano que ahora manejaba su hermana mayor la

cogió del pelo bruscamente, levantándole la cabeza y mirándole a la cara. Agnetha sintió una punzada en el estómago y tuvo que recordarse que sólo estaba actuando.

Algo parecido al estertor de la muerte procedente de la bruja Nanna, le hizo dar un respigo y no pudo evitar clavar sus ojos en ella. Esta se despertó a sí misma con su ronquido y, por un

segundo, clavó unos ojos muy abiertos en los de ella. Agnetha retiró rápidamente la mirada, rogando por qué no hubiera visto nada fuera de lo normal y alguien debió de oírla, porque Nanna se volvió a recostar y se relajó de nuevo.

Thora sintió como si una brisa fresca entrara en su cerebro. Algo parecido a

abrir las ventanas al bosque, después de haber estado encerrada en una habitación con un grupo de fumadores de puros habanos, oxigenándose.

Un dolor intenso la hizo salir de su estupor, este le recorría desde la clavícula hasta la punta de los dedos y un gemido de agonía estuvo a punto de salir por su boca, justo antes de que la voz de su hermana Ursa entrara en su

mente y le indicará lo contrario.

Su mente comenzó a procesar toda la información que almacenaba y su situación actual le fue revelada en décimas de segundo. Era una cautiva de la maldita Nanna junto a la mestiza Skule. Hasta allí todo correcto o, mejor dicho, comprendido. Pero algo no cuadraba en la ecuación.

¿Qué hacía allí su hermana Ursa?

Dejó los ojos cerrados como le había indicado y comenzó a recibir una cascada de datos que le aclararon todas sus dudas.

Cuando sintió que Ursa se alejaba de nuevo de ella, el pánico amenazó con hacerse cargo de la situación pero consiguió controlarlo. Sin poder evitarlo entreabrió los ojos para observar su entorno y tuvo que volver a cerrarlos.

Si quería estar lo suficientemente cuerda para afrontar la batalla que se les avecinaba, sería mejor que siguiera sin ver lo que había a su alrededor. Sobre todo lo que le humedecía las piernas y que le estaba dejando tan floja, que no podía ni sostenerse sobre ellas para descansar los brazos de su propio peso y atenuar el dolor que la estaba matando. No-pienses-en-ello.

Intentó pensar en algo mucho más agradable, eso que llamaban los terapeutas como “Lugar Favorito”.

Extrañamente, la cara de cierto vampiro ruso, se implantó en un primer plano en su córtex cerebral.

Peeeeerfecto.

Skule sintió le momento exacto en el que su madre comenzó a fingir que dormía.

Ese ruido producido por ella misma la había despertado, pero su cerebro no había vuelto a sumirse en el duermevela en el que había estado hasta ese momento.

Aunque entrar en ella y descubrir sus intenciones les daría una ventaja considerable, Skule ni siquiera lo intentó pues estaba segura, que Nanna la reconocería al instante. Además ya

había comprobado los escudos protectores que su “dulce mamá” utilizaba para no ser invadida en su mente y no era para nada agradable.

Se concentró para mandar a Ursa un pensamiento de advertencia, mirándola por una pequeña rendija entre sus pestañas. La serena bruja no hizo ningún gesto de sorpresa, cosa que le sumó más puntos en el respeto que ya le tenía

Skule.

Siguió tumbada en el suelo en posición fetal mientras fingía dormir, giró sobre su cuerpo dándose la vuelta y encarando esta vez los tronos, mientras se acurrucaba más sobre sí misma para seguir con su farsa. Volvió a abrir su mente y le envió el mismo mensaje a Agnetha, está si dio un respingo en su propio trono y la miró fijamente.

Todo fue tan rápido que no pudo tan siquiera advertir a sus nuevas amigas.

Nanna saltó sobre el cuerpo de Leonor y le cortó el cuello de un solo tajo, con un cuchillo que sacó de entre los pliegues de su túnica. Skule se levantó rápidamente e intentó llegar hasta ella para ayudarla de alguna manera, pero las malditas cadenas eran demasiado cortas y la tiraron al suelo de espaldas

por la inercia del frenazo.

El haz de luz que salió rápidamente por la boca del cuerpo inerte de Leonor y se lanzó en lo más alto del techo de hielo de la cámara en la que estaban, le dijo que Agnetha estaba, de momento, a salvo.

Ursa desde dentro del horrible cuerpo de la bruja Catalina, posó las manos en las cadenas de su hermana Thora y la

liberó, pero esta estaba tan débil que
calló a plomo sobre el fango,
hundiéndose en él. De una carrera la
bruja líder se acercó a ella con la
intención de soltar sus cadenas pero, un
enorme cuchillo lleno de sangre se posó
en su pecho a la altura de su corazón,
preparado para romper su piel y dañar
mortalmente su órgano vital.

- Vas a tener que elegir –

dijo con un tono de voz que Skule sólo había escuchado en una ocasión.

La duda se instaló en los ojos de Ursa, mientras su instinto la obligaba a ir hacia su hermana Thora, un chapoteo le dijo a Skule que Ursa había tomado su decisión.

- Lo imaginaba – dijo Nanna riendo groseramente.

El cuchillo presionó con más fuerza, traspasando su piel y haciéndole sangrar. Miró al frente sin inmutarse, mientras le dirigía un mensaje de entendimiento y aguantaba el dolor punzante en su pecho. Si Nanna pensaba que se iba a derrumbar sólo por un poco de dolor físico, es que no la conocía en absoluto.

Vio como Ursa sacaba

desesperadamente el cuerpo de su hermana del fango y le lanzaba contra las mujeres amontonadas en el suelo. Ellas se ocuparon de Thora al momento, limpiándole las vías respiratorias de la pútrida sustancia. Skule comprobó con satisfacción como el resto de las mujeres, con trozos de roca y hielo en las manos, terminaban a golpes con la vida de las dos bestias, las cuales se

habían quedado paralizadas al ver como su dueña Leonor era asesinada y Catalina se volvía contra ellas.

Skule era perfectamente capaz de haber luchado para deshacerse de la presa de su madre, pero no se fiaba que se lanzara contra las demás mujeres. La única manera de que las dejara ir, es que estuviera ocupada reteniéndola a ella. Esperaba que Miguel la perdonara.

Ursa dudó por un momento, pero tuvo que elegir por prioridad de urgencia.

Thora se estaba ahogando en el fango y las hermanas no se habían dado cuenta de ello, ocupadas como estaban luchando con las dos repugnantes bestias que acompañaban a las brujas españolas.

El enorme cuchillo que con tanta soltura

sabía utilizar la bruja Nanna, estaba colocado en el pecho de Skule y si ella se acercaba más de la cuenta, no dudaba que se lo hundiría hasta el corazón sin ningún tipo de remordimiento.

Se dio la vuelta rápidamente y sacó el cuerpo de su hermana del fango, dejándolo a cargo de varias de las hermanas que se seguían despertando de la hipnosis a la que habían sido

inducidas por el malvado trío.

Inmediatamente después, dirigió su mirada hacia el abovedado techo de hielo, para comprobar que Agnetha o, mejor dicho, su esencia estaba escondida en una grieta del hielo.

Necesitaba estar en contacto con su cuerpo o, al menos, en el bote cerca del calor de alguien, para que no se perdiera en el vacío difuminando sus moléculas

de tal manera que después le fuera imposible volver a juntarlas para introducirse en él. Ahora su mayor preocupación era la necesidad de proteger a su hermana pequeña.

La sonrisa malévola de la bruja Nanna le indicó que sabía perfectamente lo que estaba pensando y eso estuvo a punto de sacarla de su habitual educada compostura.

Necesitaba llevar a su hermana a un lugar seguro. Miró el cuerpo de Thora valorando la posibilidad de utilizarla de anfitrión hasta que pudieran salir de la casa, pero era demasiado arriesgado por la debilidad su hermana mediana.

Las hermanas habían pasado ya por un trauma demasiado fuerte, como para someterles a algo así.

La peligrosa solución se abrió en su

mente, fruto de la desesperación del momento. Se apoyó con la espalda contra la pared del fondo, mientras miraba hacia arriba con la boca abierta y lanzó la orden a su hermana Agnetha para que siguiera sus instrucciones.

Tuvo que darle un nuevo aviso, algo más imperativo, pues Agnetha se había quedado dudando de la maniobra.

Demasiadas para ella.

Nanna era lo suficientemente lista como para saber hasta dónde podía llegar.

Tendría que reiniciar el plan o lo perdería todo.

- Muy bien – dijo al oído de su hija – volvemos ser tú y yo solas.

- Deja que se vayan –
exigió Skule.

- No creo que tenga otra opción – dijo Nanna sinceramente.

- Ilesas – volvió a exigir – Skule.

- No estás en condiciones de exigirme nada – le aclaró a su hija.

Nanna tuvo que dar un punto a su traidora hija, por guardar silencio a partir de ahí. Estaba claro que la

conocía bastante bien.

Mirando a su alrededor, comprobó que todas las brujas vikingas la miraban con odio. En ese instante supo que era el momento de salir de allí, a veces una retirada a tiempo era una victoria y esa era una de esas veces. Lo que tenía muy claro, e iba a luchar con uñas y diente para que fuera así, era que su hija se iba con ella.

Ahora que la tenía de nuevo en sus manos no pensaba renunciar a ella, era su pase al aquelarre de “la Devoradora”. Esta no la iba a dejar entrar en su aquelarre si sospechaba que se había dejado vencer por un puñado de insulsas brujas con sangres mezcladas. Aunque las hermanas fueran de sangre pura, eran todo bondad y, como ella siempre decía, el bien nunca

será tan fuerte como el mal y, el que diga lo contrario, es un grandísimo estúpido. Pero, el activo de su hija era demasiado goloso como para que “La Devoradora” lo rechazara. Estaba segura.

Además ya no tenía a nadie más. Leonor estaba muerta y Catalina, si salía de esta, la odiaría tanto que tendría que matarla. Volvía a estar sola con su hija.

Por supuesto no era tan engreída, como

para pensar que el salir de allí arrastrando a su hija con el cuchillo sobre el corazón, iba a ser viable sin una ayuda extra.

Pero los años la habían hecho precavida ¿o se decía desconfiada...?

El vial con la solución se vació rápidamente en el cuello de Skule. A partir de ese momento, los malditos ojos que había heredado de su padre,

quedaron totalmente perdidos y sin expresión.

Perfecto, ya era suya.

- Negociemos – dijo Nanna mirando el cuerpo de Catalina.

- Una mierda... - Thora gritó desde un rincón en el suelo, rodeada protectoramente por sus hermanas.

La mano de Catalina se levantó haciendo

callar a la impulsiva bruja. Quizá tenía que haberla matado, pensó fugazmente.

- Sal sola por la puerta de esta cueva y no vuelvas – propuso Ursa – es lo único que voy a ofrecerte.

- De eso nada – Nanna negó con la cabeza amarrando más fuerte a su hija.

- ¿Te parece poco tu propia

vida? – preguntó con otra voz diferente. Nanna imaginó que era la pequeña bruja, Agnetha creía recordar que se llamaba, que daba su opinión.

- Ella – dijo mirando a su hija – es parte de mi propia vida, yo la parí y vendrá conmigo – exigió.

La cueva se sumió en un silencio

sepulcral, mientras todas las miradas se clavaban en el cuerpo que albergaba a la líder de todas ellas.

- No dejaremos a ninguna hermana atrás – sentenció Ursa.

- ¿Yo también cuento como hermana? – contestó Nanna sarcásticamente.

- No – espetó Ursa – fuiste repudiada, por segunda vez, por tus

repetitivas traiciones hacia tu
sangre y tus hermanas.

Todas las brujas la miraron
interrogantes.

- Si hermanas – explicó
Ursa – ella es la que vendió a
nuestras abuelas hace más de cien
años, provocando casi la extinción
de nuestro aquelarre.

- Eran tiempos duros – Dijo

Nanna con su malvada sonrisa pegada a la cara – sólo las más fuertes sobrevivimos.

- Eres una maldita traidora
– grito Thora mientras la jaleaban el resto de hermanas.

- ¡¡Silencio!! – ordenó Ursa
– Skule se queda con nosotras.

- Es sangre de mi sangre y ella, en el fondo, quiere venir

conmigo – dijo Nanna - ¿Verdad Querida – Nanna retiró el cuchillo del pecho de su hija.

- Verdad madre – la voz hueca de Skule retumbó por la cueva.

- ¿Skule? – Agnetha volvió a escena.

- Es mi madre y me iré con ella – dijo Skule – dejadnos salir y

no habrá heridos.

Nanna tuvo que retener una carcajada, al ver las caras de sorpresa de todas las patéticas mujeres que la observaban desde el otro lado de la cámara.



- ¿Estás realmente seguro?

El gesto de su jefe, mientras pronunciaba esas tres palabras, era entre sorprendido y hastiado.

Esa era la pregunta del millón... ¿estaba

realmente seguro?

Michael era consciente de que no era el mejor momento para pedir la cuenta de la empresa, tenían un verdadero problema con la pareja y la suegra de Miguel y, según las últimas noticias que les habían llegado de Noruega, no estaban seguros de que el doctor volviera, si volvía, en su sano juicio.

En esos momentos no era la persona

indicada, para prestar sus servicios con la total entrega como lo había estado haciendo hasta la fecha. Estaba fuera de juego mentalmente hablando, en esos momentos.

Su cerebro había recibido una orden de su pareja de vida y su naturaleza no podía hacer otra cosa que cumplirla. Ella no quería tenerle a su alrededor y, aunque le costara una enfermedad o algo

más grave, él iba a obedecerla.

- Si – se reafirmó Michael.

¡Mierda! Otra vez esas malditas
nauseas.

Carlos descolgó el teléfono y dio las
órdenes oportunas para que Guadalupe
tramitara los papeles.

- Quiero que sepas que
puedes volver cuando te sientas
mejor – le recordó su jefe y amigo.

- Lo sé – respondió Michael.

- ¿Dónde irás? – pregunto su jefe casualmente.

Michael fue consciente de que la pregunta de Carlos, aunque parecía casual, este la hizo con la necesidad de archivar la respuesta para posibles rescates.

- A ningún sitio de donde no

se pueda regresar – contestó Michael a su jefe.

- Está bien – carraspeo – sabes...

- Déjalo, por favor – le rogó cuando vio venir lo que su jefe intentaba decirle.

- Sabes – insistió Carlos

- que para ninguno, y me incluyo en ello – ha sido fácil

conseguir a nuestras parejas.

- Lo sé, pero...

- Cada uno – continuó –
hemos tenido que luchar por lo que
queríamos y dejar que nuestra
pareja de vida se tomara el tiempo
necesario, para adaptarse a la
nueva situación...

- Lo entiendo pero...

- A ti te ha tocado un reto

difícil por las circunstancias de ella – siguió Carlos – pero, cuando encuentras a tu pareja de vida, nada ni nadie, impedirá que terminéis juntos.

- ¡Para por favor! – cortó Michael – Carmen no quiere nada conmigo. Ahora tiene una familia y yo no entro en sus planes.

- No es así como yo lo

veo...

- Me voy Carlos – insistió
Michael – aquí lo único que hago
es estorbar.

Michael salió por la puerta y se dirigió a su apartamento. Necesitaba hacer su equipaje y terminar con esto antes de que se arrepintiera y llevara su patético culo, a echar raíces junto a la maldita planta de plástico.

Carmen acompañó a su hija a la habitación de invitados de su casa. Habían acordado que se alojaría con ella mientras estuviera en Nueva York y tenía que agradecer a Abdón que no hubiera puesto ninguna pega al respecto. Era impresionante como podían cambiar las cosas tantísimo en tan poco tiempo. Lo que antes era algo extendido como

una mancha negra en su cerebro, ahora era una ventana abierta a la felicidad y, la parte negativa de la historia, quedaba encerrada en un rincón de su mente, no olvidada, pero si relegada a un segundo plano. O a un tercero, ya vería a donde lo conseguía relegar.

Cerró la puerta de la habitación de su hija y se fue en dirección a la cocina. Recogió los dos botellines de 0+ y los

tiró a la basura.

Después de tantas emociones, a ver quién era la guapa que conseguía dormirse.

Con ese pensamiento Carmen se dirigió hacia su habitación, aunque le fuera imposible conciliar el sueño, por lo menos se tumbaría en su cama y reordenaría en su mente todo lo que había ocurrido en las últimas horas.

Su mirada se centró en el techo de su habitación.

“La venganza no fue tan dulce como ella había imaginado. Después de sacar a todas las mujeres secuestradas y llevarlas a un convento donde, gracias a Cinta y a todos los amigos con los que contaba, consiguió que fueran admitidas para su recuperación física y, para la que quisiera o pudiera

espiritual, pues una de las condiciones que acordaron con las monjas fue que las mujeres fueran consideradas como personas libres, ellas decidirían a partir de ese momento su camino a seguir. Por supuesto ello le costó un pico a su nueva amiga.

Esa misma noche, Carmen recorrió todas las estancias del horrendo lugar con una antorcha en la mano, dejando

que el fuego terminara con el negocio y con la vida de todos los que lo regentaban. Todo quedó reducido a cenizas y las brasas estuvieron reflejándose en la retina de sus ojos durante horas, pues nadie se acercó a intentar sofocar las llamas. Si bien, se sintió momentáneamente conforme por haberlo hecho, no borró el daño emocional, este era tan intenso y lo

llevaba tan profundamente grabando, que sería su agobiante compañero de viaje durante muchos, muchos años.

Cinta, justo antes del amanecer, tuvo que ir a por ella para que no terminara igual que sus captores hecha cenizas, en su caso, por culpa de los rayos solares.”

Ahora, analizando todo lo ocurrido desde la perspectiva que le daba el

conocimiento de todos los hechos. Tuvo una primera revelación, que le cambió el enfoque de cómo afrontar su vida de ahora en adelante.

Positividad.

En todos los sentidos, no iba a dejar que nada le estropeará el momento. Por fin, después de tantos años, pudo ver su futuro con esperanza.

Estaba sumida en sus pensamientos

cuando unos suaves toques sonaron en la puerta de su dormitorio. Carmen sintió la presencia de su hija sin necesidad de preguntar.

- Pasa – dijo desde su cama.

- No te quiero molestar...

- No pienses eso ni en broma – Carmen se hecho a un lado.

- Yo... no puedo dormir.

- Ven aquí - Carmen dio unos golpes con la palma de la mano sobre la colcha, invitando a Rocío para que se tumbara a su lado. – ¿te apetece ver una película?

- Me encantaría – dijo su hija con sinceridad, mientras se tumbaba junto a su madre.

Estuvieron disfrutando, tumbadas la una junto a la otra, de una película durante más de dos hora. Fue un momento tan reconstituyente, que no recordaba haberse sentido tan bien en toda su vida. Cuando escuchó que la respiración de su hija se volvía más rítmica y lenta, apagó la televisión, la arropó con cuidado y, girándose sobre su cuerpo, la observó dormir durante horas.

La vibración de su teléfono la sacó del sueño reparador en el que se había sumido en algún momento del día, haciéndola sisear una maldición, cuando sintió a Rocío revolverse entre las sábanas.

Miró la pantalla de su móvil y vio que tenía varios mensajes en el grupo de WhatsApp, decidió pasar del tema y dejó el aparato de nuevo en la mesilla.

Ya tendría tiempo de leerlos a lo largo de la noche, ahora estaba disfrutando de su momento y no iba a distraerse con nada más.

Se dio la vuelta de nuevo para encarar a Rocío, los ojos de esta estaban clavados en ella mientras abrazaba la almohada.

- Buenos días – la saludó
Carmen.

- Buenos días – contestó

Rocío con voz de dormida – me quedé dormida.

- La película era demasiado larga – dijo Carmen – no quise despertarte – ¿te apetece desayunar?

- Sí, estoy famélica, ayer con tantas emociones se me cerró el estómago – reconoció Rocío.

- Voy a preparar algo – dijo

Carmen – si te apetece darte una ducha, tienes toallas limpias en el baño de tu habitación.

Carmen se levantó de un salto y se dirigió a la cocina. La verdad es que no tenía demasiadas cosas para preparar un desayuno en su casa, siempre estaba la posibilidad de llamar a Eleuterio y pedirle algo para que se lo llevara a domicilio, pero enseguida rechazó la

idea, esa era la primera vez que iba a preparar el desayuno a su hija y, aunque se había convertido en una adulta y la cosa ya no tenía demasiado sentido, quería hacerlo con sus propias manos.

Dispuso dos manteles individuales en la mesa de la cocina y colocó dos botellines de 0+ sobre ellos. Sacó del congelador dos baguettes pre-cocidas y las metió al horno. Mientras preparaba

en un plato mantequilla y mermelada de fresas, el café terminó de subir en la cafetera italiana, en el preciso momento en que sonaba el horno, indicando que el pan estaba listo. Carmen lo sirvió en platos individuales y observó la mesa con las manos en las caderas.

¿Faltaba algo?... si claro, la leche.

Terminaba de colocar la jarrita con la leche, cuando Rocío apareció por la

puerta vestida con una camiseta y unos vaqueros. Carmen la miró y se sintió tan orgullosa de ella que los ojos se le llenaron de lágrimas. Ahora ella era todo su mundo. No necesitaba nada más. Ese pensamiento le produjo un calambre en el estómago, como si su cuerpo le recordara que la realidad era otra.

Michael.

Sintió que algo igual de fuerte que el

amor que sentía por su hija, aunque diferente, intentaba abrirse paso en su cerebro, reivindicando el lugar que le correspondía por derecho.

Carmen rechazó el pensamiento de un plumazo y lo dejó de nuevo aparcado para retomarlo en otro momento. Pero, en cuestión de segundos, este regreso a su mente como si fuera una pelota en un frontón, dándole de lleno en la frente

para que no se olvidara de que, por más que ella lo intentara, el sentimiento de atracción hacia Miquel estaba ahí, la viniera bien en esos momentos o no.

Las líneas de la autovía interestatal iban pasando ante sus ojos como si no tuvieran intención de terminar en un corto periodo de tiempo, ni tampoco de llegar a ningún sitio en concreto.

La ruta 95 había sido elegida como cualquier otra, la idea de ir hacia el norte le pareció más apropiada dado su nueva naturaleza. El Sur, con su Sol en el cielo la mayoría de las horas del día, no le había parecido una idea nada saludable.

Al principio no tenía un destino concreto, simplemente la idea era poner kilómetros de por medio. Pero, según

las ruedas de su nueva motocicleta iban recorriendo kilómetros y kilómetros, el hecho de pararse a visitar las cataratas del Niagara le atraía de una manera que no llegaba a entender claramente.

¿La muerte le liberaría de aquel sentimiento que le atormentaba?

Aunque su lado pesimista le decía que todo se había acabado, gracias a las palabras de Carlos antes de que le

dejara marchar, le quedaba alguna esperanza de poder solucionar algo de su relación con Carmen. Quizás, con el tiempo, podrían llegar a mantener una relación de amistad como la que habían tenido hasta hacia poco.

Su lado racional le dio una colleja.

¡Ahora eres un vampiro! Le recordó su subconsciente.

Había que ser un verdadero imbécil

para pensar que, después de todo lo que había pasado, la relación con Carmen podría ser la misma. Ella era su pareja de vida y su sangre corría por su metabolismo. Era todo o nada, no había posibilidad de término medio.

Los dos necesitaban tiempo. Pero ese tiempo lo pasaría lejos de ella pues, ni quería hacerla sufrir a ella, ni tampoco quería torturarse a sí mismo viéndola

cada día sin poderla tocar.

Vale, estaba bien, tiempo y espacio. Ese iba a ser su objetivo a partir de ese momento, esperaba no cagarla en un arrebato y mandar todos los consejos de su exjefe al carajo.

No se había despedido de nadie y su inútil teléfono estaba guardado en el bolsillo de su cazadora de motorista. Su compañera le había estado llamando

repetidas veces y también le había bombardeado a mensajes. Él, como el puñetero cobarde en el que se había convertido, había parado la moto en el arcén de la autovía y apagado el maldito cacharro que vibraba en su pecho, con la misma intensidad que su conciencia lo hacía dentro de su cabeza, por no haberse despedido de sus amigos.

Sabía que Lola tenía que estar echando

humo por las orejas pero, cuando había salido del despacho de Carlos, no había tenido cuerpo de enfrentarse ni con ella, ni con nadie.

El único que sabía hacia donde se dirigía era Carlos y porque le había tenido que pasar la información para que, la distribuidora de sangre que el regentaba, pudiera enviarle el vital líquido que necesitaba para no

descontrolarse, aunque llevaba una nevera en las alforjas con bastantes botellines, no iban a durar eternamente y, menos, siendo un neófito.

Michael vio el cartel que anunciaba que entraba en Grand Island Bridge y condujo cinco millas más hasta llegar a Goat Island, está estaba ubicada entre las caídas de agua del lado canadiense y el americano y le pareció un lugar

perfecto para detener la moto y seguir el recorrido caminando, necesitaba estirar las piernas.

Pagó los diez dólares del aparcamiento y se fue caminando hacia Terrapin Point.

Tuvo que agradecer la enorme luna llena de aquella noche porque, las vistas que se podían disfrutar desde allí de la parte de las cataratas Canadienses, le hicieron olvidar por un microsegundo el

verdadero motivo de su viaje.

Pero sólo un microsegundo.

Allí, apoyado en la barandilla y admirando el impresionante espectáculo dejó pasar las horas, hasta que su cerebro comenzó a advertirle que iba siendo hora de buscar un refugio.

La noche le facilitó la privacidad para llegar rápidamente hasta su motocicleta.

Le quedaba menos de una hora para

encontrar alojamiento o todos sus problemas emocionales se acabarían de un plumazo.

Según salió por la puerta del almacén, Carmen miró al rincón de M... la planta. La cosa le puso dolor de estómago y eso que las había elegido ella hacia dos décadas para adornar, nada menos, que la entrada al club.

Se sorprendió de como el tiempo podía cambiar la percepción de las cosas tan radicalmente. Lo que en un momento te había parecido algo bonito, con el tiempo lo veías horrible y, por el contrario, lo que te había parecido horrible, con el mismo tratamiento temporal, lo podías ver algo mucho más atractivo.

Y si eso no era una paradoja de lo que

ella estaba viviendo en los últimos días, que bajara Dios y lo viera.

Su pasado era uno de los más claros ejemplos del tema, pero no era el único.

Ese lugar hacía donde ella había dirigido su mirada instintivamente, había sido siempre el rincón de sus anhelos, al que primero se desviaban sus ojos cuando accedía a su lugar de trabajo y el último, cuando se despedía de su

jornada laboral hasta la noche siguiente.

¿Y ahora?...

Ahora era lo que más intentaba evitar, pues ver la planta de mierda le ponía de tan mala leche, que no sabía si cualquier día iba a subir con ella acuestas por las escaleras y la iba a lanzar con todas sus fuerzas, hasta estamparla contra los contenedores de basura de la calle.

Sí, ya sabía que era algo incívico, pero

llegados a ese punto el civismo se lo iba a pasar por las narices.

Si no lo había hecho ya, era porque los humanos, que sin duda la iban a ver, quedarían como mínimo algo sorprendidos de que, una mujer con aspecto totalmente contrario al de la mujer forzuda, llevara a cuestas un macetero que debía de pesar el doble que ella. Pero eso no era todo, además,

estaba el orgullo que la quemaba por dentro y que le insistía en que, esa lección dada a Michael, era algo que el muy capullo se había ganado por egoísta.

Carmen siguió con sus elucubraciones mentales, cuando sintió la presencia de Bob tras ella.

- Buenas noches – dijo el humano.

- Buenas noches – contestó ella mientras comenzaba a pasar la bayeta por la barra.

- ¿Estás sola? – preguntó casualmente.

- Si – contestó Carmen mirándole de reojo - ¿por?

- No – le contestó con un tono algo más nervioso de lo que para él era habitual – pensé que

estarías acompañada por tú hija.

- Ah – Carmen le miró evaluándole – está con su padre – contestó.

- Bueno – dijo nervioso – me voy a la puerta, llámame si me necesitas.

- Eso haré – dijo a su empleado.

La línea de pensamiento cambió por

completo, dejó de comerse el coco por una cosa, para empezar a comérsela por otra.

Madre mía, eso de ser madre iba a ser verdad que te proporcionaba el poder de anteponer a tus crías a cualquier otra cosa. De repente estaba pensando en ella, pero en cuanto sintió algo que podría afectarle a su hija, su mente se había puesto completamente en guardia.

Era consciente de que el tipo había estado atraído por ella al principio de empezar a trabajar en el club, pero Carmen siempre había guardado las distancias con cualquier hombre o macho y Bob, que no era estúpido, supo que ahí no tenía nada que hacer. Esperaba que todo lo de Bob fuera simplemente simpatía por Rocío, pues como ella se enterara de que buscaba

algo más de su hija, igual iba a necesitar tener una charla con su empleado.

El club comenzó a llenarse de gente y el trabajo la entretuvo sacándola de todos los pensamientos que la tenían la mente hecha un verdadero lío. Según iban pasando las horas, cada vez había más gente. Estaba a punto de llamar a Bob, cuando su hija apareció por la puerta privada de acceso a la barra.

- Hola – Rocío se acercó a Carmen y la besó la mejilla.

- Hola – contestó Carmen sorprendida por lo bien que asumía ese contacto – no te esperaba – dijo.

- Ya – contestó mirando hacia otro lado – no sabía...

- Eres totalmente bienvenida – aclaró rápidamente

Carmen.

- ¿Te puedo ayudar? –
preguntó Rocío.

Carmen la miró sorprendida.

- ¿Has trabajado antes en
una barra? – preguntó.

- No – dijo Rocío risueña –
pero sólo te imitaré.

- Esa es mi chica – soltó
Carmen orgullosa – tu parte de la

barra es esa – dijo señalando la parte contraria en la que se encontraba ella – es toda tuya.

La noche trabajando junto a su hija, se hizo tan corta que no volvió a pensar en la maldita planta hasta que las puertas del local se cerraron y las dos se dispusieron a hacer caja y recoger.

- Mamá – la llamó Rocío desde el taburete en el que estaba

sentada mientras se bebía un
botellín de 0+.

- ¿Sí? – Carmen, que estaba
dándole la espalda mientras hacía
la caja, no pudo contener el
escalofrío de placer que le produjo
la palabra.

- ¿Puedo decirte algo con
sinceridad? – soltó entre trago y
trago.

- Claro – Carmen se dio la vuelta para mirarla.

- Esa planta de plástico es la cosa más horrible que he visto en mi vida – dijo de carrerilla.

Carmen miró la planta y sin saber de dónde salió, comenzó a reírse de tal manera, que la risa se le contagio a Rocío y las carcajadas fueron tan terapéuticas, como si hubiera estado

desgastando el diván de un psicólogo durante meses.

Que sencilla podía ser la vida, cuando se miraba desde la perspectiva correcta.



- ¡¡SALID TODAS DE
AQUÍ!!

El estridente grito salió de la garganta de la bruja Nanna en forma de orden y con un gran regusto de soberbia.

Agnetha miró hacia su alrededor con la esperanza de encontrar alguna respuesta lógica a toda aquella locura. Todas las brujas miraban a la madre y a la hija con los ojos como platos, habían sido engañadas por esas dos traidoras y, si la madre era odiosa, la hija era aún peor. Las había manipulado a todas, haciéndolas creer que estaba de su parte y ellas le habían creído como unas

estúpidas.

Skule había utilizado malamente a todos los que se creían sus amigos, sólo para conseguir sus objetivos o, mejor dicho, los de su madre.

Fijó su mirada en la cara de su hermana Thora analizando su gesto, este se podía describir claramente con sólo una palabra.

ODIO.

Thora miraba a la pareja que estaba sentada en los tronos de sus ancestros, como si de sus ojos se pudieran desprender dos puñales, e ir directos a las frentes de las dos mujeres que las habían traicionado de manera tan vil.

Agnetha desvió su atención hacia su hermana mayor, en busca de alguna respuesta de esperanza que, estaba claro, no iba a encontrar en la irascible

Thora. Buscó dentro de la mente de su hermana Ursa, la cual ahora estaba utilizando el mismo cuerpo que ella y le formuló la pregunta del millón.

- “¿Qué hacemos ahora?”-

le dijo a Ursa - “Hemos sido engañadas”.

- “No lo tengo tan claro” –

le comunicó su hermana mayor –

“Skule no ha podido engañarnos de

esta manera”

- “Pero todas hemos oído claramente sus palabras” – le recordó a su hermana.

- “Las mentes pueden ser manipuladas querida, deberías saberlo” – Ursa no perdía la mirada de Skule – “mira sus ojos” – le dijo- “no son normales, tiene la mirada perdida”

Agnetha obedeció la orden de su hermana y clavó su mirada en los ojos de Skule, esos ojos azules que te taladraban como si pudieran leer hasta el más oculto de tus secretos, ahora eran dos manchas nubladas sin expresión alguna.

- “Mira su cuello a la altura de la arteria” – siguió Ursa.

Agnetha no tardó mucho en localizar un

pequeño punto rojo, alrededor del cual, había un minúsculo hematoma. Eso no había estado allí antes.

La malvada Nanna había drogado a su hija para engañarlas.

Algo en su interior le dijo que no podía haber sido de otra manera, era imposible simular el vínculo que compartía con su pareja el doctor de los vampiros. Eso, por mucho que lo

intentaras emular, era una fuerza de la naturaleza vampírica, algo sobrehumano que emanaba de dentro de su ser y que arrastraba a su pareja hacía ese torbellino de sentimientos, haciendo que todo lo que tus sentidos experimentaban, tuviera relación con esa otra parte de ti que era tú pareja de vida. Ella misma sentía esa fuerte sensación siempre que estaba cerca de Adrián y eso que, aún,

no había pasado por el ritual que les uniría para siempre.

¿Había pensado “aun”?

¡De momento sólo estaban conociéndose!

Sintió un cosquilleo en la mente procedente de su hermana mayor.

Rápidamente se quitó todos esos pensamientos de la cabeza, no quería que Ursa perdiera su concentración por

culpa de su propio cacao mental.

Centró su atención de nuevo en su hermana, Ursa le pidió mentalmente que no demostraran el conocimiento de que sabían la situación de Skule. Intentarían primero ver que diabólico plan tenía en su mente Nanna.

Ursa dejó correr lo que le había parecido escuchar en la cabeza de su

hermana pequeña, para concentrarse enteramente en el grave problema que tenían delante en ese momento. Aunque, si salían de está, iban a tener unas cuantas palabras con ella por no haber sido informada de algo tan importante cómo aquello.

Antes de enfrentarse a Nanna, mandó una orden a todas sus hermanas para que se fueran dirigiendo hacia la salida de la

cueva. Tuvo que dar un fuerte golpe mental a la cabazona de su hermana Thora para que obedeciera, pues esta comenzó a negarse mentalmente, mientras movía la cabeza convulsivamente de lado a lado.

Por el rabillo del ojo vio como las hermanas se la llevaban medio inconsciente, ellas la observaron por un segundo con gesto de asombro antes de

continuar, por el reprender tan radicalmente a su hermana. Ella no utilizaba nunca esos métodos, pero esto era demasiado serio, como para que ninguna de ellas desobedeciera sus órdenes.

Volvió a clavar la mirada al frente, donde la observaba fijamente su enemiga. Aunque Nanna ya no apoyaba el cuchillo en el pecho de Skule y esta

se había sentado a su lado en el trono que pertenecía a Thora por derecho de sangre, a Ursa no le pasó desapercibido el hecho de que la mano derecha de malvada bruja sujetaba el arma con fuerza. No debía de fiarse demasiado de la duración de la droga en el metabolismo de la mestiza.

- He dicho que salgáis de la
cueva – siseó como una cobra, esta

vez dirigiéndose directamente a ella.

- Este sitio no te pertenece
– contestó Ursa – no eres quien para ordenar nada, eres tú la que deberías salir de aquí, sola, para no volver jamás.

Ursa recalcó la palabra “sola” para que no le pasase desapercibida a su enemiga.

- Ella vendrá conmigo –
escupió con desprecio – es mi hija
y me pertenece.

- Nadie pertenece a nadie –
replicó Ursa – esa no es forma de
ganarse la lealtad de una hija.

- ¡Tú que sabrás! – dijo
despectivamente – no eres madre,
no sabes de lo que hablas.

- No, nunca he gestado a

ningún bebé en mi interior –
reconoció Ursa – pero tengo
decenas de mujeres a las cuales
considero mis hijas y, jamás, les
haría ningún daño y, siempre, daría
mi vida por ellas.

- Yo casi he dado la mía por
esta traidora – Nanna hizo un gesto
hacia su hija.

- Ya – replicó Ursa – pero

hay una gran diferencia – ellas darían la suya por mí.

- ¡Deja de darme lecciones!

– Nanna cortó con la conversación.

- ¿Las verdades duelen? –

Ursa siguió metiendo el dedo en la llaga para intentar desestabilizar a su adversaria.

- No sigas por ahí niña –

Nanna la señaló con el dedo a

modo de advertencia – recuerda
que te cuadruplico la edad.

Ursa fue consciente de que el alterar a Nanna, lo único que podía provocar era que la ira que guardaba dentro explotara y se llevara por delante todo lo que pudiera, pues estaba segura de que el egoísmo con el que contaba la bruja, sería suficiente para que no le importara terminar con la vida de su hija y con la

de ella misma, con tal de llevarse por delante a quien consideraba sus enemigas.

Morir matando.

¡¿Qué coño se creía esa niñata?!

Como se atrevía a darle lecciones, cuando ella no había tenido que vivir la época en la que ella había nacido. Cuando todas ellas eran perseguidas y

asesinadas por los humanos ignorantes de la época, que las temían y odiaban a partes iguales.

Ella había intentado sobrevivir como cualquier ser vivo y había utilizado las armas con las que había podido contar.

Además, se tomaba la libertad de darle lecciones de maternidad. Había que haberla visto a ella en aquella época en la que gestó a la traidora de su hija,

embarazada de un vampiro y sin ningún apoyo de nadie.

Toda la organización que había conseguido formar por ella misma había sido un logro tan grande, que todavía no entendía cómo podía haberse ido todo de las manos con tanta facilidad. Pero eso no iba a quedar sin venganza.

Si esas alimañas llamadas vampiros querían tanto a su hija como para

ponerse en peligro, incluido el odioso padre de la criatura, les destrozaría la vida entregándola a “La Devoradora”.

Estaba segura que eso destrozaría la salud mental de Tom y del maldito doctor vampiro que se había vinculado con ella. Todo ese dolor que sentirían se extendería como una telaraña, afectando al final a toda la comunidad y dándoles un tremendo golpe en su línea de

flotación, que les debilitara lo suficiente como para poder atacarles en cuanto tuviera la más mínima oportunidad. Estaba segura que la que en breve sería su superior, no podría negarse a semejante trofeo.

Pero lo primero era salir de esa cueva sana salva y con su hija en su poder. El futuro, como ya había comprobado en su larga vida, siempre llega a su debido

tiempo.

- Tienes dos opciones –
dijo dirigiéndose de nuevo a Ursa.

- Habla – contestó está.

- O dejas que nos vayamos
tranquilamente y sin intentar
ninguna tontería – propuso...

- No te llevarás a Skule
hasta que ella no lo diga...

- ¿No sabía que te fallara el

oído? – dijo despectiva.

- Sus palabras son fruto de la droga que le has administrado – le acusó Ursa.

- Vaya, vaya – dijo Nanna sonriendo – parece que la brujilla no es tan tonta – entonces tendremos que dejarnos de tonterías. O me dejáis salir de la cueva tranquilamente junto a mi

hija, o no saldremos ninguna de ella.

Nanna lanzó una bola de fuerza con su mano izquierda, estrellándola en una de las diez columnas de hielo, con que la naturaleza había dotado a la cueva para sujetar la cúpula natural de la gran cámara. Esta se hizo añicos al instante, provocando una grieta que recorrió de lado a lado el techo de la cámara.

- Puedo continuar hasta que todo este montaje se venga abajo – amenazó Nanna.

Ursa se estremeció dentro del cuerpo de la bruja Catalina, mientras sentía como la mano callosa de la horrible mujer en la que estaba habitando, comenzaba a rascar con fuerza el brazo contrario. Reconoció ese gesto como de su

hermana Agnetha, era el que utilizaba cuando estaba tan nerviosa, que no podía controlar los picores que había heredado de la abuela de ambas.

Su querida abuela...

¿Cómo habría actuado en una situación como esta?

Seguramente se hubiera dejado llevar por sus instintos y habría luchado con uñas y dientes por todas ellas.

Miró al techo para ver el daño que había sufrido su amada cueva, con el mismo gesto de miedo que mira una madre la herida de un hijo, cuando intuye que ha sido lo suficientemente grave como para necesitar visitar las urgencias más cercanas.

La grieta recorría el techo de lado a lado, mientras la ancestral columna de hielo que había estado en su sitio

durante más años de los que se contaban en los libros, yacía destrozada en el suelo. Un desagradable sonido acompañaba a la zigzagueante herida, mientras avanzaba desquebrajando el sagrado hielo del templo de las brujas vikingas.

Ursa sintió algo que jamás había sentido hasta ahora.

Odió con todas sus fuerzas a la persona

que tenía delante y, en esos momentos, deseaba matarla con sus propias manos.

¿Cómo podía ser capaz de maltratar de esa manera la cueva que había salvado la vida de todas sus hermanas y las había protegido de no ser exterminadas por la maldita inquisición, que tanto poder había tenido en aquellos oscuros años?

Esa mujer siempre iba a estar al acecho

y jamás abandonaría su egoísta fin.

Ursa, cuando leyó en sus libros esa historia, dio por hecho que la bruja de la que hablaban ya habría muerto, pues los años pasados eran más de lo que cualquier persona podía contar como esperanza de vida, incluidas las brujas, pero claro, no había contado con la mezcla de sangre que la traidora había hecho con un vampiro puro y, mucho

menos, que se estuviera alimentando de la misma sangre de su hija, para lograr la longevidad.

En ese momento no tuvo ninguna duda de que Nanna era tan traidora, culpable del asesinato y el asedio de gran parte de sus antepasados. Que nunca podrían vivir tranquilas mientras ella siguiera con vida.

El odio se mezcló con la ira y todo se

volvió borroso a partir de ese momento.

Ursa se abalanzó sobre su enemiga con las manos por delante en forma de garras. Se acabaron las palabras y las negociaciones, una persona como esa no iba a ceder jamás y siempre iba a estar al acecho para caer sobre ellas en cuanto tuviera la más mínima ocasión.

La única manera que había para librarse de ella era la muerte, esa muerte que se

la tenía que haber llevado hacía ya muchos años.

Marta se despidió de Tom en el porche de la casa de las hermanas, con un beso tan apasionado, que cualquiera hubiera pensado que ya no iban a volverse a ver.

Y eso era algo de lo que Marta, en esos momentos, no estaba segura que no fuera a ser cierto. Pero había tomado una

decisión y la iba a llevar a cabo por su pareja, por su hija y por ella misma.

La única solución que le había parecido factible para que de una vez por todas, Nanna les dejara en paz y pudieran seguir sus vidas sin más contratiempos producidos por su maldad, había sido hacer una visita a una mujer más poderosa que la maldita Nanna que, por más que la jorobara en su orgullo, había

demostrado que era bastante fuerte como para conseguir recuperarse de heridas de bala y de un viaje por el fondo de un río, saliendo de la experiencia con las suficientes fuerzas, como para volver a intentar robarle a la hija de su amada pareja.

- ¿Todo bien? – preguntó Tom, con los dedos de las manos enlazados con los de ella, mientras

la miraba directamente a los ojos
escrutándola.

- Si – sólo concéntrate en la
misión – contestó Marta con una
sonrisa que no sentía.

Tom se separó de ella, cuando Miguel ya
avanzaba sobre la nieve en dirección
hacia la cueva de la que les había
hablado Adrián. Marta vio como Tom
aceleraba el paso para ponerse a la

altura del doctor, mientras se acariciaba sus manos intentando mitigar el malestar de la separación.

Tom le echó una última mirada desde la distancia y Marta vio en los ojos de su amado la duda, estaba segura que el instinto de Tom intuía algo sobre sus planes, aunque se había asegurado de que la parte de su mente donde se fraguaba el plan estuviera lo

suficientemente cerrada como para que no pudiera entrar, los poderes mentales de su vampiro eran muy fuertes y estaba convencida de que algo se olía. Pero ella se aprovechó de la situación de que estuviera demasiado concentrado en salvar a Skule y le mintió con todo el dolor de su corazón. No era el momento de preocuparle con otra cosa que no fuera la peligrosa misión que se les

venía encima. Había demasiadas vidas en juego.

Marta se quedó allí plantada mirándoles alejarse caminando, hasta que ya no pudo distinguir las siluetas de los dos vampiros.

- Deberías entrar – la voz de Adrián sonó a su espalda - vas a coger frío.

Marta se giró deseando que todo fuera

tan sencillo de conseguir, como la petición del joven mestizo.

- Tienes razón – obedeció
Marta.

Adrián adelantó uno de sus dedos hacia la cara de Marta y recogió algo de sus mejillas. Era una lágrima que se le había congelado en la cara.

- Somos fuertes y estamos
unidos – dijo Adrián – seguro que

saldremos de esta.

- Seguro – repitió ella sin mucha convicción.

Marta se sentó en el sofá de la sala y puso la televisión, aunque los sonidos y las imágenes que salían de ella no entraran claramente en su cerebro.

Adrián estuvo un rato sentado junto a ella, pero al poco se fue hacia la habitación y se sentó allí para pasar las

horas mirando el cuerpo de Agnetha, como había estado haciendo casi todo el tiempo que Marta le había estado observando.

Había llegado el momento. Marta cogió su ropa de abrigo, la mochila con sus cosas personales y salió por la puerta cerrando con mucho cuidado para no ser descubierta.

Esperaba que Tom la perdonara por

ponerse en peligro de aquella manera.

Capítulo 21

A decorative graphic featuring a branch with several roses and leaves, positioned to the right of the chapter title. The roses are in various stages of bloom, and the leaves are dark and detailed.

Carmen miró extrañada su reloj de pulsera, mientras observaba descender a Carlos por las escaleras del club.

Eran las cinco de la madrugada. Una hora nada habitual para que su jefe

entrara solo en el club, sobre todo desde que estaba felizmente emparejado.

Su viejo amigo y salvador iba vestido con uno de sus carísimos trajes a medida, lo que le indicaba que se había tirado de la cama con el tiempo suficiente como para pasarse por El Hematology antes de ir a su despacho y dado, que ya habían cerrado y no era el sitio idóneo para ir a desayunar... sólo

le quedaba una solución al dilema.

Carlos estaba allí para comunicarles malas noticias.

Los dos se miraron a los ojos escrutándose.

- He venido a hablar contigo – dijo Carlos corroborando las sospechas de Carmen – mejor a solas.

- Habla – contestó ella

sospechando por donde iban los tiros — ella puede escuchar cualquier cosa que me quieras decir.

Carmen sintió como su hija se levantaba de la silla y se separaba disimuladamente para darles privacidad. Pero la cogió del brazo sujetándola, para que no se moviera de su lado.

Carlos suspiró fuertemente mientras se

pasaba la mano por el pelo repetidas veces, buscando la manera de abordar el tema tan delicado que por el que se había desplazado al club después de su cierre. Carmen le conocía desde hacía muchos años y reconoció los gestos del vampiro al instante.

- Está bien – dijo por fin –
Michael me pidió la cuenta ayer por la tarde y se ha ido de la

ciudad.

Carmen se quedó rígida.

¿Por qué narices había hecho eso?

Pues porque ella le había echado de su lado. Por eso.

De repente comenzó a sentirse fatal consigo misma, se había portado como una perra con él. Se había centrado sólo en la rabia y no había sabido ir más allá al porqué de la reacción de Michael.

Ahora que lo veía desde su nuevo yo, se daba cuenta de que no había sido justa. Simplemente había desfogado toda su rabia sobre él y lo había golpeado con toda sus fuerzas, volcando en él todas sus frustraciones.

- ¿Carmen?...

- ¿Mamá?...

Salió de su ensimismamiento, Carlos la miraba preocupado y su hija le

acariciaba la espalda, mirándola también con cara de preocupación. Tragó saliva intentando que su estómago volviera de nuevo a su sitio y poder recuperar su voz de donde quisiera que se hubiese escondido.

- ¿Dónde ha ido? – preguntó con un hilo de voz.

- No me lo quiso decir – contestó Carlos.

- ¿No creerás...?

- ¡NO! – contestó rápidamente Carlos sin dejarla terminar la frase – eso ni lo pienses.

Carmen sacó el teléfono de su bolsillo y buscó el contacto de Michael. No había ningún mensaje nuevo dirigido a ella. Había querido darle una lección y ahora, resultaba que la lección se la estaba

llevando ella. Siempre había que escuchar la versión de todo el mundo antes de juzgarla.

Tonta, tontatontatonta...

- “*Donde estás*” Carmen
dio a enviar – “*necesitamos
hablar*”

Carmen miró su teléfono mientras esperaba que el maldito tick se

duplicara, indicándole qué el servidor había depositado su mensaje en el WhatsApp de Michael.

Nada. Debía de tener el teléfono desconectado.

Eso era lo que se llamaba tomar de tu propia medicina y a Carmen le estaba achicharrando viva la garganta, mientras se deslizaba por ella.

Rocío se sintió una intrusa en la conversación que acababa de tener su madre con Carlos. Aunque desconocía la historia que tenía con aquel vampiro, intuía que no eran sólo amigos. La desproporcionada reacción de su madre hacía el vampiro, el día en que entró en el apartamento de Carlos y Jimena y se

encontró con su padre y con ella allí sin que nadie le hubiera hecho saber nada, fue directamente dirigida hacia él. Él veneno que desprendieron los ojos de Carmen, si ese vampiro era lo que creía que era para su madre, debió de destrozarle por dentro.

Vio cómo su madre agachaba la cabeza y miraba al suelo mientras se sujetaba la garganta. Carlos dio un paso adelante, e

hizo el gesto de cogerla del brazo pero, en el último momento, se abstuvo y bajó de nuevo el brazo mientras la miraba con cara de preocupación.

Roció, que gracias a su padre, conocía la historia del pasado de su madre, entendió al momento el gesto de respeto del imponente vampiro hacia su amiga. La conocían perfectamente y sabía que Carmen tenía unos límites muy bien

definidos.

Pero ella no era su amiga, era su hija y la otra noche permitió que durmiera en su cama junto a su cuerpo sin que el roce de sus pieles supusiera un problema. Así que no dudó a la hora de cogerla por el brazo y comenzar a masajearla la espalda.

No supo quién se sorprendió más por la reacción de Carmen, si Carlos, que por

poco se le salen los ojos de las orbitas, o ella misma, al recoger el cuerpo de su madre en un rápido abrazo, cuando esta se abalanzó sobre ella buscando el contacto con su cuerpo para ser consolada.

Rocío aguantó a su madre el tiempo que estuvo balbuceando entre lágrimas sobre su hombro. Tuvo que agradecer a Carlos que se fuera del club, dándoles la

intimidación que necesitaban en esos momentos.

Cuando por fin pudo hacer andar a su madre, se la llevó hacia la casa y la dejó caer en el sofá de la sala sentándose ella a su lado.

- Perdóname – dijo entre
hipos Carmen.

- No hay nada que perdonar
– dijo Rocío cogiéndole la mano.

- Esto no es natural –
rebatíó Carmen – se supone que yo
soy la madre.

- No se supone, lo eres –
dijo Rocío – pero de una mujer
adulta y, al igual que tú me
apoyarías ante cualquier
contratiempo que pudiera surgirme,
yo te correspondo con lo mismo.

- Lo se cariño, pero esto es

demasiado complicado...

- Has sobrevivido a situaciones muy complicadas y estás aquí – razonó Rocío – yo sé que mi madre es perfectamente capaz de solucionar cualquier eventualidad que le depare el destino – sentenció Rocío.

Carmen la observó atentamente y Rocío llegó a dudar de si había estado acertada

en las palabras que le había soltado sin ningún tipo de filtro.

Sus miedos se disiparon cuando su madre levantó su perfecta mano hacia su cara acunando su mejilla con ella, mientras la miraba entre sorprendida y orgullosa.

- Si no te estuviera tocando ahora mismo – dijo entre lágrimas – pensaría que eres algo creado

por mi imaginación.

La habitación del hotel no estaba nada mal.

Tenía persianas y el pasillo al que daba su puerta no contaba con ninguna ventana cerca, que le pudiera impedir el abrirla a cualquier hora del día. Aunque por esas latitudes y en esa época del año, la luz no contaba con demasiadas

horas al día, las casualidades a las que le estaba sometiendo su destino últimamente, eran un tanto hijas de puta.

Pasó todas las horas de luz encerrado en la habitación, entre cortos periodos de sueño y programas de televisión. Nunca había sido consciente de lo patéticos que podían llegar a ser algunos de aquellos programas. Había personas que por un poco de fama, eran capaces de

tirar por el barro y después pisotear, cualquier ápice de dignidad que les quedara en sus patéticas vidas.

¡Menuda mierda!

Pensó, mientras viajaba por los canales de arriba para abajo y vuelta a empezar.

Por fin paró en una cadena, en la que empezaba una película de uno de sus actores preferidos.

Clint Eastwood.

La película se titulaba El Bueno, el Feo y el Malo, Michael se acomodó las almohadas y soltó el mando a un lado de la cama, dispuesto a disfrutar del western que, aunque lo había visto innumerables veces, no se cansaba de disfrutar. Sobre todo de la música de Ennio Morricone. Esa música la llevaba como tono de llamada en su móvil desde hacía años.

Una pequeña sonrisa se le pintó en la cara, cuando recordó el gesto de su compañera cada vez que le entraba una llamada.

Le encantaba esa película y era la mejor opción, para desviar por un rato de su cabeza todos los pensamientos que la estaban atormentando.

Hablando de compañera, Lola le iba a matar por no contestar a ninguno de sus

mensajes. En fin, ya lidiaría con eso cuando tocara, ahora tenía demasiadas cosas en la cabeza para poner en orden y esa era una de tantas que tendrían que guardar la fila.

No fue consciente de cuando cerró los ojos por última vez, pero cuando el teléfono de la mesilla perteneciente al establecimiento tronó en sus oídos, estaba profundamente dormido y le

costó centrar su consciencia del aquí y el ahora, en donde estaba situado.

¡¡JODER!!

¿Qué hora era?

Miró su móvil por inercia para ver la hora, pero se encontró con el negro más absoluto. El chisme estaba apagado desde que había parado en la carretera precisamente para ello. Cogió el auricular del teléfono del hotel y se lo

puso en la oreja.

- Diga – la palabra sonó algo más brusca de lo necesario.

- Discúlpeme señor – Michael reconoció la voz del recepcionista – tiene una llamada por la línea del hotel e insiste en hablar con usted.

- ¿Le ha dicho quién es? – Michael tenía varios nombres en su

cabeza.

- No ha querido identificarse – respondió él empleado.

- ¿Hombre o mujer? – preguntó Michael con un ápice de esperanza.

- Mujer, señor – respondió.

- Dígale que si no se identifica no quiero saber nada –

Michael colgó el teléfono y se fue a la ducha.

Accionó el grifo del agua caliente, mientras iba refunfuñado sobre personas que no sabían dejar en paz al resto y no entendían que uno quisiera estar solo, cuando el maldito aparato volvió a sonar.

- ¡QUE! – gritó.

- Señor – dijo el empleado

con voz ahogada – la mujer insiste.

- ¿Le ha dicho quién es? –

Michel intentó bajar el tono. El pobre hombre no tenía la culpa de su mal genio.

- Le cito literalmente – carraspeo – “o se pone al teléfono o su querida compañera irá a verle, para disfrutar con él de las mejores horas de Sol del amanecer”

través de la línea – ¿ERES
CONSCIENTE DE LO QUE ME
HA COSTADO LOCALIZARTE? –
siguió - ¿POR QUÉ TIENES
APAGADO EL PUTO
TELÉFONO?

La humana con la que llevaba unos
meses trabajando, siguió soltado
improperios por su boca, Michael dejó
que se cansara, con el teléfono apoyado

en la cama para que su tímpano no reventara con los gritos de la descontrolada mujer.

Cuando por fin Lola dejó de chillar y sólo se escuchó a través de la línea la respiración de ella como si acabara de terminar de correr la maratón de Nueva York, Michael se volvió a colocar el auricular en el oído.

- ¿Ya has terminado? – dijo.

- Vete a la mierda –
contestó ella ya más bajito - no te
cuelgo el teléfono, porque no tengo
ganas de volver a lidiar con ese
repcionista.

- Bueno ya me tienes en
línea – Michael sabía que se estaba
comportando como un imbécil -
¿Qué quieres?

- Yo... - Lola dudó – sólo

quería saber que estabas...

- ¿Vivo?

- Sí. Algo así...

- Pues ya lo sabes –
contestó algo borde – disfrutando
de unas vacaciones.

- Vale... sólo decirte que
estoy aquí si necesitas algo y...

- No voy a suicidarme –
contestó Michael – y ahora, si no te

importa, voy a darme una ducha y a disfrutar del entorno.

- Capullo...

Michael colgó el teléfono sin más palabras, quedándose con el “capullo” de Lola en el cerebro, rebotándole de un lado a otro como si lo hubiera gritado con todas sus fuerzas en lo alto de una montaña y el eco se lo devolviera infinitamente.

Capullo, capullo, capullo...

Abrió la nevera y se bebió un botellín de 0+ de un solo trago, otro de burbon del mini bar bajó por su garganta, antes de decidir que iba a encender el maldito cacharro. El irse de la ciudad no significaba que no estuviese interesado por sus amigos y compañeros, sólo había sido el cumplimiento de la orden dada por su pareja de vida.

Mientras se metía debajo del agua, escuchó como el aparato comenzaba a soltar bufidos y pitidos desesperadamente por la oleada de mensajes y llamadas perdidas que se iban cargando. Todos y cada uno de ellos los sintió como una bofetada con la mano abierta en toda la cara, por haber tenido tanta gente preocupada por él y no haberles podido dar las

explicaciones que se merecían pero...

¿Quién puede luchar contra la fuerza de su propia mente, dando las ordenes por su cuenta y sin contar con nada medianamente razonable?

En cuanto saliera de la ducha y cenara algo en el buffet del hotel, llamaría a Lola para disculparse. En ese momento, incluso la dejaría que le diera una de esas patadas marca de la casa.

Carmen salió de Nueva York en cuanto el Sol se escondió en el horizonte.

Había tenido que convencer a Rocío para que no la acompañara, pues su hija se había ofrecido a ir con ella para cuando todo estuviera aclarado, volverse por su cuenta. Pero Carmen le había hecho entender a la joven mestiza, que había cosas que una mujer tenía que

hacer por su cuenta y está en especial, era una de ellas.

Se había pasado el día llamando a Carlos por teléfono, hasta que había conseguido que el agotado vampiro, le dijera hacía donde se había dirigido Michael.

Antes de colgar había creído escuchar algo sobre la insistencia de todas las hembras, o algo así, pero no le había

hecho demasiado caso.

Su Audi iba a lo máximo que le permitía el cuentakilómetros y la circulación de la interestatal, quería llegar antes del amanecer a las Cataratas del Niagara.

No le hacía ninguna gracia, tener que refugiarse por el camino hasta que pasara el día. Aunque los cristales de su coche eran especiales gracias a su buen amigo Tom, ahora que tenía tanto de que

disfrutar a su alrededor no iba a arriesgarse para nada a que, por culpa de un accidente o algo inesperado todo se fuera a la mierda.

No, de eso nada.

Según se iban restando los kilómetros, su cabeza se esforzaba en preparar las palabras que le iba a decir a Michael.

En cómo se iba a disculpar y, de qué manera reaccionar, si él rechazaba la

disculpa.

Bueno mejor no pensar en esa posibilidad, porque el dolor en el pecho la impedía el pensar correctamente.

Ella sabía el vínculo que unía a una pareja de vida, pero se había portado tan mal con Michael y de manera tan egoísta, que no estaba segura de que este la quisiera todavía. Ese pensamiento la estuvo torturando durante varias horas,

las cuales luchó contra su lado cobarde para no coger el primer cambio de sentido de la autovía y volver a esconderse a su guarida como una maldita rata.

El coche paró justo enfrente de la puerta del hotel, como si hubiera viajado hasta allí con piloto automático. Carmen se mantuvo dentro del vehículo mirando al frente, hasta que el portero del

establecimiento la sacó de su entumecimiento, con varios toques de nudillos en el cristal.

- ¿Se encuentra bien señorita? – le dijo el hombre amablemente.

- Si... si, gracias – Carmen reaccionó y salió del coche.

- ¿Se va a alojar en el establecimiento? – preguntó el

hombre.

Carmen ya no escuchó ni una sola palabra más. Sus ojos se clavaron en la imponente figura que la miraba desde lo alto de las escaleras del hotel y, como un robot al que han dado las coordenadas, fue subiendo las escaleras hasta pararse justo delante de su destino. No hubo palabras de disculpa ni de reproche, simplemente las manos de los

dos se entrelazaron y Michael la guio hacia su habitación. Todas las frases preparadas y las posibilidades que había rumiado durante todo el viaje se quedaron en eso, posibilidades. Como cocos inútiles que se podía haber ahorrado y que sólo le habían servido para auto torturarse ella misma sin necesidad, porque, que sabía nadie lo que había en la mente de otra persona.

Desde luego, estaba muy claro, que ella se había equivocado estrepitosamente.

La protectora oscuridad de la estancia les envolvió inmediatamente, sumiéndoles en un ambiente tan acogedoramente apropiado, que parecía haber sido creado a propósito para ellos. Carmen levantó la una mano temblorosa, acercándola hacia las facciones de Michael.

¡Era tan hermosamente masculino!

Su propio pensamiento le sorprendió, mientras los dos se miraban a los ojos con tantas emociones juntas, que se necesitaría un libro entero para poder describir cada una de ellas.

Carmen en ese momento, sólo pudo demostrar lo que sentía de una forma y fue lanzarse sobre los labios de Michael, buscando sentir de nuevo

aquella sensación de la calidez de su boca y la húmeda pasión que le producía el roce de su lengua junto a la suya.

Las cargas del pasado, los miedos, los agobios, las dudas, los anhelos y los malos entendidos quedaron atrás, en el momento que la piel de ambos hizo contacto. Todo lo que había a su alrededor desapareció, dando paso sólo al momento presente, mientras todo el

amor y la pasión contenida se concentraba en una creciente ola, proveniente de lo más profundo de su ser y saliendo a la superficie mientras arrasaba con todas las barreras, barriendo su pasado con la fuerza de un tsunami.

Exhaló fuertemente cuando por fin se sintió completamente liberada y disfrutó de las caricias regaladas por las manos

de Michael, mientras la desnudaba meticulosamente con los ojos vidriosos, como si no se creyera nada de lo que estaba pasando en esos momentos y en esa habitación de hotel.

Carmen se dio una bofetada mental por haberle hecho creer a su pareja que nunca llegaría ese momento.

Sin ninguna prisa el vampiro la fue despojando de toda la ropa, hasta que ya

nada artificial cubría ninguna parte de su cuerpo. Las manos de Michael fueron sustituidas por sus labios que acariciaban y besaban con suavidad, erizando cada centímetro de su piel, hasta que la hembra que había en ella sintió lo que sólo había atisbado en contadas ocasiones. Su sexo sintió la excitación de la que tanto hablaban las modernas y desinhibidas hembras con

las que se relacionaba últimamente y que habían creado un antes y un después en su existencia en este mundo, sacándola con sus atrevidos comentarios y sus personalidades alegres, de la oscuridad en la que había estado viviendo hasta entonces.

Su cuerpo y su mente fueron estimulados salvajemente por un frenesí sexual que le cogió totalmente desprevenida y a

juzgar por la cara de asombro de su pareja cuando por un impulso salido del fondo de su ser, hizo que Carmen le propinara un fuerte empujón dejándole tendido y totalmente desnudo sobre la cama, no había sido la única sorprendida.

Sus ojos, totalmente rojos, observaron el poderoso cuerpo de Michael y se clavaron en su enorme sexo

completamente erecto, con el hambre del que lleva sin probar bocado durante el suficiente tiempo, como para comenzar a devorarse por dentro. Un ronroneó salió de su garganta mientras gateaba sobre la cama, hasta sentarse sobre las caderas del macho que le había sacado de aquella oscuridad en donde había estado prisionera durante demasiados años.

Ni se había muerto, ni estaba en el Cielo.

Ese lugar estupendo del que se comentaba que se dirigía uno después de la muerte si se habían seguido ciertas reglas, no podía ser tan caliente. Y, si tenía que ser sincero, no lo cambiaría aun con todas las torturas demoniacas del Averno.

Ese era por fin su paraíso y se iba a

aferrar a él con manos, piernas, uñas, colmillos y, si se lo permitía su hembra, con otra parte mucho más placentera de su anatomía.

Nunca, ni en sus sueños más calientes, se había podido imaginar aquella imagen que tenía en esos momentos frente a él. Se iba a correr encima de solo mirarla. Era tan perfecta que estaba totalmente deslumbrado mientras la

observaba tirado desde la cama. No era la primera vez que él había besado sus labios y tocado su cuerpo, pero su intuición le decía que esta vez no iba a ser ni remotamente parecida. Carmen le estaba dedicando, con sus ojos carmesí, una mirada que lo prometía todo.

Su garganta contestó automáticamente al ronroneo de la vampira con uno propio, mientras esta gateaba contoneando su

cuerpo sobre el suyo. El suave sexo de Carmen se apoyó directamente sobre su pene cuando se sentó a horcajadas sobre sus caderas y Michael sintió que sus testículos se apretaban de manera incontrolable, amenazando con expulsar toda su carga simplemente con aquel húmedo toque.

Utilizando al completo el poco control con el que contaba, consiguió que eso no

ocurriera. Iba a correrse al mismo tiempo que Carmen, aunque le costara una hernia testicular.

La vampira comenzó a rozarse en movimientos circulares sobre él, mientras inclinaba su cuerpo buscando su boca para fundirse en un húmedo beso de labios, lenguas y colmillos. Las manos de ambos se movían frenéticamente por el cuerpo de su

pareja, intentando no dejarse ni un centímetro de piel sin explorar.

Michael casi se ahoga corriéndose fuertemente y gruñendo de placer, cuando Carmen se levantó sobre sus rodillas y, dejándose caer sobre él, introdujo su pene en lo más profundo de su vagina. La vampira cada vez jadeaba más fuerte y deprisa cabalgando sobre sus caderas y Michael, que había fallado

a su promesa estrepitosamente, llevó su pulgar hacia el clítoris de ella y comenzó a masajearlo en círculos, haciendo que la hembra se corriera tan fuerte, que las contracciones vaginales presionaron su pene de tal manera que le llevaron al clímax por segunda vez, como si no acabara de correrse hacía tan solo unos segundos.

¡Madre de Dios! Acababa de descubrir

una nueva habilidad vampírica de la cual no había oído hablar. La potencia sexual era algo de lo que no tenía ni idea.

Carmen cayó desplomada sobre él, todavía rodeándole con su vagina y le lamió la arteria, pidiendo permiso para alimentarse de él. Por supuesto, Michael se lo concedió al instante, inclinando el cuello para darle mejor acceso a su

vena. La vampira hincó sus colmillos en la garganta de Michael y bebió de su vena, moviendo de nuevo sus caderas sobre Michael al ritmo de sus tragos. Se puso duro de nuevo al instante y le siguió el ritmo, esta vez de una manera más tranquila, pero no por ello menos placentera, los dos llegaron de nuevo al orgasmo al unisonó, mientras su hembra seguía alimentándose.

El día fue una maratón sexual utilizando la sangre de su pareja para reponer fuerzas y seguir disfrutando el uno del otro. Las palabras podían esperar, ahora su lado animal necesitaba dejarse llevar y reconocer a su pareja de vida de una manera mucho más carnal.

Unas ancestrales palabras rondaron su cabeza pero, de alguna manera supo que eso era ir demasiado deprisa y se las

tragó, dejándolas para más adelante.

Capítulo 22

A decorative graphic featuring a branch with several roses and leaves, positioned to the right of the chapter title. The roses are in various stages of bloom, and the leaves are dark and detailed.

El cuerpo de Catalina se abalanzó sobre ella como un misil, sin que Nanna viera venir aquella agresiva reacción. La enorme masa de grasa le aplastó contra el suelo, mientras las feas y callosas

manos de la que había sido su aliada, le apretaban la garganta impidiéndole la respiración.

Con la sorpresa inicial no había tenido tiempo para prepararse para el ataque y la mano con la que sujetaba su cuchillo, había quedado atrapada tras su espalda impidiéndole defenderse. Intentó mirar a su hija que estaba sentada en el mismo sitio donde ella la había dejado, pero

esta no movió ni un milímetro su postura, la maldita droga la había dejado tan sumisa como inservible.

Nanna utilizó su mano libre para hacer fuerza sobre la presa que tenía alrededor de su garganta, pero la fuerza con que la sujetaba no le permitió soltarla. Cada vez le ardían más los pulmones, pero si algo tenía claro en esos momentos, era que no se iba a dejar matar por esas dos

patéticas brujas. Subió su mano hacia la cara de Catalina, hundiéndole fuertemente los dedos en los ojos, mientras le clavaba las uñas con toda la fuerza que le permitió su cuerpo en ese momento.

El dolor de aquel cuerpo debieron de sentirlo también las dos intrusas que lo habitaban en ese momento, pues las manos que le estaban robando la vida se

aflojaron lo suficiente, como para que Nanna inhalara una bocanada de aire que le permitiera seguir luchando.

La confusión creada le sirvió de aliada y, utilizando toda la energía que le proporcionó el instinto de supervivencia y la rabia de verse debajo de ese asqueroso mastodonte de celulitis, rodó sobre sí misma, cambiando las posiciones en la pelea y, de una brutal

estocada en la que utilizó sus dos manos y todo el peso de su cuerpo, clavó el puñal en el corazón que había pertenecido a Catalina, arrancándole la vida a ella y con la esperanza, de que las dos intrusas que se alojaban dentro, perdieran el vínculo que les unía a la suya.

Se levantó del suelo jadeando y con la túnica chorreando sangre del cuerpo que

yacía muerto a sus pies. Miró a su alrededor, pero lo único que pudo ver fue las rocas y el hielo de la cueva, las brujas había huido y ya no las sentía dentro de la estancia.

Nanna tiró de la mano de su hija, con la intención de salir de allí cuanto antes aprovechando la confusión del momento, y dirigirse al único lugar donde ningún vampiro ni bruja blanca irían a

buscarlas.

El territorio de “La Devoradora” era demasiado peligroso para arriesgarse a entrar, además, la norma más básica de allí era que nadie, absolutamente nadie que entrara y se entregara a Ella, podría salir de allí con vida o sin ella.

Nanna volvió a tirar de la mano de su hija al no haber podido levantarla del trono en el primer intento, esta vez sintió

la resistencia más claramente que la primera. Fijó la mirada en los ojos de Skule y vio como el odio le perforaba los suyos. Comprendió que su hija había comenzado a metabolizar la droga y, aunque su cuerpo todavía estaba laxo, su mente ya estaba despejada y comenzaba a mandar órdenes a sus miembros. Pronto estaría totalmente despierta y por desgracia, en ese momento, Nanna no

disponía de más dosis de su pócima.

No le costó tomar la decisión más de lo que se tarda en decidir, que algo que esta caducado, vale la pena comerlo o mejor tirarlo a la basura.

Se agachó lentamente y agarró con las dos manos la empuñadura de su cuchillo, que aún estaba hundido en el pecho de Catalina, tirando de él fuertemente. Pero con la adrenalina que

había inundado su cuerpo hacia unos minutos y de la que carecía en ese momento, no pudo sacarlo del cadáver.

Debía de haber perforado las costillas y se había quedado enganchado entre ellas.

Sopesó varias maneras de matarla, pero unos fuertes y rítmicos golpes de botas acompañados de respiraciones le quitaron la idea. Desgraciadamente no

podría matarla y salvarse ella en tan poco tiempo.

Nanna cogió su capa de piel que estaba extendida en el trono y, con un rápido movimiento, se la echó por encima. Corrió velozmente hacia el corredor natural por el que se iba hacia la salida y se escondió en un saliente de la roca, mientras esperaba a que el camino hacia el exterior se despejara.

Estaba segura que, con la imagen que se iban a encontrar abajo los malditos salvadores, no repararían en ella.

Tom escoltó en silencio a su amigo, mientras seguían las indicaciones de la ubicación de la cueva que les había proporcionado Adrián. Aunque, estaba seguro, que para su recién estrenado yerno, el localizar el lugar exacto donde

estaba su pareja no conllevaría ninguna dificultad. Cosa que él no podía hacer en ese momento con la suya, se había forzado a desconectar su GPS particular para que, en caso de que la zorra de Nanna consiguiera tener acceso a su mente, no supiera que ella estaba acompañándoles en ese peligroso viaje.

El saber que su hija estaba en esos momentos en manos de la perra de

Nanna, le estaba volviendo paranoico con la seguridad de Marta. Tenía una mala idea revotando en su cerebro y, aunque su lado racional le decía que sólo era el estrés del momento y la paranoia era una defensa de su mente hacia una situación de peligro, no podía dejar de pensar en ella. Si no fuera su hija la que en esos momentos estaba en peligro, habría dado la vuelta para

asegurarse de que su pelirroja estaba bien.

Pero estaba seguro que Marta le daría una colleja en el momento que lo viera entrar por la puerta. Sacudió su cabeza en un inútil intento de centrarse en algo real y dejar de inventar historias.

Continuó siguiendo la estela de Miguel, tenía que poner todos sus sentidos a la tarea de salvar a su hija y de paso, a las

brujas vikingas a las que acababan de conocer.

Si le hubieran dicho tan solo hacía unos meses, que se iba a jugar la vida por salvar a un aquelarre de brujas compatriotas de Nanna... menos mal que su amada Marta había llegado a su vida, sacándole ese rencor generalizado hacia todas ellas y enseñándole a enfocarlo hacia la persona que realmente le había

dañado.

Maldita Nanna, como un solo ser podía hacer tanto daño a tanta gente.

Llegaron al borde de un glaciar y en seguida localizaron en el árido y helado terreno, a los dos vampiros rusos que alargaban sus brazos para ayudar, una a una, a las numerosas mujeres que salían de una enorme oquedad en el hielo con los ojos desorbitados por el estrés y el

miedo.

Tom se dirigió corriendo hacia el gentío y buscó a su hija entre todas las mujeres que se iban congregando junto a un pequeño montículo de hielo. Enseguida fue consciente de que ella no estaba en el grupo. Miró hacia Miguel para confirmarlo, pero este ya estaba corriendo en dirección a la boca de la cueva. Pasó a toda velocidad junto a los

rusos y les hizo un gesto para que le siguieran.

Borya sujetaba entre sus brazos, a la que Tom identificó enseguida, como una de las hermanas que les habían visitado en Nueva York. El enorme vampiro se quedó allí mirando a la mujer y no reaccionó a su petición pero Desya, se acercó a él y, cogiendo algo del interior de su abrigo, corrió tras ellos hacia

donde fuera que les dirigiera el radar
sanguíneo del doctor.

El panorama que se encontraron cuando
entraron en la gran cámara helada fue
desolador.

Tom estaba convencido de que ese sitio
no había sido nunca antes así. Esto era
cosa de Nanna.

Un lugar tan sagrado para todas ellas, no
podía tener el suelo lleno de ese fango

mugriento, que le estaba destrozando las papilas olfativas.

Dos extraños seres, no humanos, yacían muertos en el suelo con las cabezas terriblemente aplastadas, por lo que parecían haber sido múltiples golpes con algún objeto contundente, en seguida vio las piedras llenas de sangre que corroboraban su teoría. Una mujer morena y delgada, estaba tirada en una

esquina con la garganta rajada de lado a lado y otra, mucho más gruesa pero igual de morena, estaba desmadejada junto a los pies de Skule, con un cuchillo clavado profundamente a la altura del corazón. Su hija estaba sentada muy quieta y a Tom le pareció que le miraba de reojo. Bajó rápidamente hacia donde se hallaba, pero Miguel estaba en pleno modo protector y no quiso interponerse

en su camino.

Tom se quedó alucinadamente sorprendido, cuando Desya corrió hacia la sala y comenzó a mover a las dos desconocidas mujeres.

¿De qué conocería el ruso a esas dos horribles brujas?

Observó boquiabierto, como Desya clavaba la rodilla a la altura de la cabeza del cadáver más grueso y sacaba

rápidamente dos frascos de cristal del bolsillo de su parka. Dos luces blancas, a las que parecía que la intensidad se les iba y venía penosamente, salieron por la boca de aquella horrible bruja y se introdujeron rápidamente en los frascos que les ofrecía el ruso.

Enseguida comprendió.

Tom cambió de nuevo su atención a la escena que se representaba a menos de

un metro. Miguel abrazaba a Skule mientras le exploraba medicamente de arriba abajo.

Irónicamente, Tom sintió que sobraba.

Dios, cuanto necesitaba a Marta en ese momento.

Pero perdió esa línea de pensamiento, en cuanto los ojos de su hija se clavaron en los suyos y le envió el mensaje que le hizo darse la vuelta como un resorte.

Nanna se escabulló rápidamente, aprovechando el desconcierto de los vampiros que habían llegado como una tromba para interrumpir su último adiós con su hija.

Sabía que esa ventaja le iba a durar muy poco tiempo y por eso no esperó para ver la reacción de las malditas sanguijuelas, cuando vieran la

destrucción que ella sola había logrado.

Ella era mucho más poderosa que todos ellos juntos. El único problema con el que se había encontrado, era con la falta de seguidores lo suficientemente leales, para que le ayudaran en sus planes.

Incluida la malnacida de su hija.

Con un fuerte golpe de energía, hizo que se desgarrara el hielo de las paredes de la única salida, bloqueándola, para

después correr todo lo rápido que pudo hacia el exterior.

El fresco olor del aire libre llegó a sus fosas nasales y se preparó para salir entre todas las personas que invadían la entrada. La oscuridad reinante por la noche interminable de esa época del año, era suavemente rota por la luz de las antorchas y esta, dedujo Nanna, era totalmente insuficiente para que se la

identificara con claridad.

Se revolvió su pelo rubio que, por suerte era de un color exactamente igual, que el de la mayoría de las mujeres que estaban esparcidas por los alrededores de la entrada de la cuerva y se escabulló por el glaciar.

Dirigiéndose disimuladamente hacía su plan B en forma de trineo con los perros, los cuales había robado en el

pueblo, para después esconderlos a unos cien metros al norte de la cuerva, disimulados detrás de un enorme montículo de hielo. Todo esto estaba hecho con la intención de utilizarlo en caso de emergencia y que nadie lo viera en su camino hacia la entrada de la cueva, pues este estaba situado en dirección a la nada y, ninguna persona en su sano juicio, se iría en esa

dirección sin necesidad alguna.

Esos malditos perros habían necesitado que les manipulara sus leales mentes, para que hicieran caso a sus órdenes.

Tañendo el látigo fuertemente sobre los lomos de los animales, salió disparada hacia donde la brújula apuntaba de forma natural. No fue consciente de si las mujeres que allí estaban la vieron huir o no, Nanna no quiso perder el

tiempo mirando hacia atrás.

Simplemente se centró en el destino que la estaba esperando.

Ya volvería para cobrarse las facturas pendientes en este y en el otro lado del mundo.

¡Menuda hija de puta!

Tom se sintió tan avergonzado por haber pasado por delante de Nanna y no

haberla sentido, que comenzó a retirar los enormes bloques de hielo gruñendo con tanta rabia, que los vampiros que había abajo en el suelo de la sala, le miraron extrañados.

La muy zorra se le iba a escapar y esta situación se podría volver a repetir en el futuro. Si no conseguía pararla, no podrían vivir tranquilos y tendrían que estar siempre mirando sus espaldas por

si aparecía de nuevo.

Sintió como el ruso le ayudaba y en cuestión de minutos varios enormes bloques habían sido retirados hacia un lado, dejando el suficiente espacio como para que pudiesen pasar por ellos.

Tom corrió por el túnel con toda la velocidad que pudo, pero en el fondo sabía que era demasiado tarde. Nanna era muy inteligente y poderosa y, estaba

seguro, que la ventaja que había logrado en esos, más o menos, los cinco minutos que habían tardado en poder perseguirla, iban a ser demasiados para que les fuera fácil alcanzarla. Y, de todas maneras, tampoco sabía hacia donde había podido dirigirse. En ese basto paisaje, ella podía haber tirado hacia cualquiera de los cuatro puntos cardinales y sus bisectrices. Era como buscar una aguja

en un pajar.

En cuanto Tom salió al exterior, su móvil comenzó a tronar en su bolsillo.

Aunque ahora no era el momento para atender llamadas, su intuición le hizo sospechar que, esa en concreto, debía de ser contestada.

Se colocó el teléfono en la oreja, mientras daba vueltas entre todas las mujeres que allí se congregaban, por si

Nanna estaba camuflada entre ellas pero, ni su vista ni su instinto la detectaban.

En ese momento de frustración, fue consciente de la voz desesperada de su interlocutor. Adrián le estaba preguntando por Marta.

- ¿Está Marta con vosotros?

- voceaba el pelirrojo desesperadamente desde el otro

lado de la línea.

- ¿Cómo dices? – Tom no
asimiló lo que le decía en un
primer momento.

- Marta no está en la casa –
gritó de nuevo el doctor – se fue
sin decir nada, mientras yo estaba
en la habitación vigilando los
cuerpos de las hermanas.

Tom comenzó a buscarla por la zona,

pero de sobra sabía que ella no estaba allí, en caso contrario la habría detectado inmediatamente. La sangre de su pareja dentro de su organismo nunca fallaba y menos a esas distancias.

- ¡Mierda! – masculló Tom mientras colgaba el teléfono, dejando a Adrián con la palabra en la boca.

En ese momento, como si todo estuviera

perfectamente programado, un mensaje de Marta entró en el teléfono.

“Perdóname por haberte ocultado mis planes, pero no podía seguir viéndoos sufrir ni a ti ni a tu hija, por culpa de esa bruja que tanto daño nos ha hecho a todos. Espero que todo salga bien y volver con buenas noticias. Te amo, Marta”

Tom casi cae al suelo fulminado, por el

fuerte dolor que le atenazó el pecho en ese momento presionando su caja torácica, como si se la hubieran metido entre una prensa hidráulica y quisieran que la piel de su pecho se juntara contra la que cubría su espalda.

Nunca podía haber imaginado tal agonía, no quería ni pensar lo que sentiría si su pareja desaparecía y no volvía a verla.

No, no, no... esa no era una opción.

Skule se sintió ella misma de nuevo en el momento que el medicamento que le acababa de administrar Miguel, se distribuyó rápidamente por todo su organismo.

Después de besar duramente la boca de su doctor, esa que creyó no volver a poder tocar más, salieron corriendo

detrás de sus amigos.

Se había cambiado de ropa, desechando con desprecio la túnica que le había puesto su madre. No podía estar más agradecida al detallista de su querido vampiro, por haber pensado en todo. Cuando Miguel abrió la mochila que portaba a su espalda y comenzó a sacar ropa y calzado cómodo, junto con una parka especial para esas zonas, Skule

creyó que no podía amarle más.

Salieron al exterior buscando a su padre y al resto de las brujas y vampiros, que les habían ayudado para vencer a su madre.

Skule estuvo a punto de caer al suelo, cuando las ondas mentales de su padre le llegaron como dardos punzantes a su cerebro. Gracias a las fuertes manos de Miguel, no clavó las rodillas en el duro

hielo.

Marta estaba en peligro.

Cuando por fin pudo recuperarse y bloquear su mente en la medida de lo posible, se acercó a su padre cogiéndole de la mano, mientras aguantaba las fuertes punzadas en su cabeza.

- Se ha ido – dijo Tom, con el mismo tono de voz que tendría alguien que le estuvieran clavando

un puñal en el estómago.

Skule cogió el móvil que le tendía su padre y leyó el mensaje de Marta. No tuvo que darle demasiadas vueltas para adivinar la dirección que había tomado la pelirroja. Marta se había dirigido hacia el territorio de “La Devoradora”, con la intención de esperar allí a su madre.

Todas las brujas podían contactar entre

ellas y no le habría sido muy difícil indagar en la red, para descubrir, donde se encontraba ese terrorífico sitio.

- ¡Vámonos! – dijo devolviendo el teléfono a su padre – creo que sé dónde ha podido ir.

Los tres vampiros buscaron a los hermanos rusos, pero sólo encontraron a Borya. Este sostenía entre sus brazos a la hermana llamada Thora, que parecía

encontrarse mejor de como la había visto en la cueva.

Skule la abrazó fuertemente, impulsada por su recién reconocido instinto de hermandad de bruja vikinga, a lo que Thora le correspondió con la misma intensidad. Era un abrazo entre dos hermanas, pero también, entre dos guerreras. Skule sintió que esa mujer y ella iban a llevarse bien en un futuro.

Si es que después de semejante aventura había un futuro para ellos.

Escuchó como el ruso informaba a Miguel de que su hermano se había ido con los frascos hacia la casa y les dijo que él se quedaría con las mujeres por si necesitaban ayuda y que informaría de su paradero al resto del grupo.

Cuando todo pareció quedar, más o menos en orden, los tres salieron

corriendo en dirección al norte. Skule esperaba interceptar a Marta antes de que llegara a su destino pues por muy fuertes que fueran ellos, el que cruzaba ese muro, ya no salía de él.

Su fortaleza y velocidad vampírica les ayudó a avanzar rápidamente. Según iban restando los kilómetros al norte, el horroroso clima iba azotando tan fuerte, que se convirtió otro enemigo con el que

luchar.

Corrieron y corrieron sin parar durante horas, avanzando siempre en la misma dirección.

Cuando ya creía que nunca llegarían a su destino y la única fuerza que le impulsaba a seguir avanzando era la del orgullo guerrero que habitaba dentro de ella, la luz verdosa de una espectacular aurora boreal, iluminó una blanca y

basta muralla hecha de hielo tan blanco, que con solo ese mismo hecho ya te advertía de que no era natural.

La puerta que se erguía en el centro de la misma era de hielo, pero este no estaba blanco por la antinatural escarcha, este era totalmente transparente, e intensificaba la luz del cielo convirtiéndola en tantos colores, que era difícil diferenciar por separado

cada uno de ellos.

La muralla rodeaba una bella construcción, echa del mismo material que la puerta. La magia de la bruja se percibía en el ambiente como si solo con abrir la boca pudieras masticarla. Skule pensó que, cualquiera que desconociera quien habitaba allí, pensaría que nada malo podía ocurrirle por cruzar y adentrarse en ella, pensaría

en que alguna de las fantásticas
princesas de las películas de Disney
estaría esperando tras la puerta con su
cándida sonrisa para invitarte al baile en
un espectacular salón.

Menuda decepción se iban a llevar.

Los tres vampiros se quedaron allí
parados, buscando alguna pista que les
indicara que Marta había pasado por
allí, pero no había nada que revelara

nada parecido.

De repente, Skule vio como su padre se daba la vuelta rápidamente y fijaba la vista en el colorido horizonte iluminado por la aurora boreal, e intensificado por los reflejos de la espectacular construcción.

El lejano sonido del motor de una moto de nieve, rompió el fuerte ruido que les había acompañado hasta el momento.

Este era el del viento al azotar salvajemente sobre la nieve helada, el único que parecía reinar en aquella inhóspita zona.

La máquina iba a toda la velocidad que le daba el forzado motor y se dirigía en línea recta, hacia la enorme puerta congelada.

Otros fuertes sonidos les hicieron mirar unos cien metros más allá, dejándoles

más atónitos de lo que ya estaban. Un enorme trineo tirado por perros, competía en velocidad con la maquina a motor, dirigiéndose como si de una carrera se tratara, hacia la misma meta.

Skule miró por inercia hacia la muralla.

Su sorpresa fue mayúscula cuando comprobó, que la puerta que había estado allí hasta hacia unos segundos, había desaparecido sin más, dejando vía

libre para que quien tuviera el valor suficiente, o la poca cabeza, cruzara aquel terrorífico umbral.

Una culpabilidad masculina invadió el cerebro de Adrián, haciéndole sentirse tan mal por Tom que casi necesito visitar el aseo para vomitar

¿Cómo podía haber estado tan ensimismado como para que la pareja de

su amigo se hubiese ido sin que él se diera cuenta?

Sólo tenía una misión encomendada en esos momentos y era proteger a las tres hembras que había en la casa. Ahora sólo rogaba por no fallar a las dos hembras que todavía estaban bajo ese techo y, por supuesto, que Tom encontrara a su pareja de vida sin ningún daño irreparable o no podría

perdonárselo en la vida.

Estaba claro que era el peor protector del género femenino que existía en ese momento en la faz de la tierra. Más valía que no le dejaran a cargo de ninguna de las hembras más, o dejaría a todo el grupo sin pareja.

No tuvo más tiempo de fustigarse por todo lo que había acontecido en las últimas horas y por lo cual se sentía

completamente avergonzado porque, en ese mismo momento, Desya entraba en la casa como una tromba y le daba los dos frascos de cristal con cara de abatimiento.

La luz que se intuía dentro de los recipientes era tan débil, que por un momento se temió lo peor. Pero como si Agnetha hubiera sentido su agonía, el frasco en el que iba su esencia, se

iluminó un poco más, dándole la esperanza que necesitaba y el empujón para que se pusiera en marcha con el proceso de reanimación lo antes posible.

Adrián se apresuró a volcar ambos recipientes, sobre las bocas abiertas de los cuerpos de las hermanas e inmediatamente después, inyectó una dosis de adrenalina en el suero de los

goteros que tenían conectados a sus venas.

El tiempo pasaba y las dos mujeres no reaccionaban, mientras los dos vampiros las observaban con impaciencia.

Adrián iba de una a otra, auscultándolas y tomándolas el pulso por turnos.

En un momento dado algo en la sala cambió, fue una sensación como de energía que hizo que un cosquilleo

recorriera toda su piel. Los ojos de Ursa se abrieron de golpe y la mujer los clavó en el vampiro ruso que estaba apoyado en el rincón más alejado de la habitación, como si no quisiera molestar con su enorme cuerpo en medio de todo el lio.

Adrián dejó salir parte del aire que retenía en los pulmones, con la esperanza de que la siguiente en abrir

los ojos fuera su amada.

Pero Agnetha no reaccionaba y él estaba empezando a perder los nervios.

Y en un momento perdió el leve latido de su corazón.

Tomó la decisión de practicar la RCP sobre el cuerpo de su amada, pero el corazón de Agnetha no reaccionaba a las maniobras. El miedo le atenazó y comenzó a farfullar toda clase de

improperios.

La voz rasposa de Ursa le interrumpió.

- Espera – dijo – déjame a mí.

Adrián la miró con la esperanza de un niño pequeño, al que le dicen que todo se va a arreglar.

Observó cómo Ursa estiraba pesadamente el brazo y posaba su mano sobre el pecho de su hermana, en

cuestión de segundos los ojos de Agnetha se abrieron como platos, provocando que los pulmones de Adrián volvieran a su tarea.

Con un carraspeo avergonzado, volvió a modo doctor y siguió con los exámenes sobre las mujeres.

Cuando se inclinó sobre Agnetha esta le regaló la sonrisa más auténtica que había visto en su vida y sintió que se le

doblaban las rodillas como si fuesen gelatina, cayendo al suelo mientras besaba la mano de su pequeña bruja con devoción, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas por el estrés sufrido.

Los segundos que había temido por la vida de su pareja, habían sido suficientes para escavar medio foso para su tumba. Sólo esperaba, por el bien de

todos, que la malvada bruja que había traído al mundo a una de sus mejores amigas, no terminara de provocar con sus acciones que alguien terminara con el resto de la fosa.

Capítulo 23



Nunca se le había pasado por la cabeza, que el ser camarera de un local le iba a incentivar tanto.

Rocío se había parapetado detrás de la barra del club de su madre y se lo estaba

pasado genial con el bullicio del sitio y el ritmo de los altavoces tronando en sus oídos. Después de haber estado semi-escondida durante tantos años, el pasar el resto de sus días en ese ambiente tan alegre, le hacía mover las caderas al son de la música.

Y en eso estaba en esos momentos, movía sus caderas al son de Ricky Martin mientras preparaba varias copas

que le habían pedido unos clientes humanos.

“La reina de la noche.

La diosa del vudú

Yo no podré salvarme

¿Podrás salvarte tú?”

Algo le dijo uno de los chicos que estaban esperando la bebida y Rocío le sonrió de una manera amable, aunque la verdad es que le daba igual lo que le

estuviera diciendo. Estaba sumida en hacer bien el trabajo y nada más.

“La tela de la araña.

La uña del dragón.

Te lleva a los infiernos.

Ella es tu adicción.”

Ella escuchaba las risas mientras disfrutaba de Ricky Martin y sus ritmos calientes, se dio la vuelta para coger otra botella, mientras movía las caderas

sin ningún tipo de inhibición.

“Te besa y te desnuda con su baile demencial

Tú cierras los ojitos y te dejas arrastrar.

Tú te dejas arrastrar.

Ella que será

She's livin' la vida loca.”

Las risas seguían tras ella, cuando terminó de servir las copas uno de los

chicos, el que parecía ir de líder, le metió unos billetes en el escote. Un gruñido comenzó a subir por su garganta y estuvo a punto de provocar que los diarios de la ciudad sacaran su cara en la portada. Pero una enorme mano se hizo cargo del cuello del ignorantemente estúpido humano y se lo llevó arrastras hacia la salida. El resto de los amigos que le acompañaban fueron “invitados”

a abandonar la sala y el instinto de supervivencia les ayudó a tomar la mejor decisión.

Roció se sacó el dinero de entre las tetas y lo tiró hecho una bola en el contenedor de basura bajo la barra. En ese momento hubiera sido capaz de romperle el cuello al maldito humano.

Bob no podía dejar de mirar a la chica,

desde las cámaras que disponía en la sala de seguridad situada junto a la entrada.

Era tan atractiva que te nublabla la vista sólo con mirarla, él había pensado que no podía haber nadie más perfecto que su jefa, pero cuando se cruzó la primera vez por delante de aquella mujer que, sorprendentemente era la hija de su apreciada Carmen, algo se le removió

por dentro y ya no había tenido ojos para nadie más.

Normalmente casi todas las noches tenía algún plan sexual, era lo que tenía su trabajo, muchas mujeres salían esperando no volver solas a casa o al coche o al baño o a cualquier callejón oscuro y él, amablemente, se solía sentir con el humor suficiente como para complacerlas pero, eso no había

ocurrido desde hacía una semana.

Su apetencia sexual había sido enfocada únicamente hacia ella y ninguna otra que se le insinuara hacia que él cambiara su radar.

Era como un imán para sus ojos.

Un grupo de hombres se habían acercado a la barra y estaban pidiéndole sus bebidas. A Bob no le había hecho mucha gracia cuando les había visto

entrar por la puerta pero, la norma de su jefa, era que dejaran pasar y que no los etiquetara sin saber si iban a ser problemáticos solo por el aspecto inicial.

Así que les habían dejado pasar, aunque con la intención de no perderles ojo.

La música del interior llegaba a su despacho amortiguada por las puertas que insonorizaban el local, pero los

ritmos latinos le fueron fácilmente reconocibles. Además Rocío movía las caderas tras la barra, con la misma gracia que todas las mujeres que habían llegado de esas tierras al otro lado del océano.

“Si de verdad te toca.

Ella es tu final,

Vive la vida loca

Ella te dirá

Vive la vida loca

Vive la vida loca

She's livin la vida loca.”

Que Carmen le perdonara, pero fue incapaz de contenerse, amplió la imagen con el zoom y la centro en el trasero, estrechamente embutido, en unos vaqueros de tiro bajo de la chica.

¡¡JODER!!

Desde cuándo se había convertido en un

voyeur.

Retrocedió avergonzado con el zoom y eso fue lo que le permitió percatarse de las intenciones de los estúpidos jóvenes de la barra. El que iba liderando el grupo se sacó unos billetes del bolsillo y se alzó sobre las banquetas.

No esperó a ver nada más, de un salto se levantó de la silla dejándola tirada en el suelo y bajo a toda velocidad al lugar

donde se estaba produciendo la desagradable escena. Corrió como un poseso y cuando llegó a la altura del joven le cogió por la garganta, sujetándose las ganas de romperle la tráquea. El tipo no opuso ninguna resistencia a ser expulsado del local y sus amigos le siguieron como unos corderitos. A Dios gracias, pues no sabía de lo que hubiera sido capaz en

esos momentos si el tipo se hubiera revuelto.

Dejó que se ocuparan sus compañeros de la puerta y se dirigió hacia la barra para ver qué tal se encontraba Rocío. En el momento que la encaró vio un gesto totalmente reconocible de su madre, ese que ponía cuando era mejor no importunarla. Bob, sin decir nada, recogió las copas que iban dirigidas a la

panda de patanes y las tiró por el desagüe.

- Se defenderme sola – le dijo secamente mientras limpiaba la barra con una bayeta.

- Estoy seguro – contestó Bob algo sorprendido – pero es mi trabajo.

Sintió como ella suspiraba aflojando el gesto y le miraba fijamente.

- Está bien – le dijo – pues
gracias.

Bob se quedó parado, mirándola, sin saber si esas gracias era sincero o por simple educación. La música seguía tronado en sus oídos y él sólo podía mirar a la mujer como contoneaba rítmicamente, mientras iba a atender a otras personas como si no hubiera pasado nada.

“Se fue a New York City

A la torre de un hotel

Te ha robado la cartera.

Se ha llevado hasta tu piel.

Por eso no bebía,

De tu copa de licor.

Por eso te besaba,

Con narcótico sabor,

Es el beso de calor....”

Dios bendito. Esperaba salir cuerdo de esta situación.

Abdón llevaba un siglo con un solo propósito que le hacía la existencia más llevadera. Criar a su hija y protegerla de cualquier cosa que le pudiera poner en peligro.

Pero en esos momentos sentía que su trabajo como padre protector había

llegado a otra fase, ahora ella era una mestiza adulta y, además, contaba con una madre que la amaba de la misma manera que él. También, afortunadamente, habían caído en una sociedad vampírica de la cual él no había tenido conocimiento anteriormente de su existencia que le facilitaba la vida considerablemente. Todos ellos se ayudaban y protegían como una gran

familia y Rocío no podía estar mejor en cualquier otro lugar.

Su cerebro comenzó a sentir algo, que había enterrado hacía muchos años, con la idea de que no era merecedor de ello.

Su vida sentimental había quedado atada en una pequeña parte de su mente y la había emparedado para que no saliera de allí. El sentimiento de culpabilidad que le atenazaba el pecho por el daño

que había hecho a todas esas mujeres por el egoísmo de su juventud, le impedía concederse ese indulto que necesitaba para ser feliz.

Era consciente de que Cinta le deseaba, pero él no podía concederse ese regalo.

Ella era demasiado buena para que se entregara a un dañino vampiro, que no había sido capaz de enfrentarse a lo que hubiera sido necesario y había entregado

las jóvenes vidas de mujeres humanas a sus chantajistas.

Era demasiado, aunque su cuerpo y su instinto se lo pedían debía de ser fuerte y no sucumbir a ello. No podía con la vergüenza de que ella supiera de su pasado.

Abandonó su habitación y se dirigió hacia la salida. Roció le había mandado un mensaje diciéndole que esa noche se

iba a encargarse del negocio de su madre y que si le apetecía fuera a hacerla compañía y él, como buen padre, no le iba a decir que no. Además ya estaba bien de estar entremedias de una pareja vinculada, ellos necesitaban recuperar su espacio, en cuanto pudiera alquilaría un apartamento y se iría a vivir por su cuenta.

Le había comentado a Carlos de sus

intenciones inmobiliarias y este se había ofrecido a ayudarlo en todo lo que pudiera, buscándole algo que estuviera adaptado para un vampiro. La verdad es que el tipo era de las mejores personas que había tenido el gusto de conocer.

Salió por la puerta rumiando para sus adentros, todo el coctel de historias que revolvían su cerebro.

¿Se podía estar en un paraíso tan maravilloso y no querer salir de la habitación del hotel?

Definitivamente sí.

Michael miraba dormir a una muy desnuda Carmen, abrazada a su torso y con las piernas enredadas entre las suyas. Temía que si salían de esa burbuja de felicidad en la que se había convertido la habitación, todo se diluiría

como si fuera tinta mágica en el papel.

- ¿Qué piensas? – la aterciopelada voz de Carmen le sacó de su ensimismamiento.

- Que he muerto y me he quedado enganchado en uno de mis anhelados sueños – dijo besando sus labios.

- Debe de ser contagioso, porque yo me siento igual – dijo

ella risueña.

Michael miró su móvil para comprobar la hora, este marcaba las 20:00.

La hora ideal.

Aunque para él era ideal lo que habían estado haciendo hasta ahora, como buen macho vinculado, siempre tenía que anteponer las necesidades de su hembra a las suyas propias.

- ¿Te apetece que bajemos a

cenar? – preguntó.

- Si – contestó ella – eso estaría bien. Pero antes – dijo con ojos picaros Carmen - ¿me ayudarías a enjabonarme la espalda en la ducha?

¿Pero qué era eso que le había poseído?

Michael fue escuchar las palabras de Carmen y ya estaba erecto como un mástil.

De un salto salió de la cama, puso el agua de la ducha en la temperatura correcta y volvió a por su hembra. Esta le esperaba tumbada en la cama en una postura tan sexi, que tuvo que recordar lo que le había pedido para no meterse entre sus piernas allí mismo.

Sin ningún esfuerzo, algo que acrecentó exponencialmente su ego masculino, cogió a la vampira entre sus brazos,

trasladándola rápidamente hasta la enorme cabina de ducha con la que contaba el baño de la habitación del hotel. En ese momento, agradeció el no haber tenido ningún problema económico a la hora de escoger el sitio, las cinco estrellas estaban totalmente amortizadas, sólo con lo que se avecinaba dentro del enorme habitáculo. Cuando el torrente de agua cayó sobre

sus cuerpos, Michael cambio fácilmente a la vampira de posición y la apoyo por la espalda contra la madera especial, de los paneles que cubrían las paredes de la ducha. Ella enredó las piernas alrededor de su cintura e hizo lo propio con los brazos alrededor de su cuello. Los dos se fundieron en un erótico beso que se prolongó por tiempo indefinido. Michael comenzó a mover su pelvis al

ritmo del sexo y su pene no tardó mucho en encontrar la entrada de Carmen, hundiéndose en su sexo como si siempre hubiera estado allí.

La vampira gimió sonoramente al sentirse llena y siguió el ritmo que él le marcaba. Los brazos de Carmen se agarraron a los asideros de la ducha, echando el torso para atrás y dejando la imagen de sus pechos como un primer

plano a los ojos de Michael. Este no pudo hacer otra cosa que bajar la boca y meterse uno de los rosados pezones en ella, chupándolo con tanta ansia, que cambió a un color mucho más intenso.

Los sonidos de placer que salían por la boca de la hembra, le animó a lanzarse sobre el otro pezón, para igualar los tonos de ambos. Michael sintió que la vagina de Carmen empezaba a

contraerse rítmicamente por el orgasmo que estaba disfrutando en ese momento y se dejó llevar con ella, derramando su semilla en su interior.

Todavía seguía corriéndose cuando el gesto de la vampira le dejó sin palabras y con los colmillos taladrándole el labio inferior. Carmen había echado la cabeza hacia un lado y le ofrecía su vena para alimentarse. Michael esperaba que el

agua de la ducha disimulara su reacción, porque durante los minutos que estuvo disfrutando de la sangre de Carmen bajando por su garganta lloró, lloró de verdad. Nunca, ni en sus más íntimos sueños, habría podido imaginar una felicidad tan inmensa como la que estaba experimentando en esos momentos.

Carmen era total y completamente feliz. Su vida había dado en unos días un giro de 180°, sin que ella lo hubiera planeado ni sospechado en ningún momento. Tenía que agradecer a las dueñas del hilo que tejía su destino que se hubieran apiadado de ella y, por supuesto, de todos los que tenía a su alrededor y que se preocupaban por cada cosa que a ella le pasara.

Ese había sido el otoño de su vida y no porque estuviera al final de la misma, nada más lejos de la realidad, sino porque precedía al invierno más cálido y hogareño, a la primavera más esplendorosa y al verano más exótico y caliente que habría vivido en toda su existencia y, si todo iba según ella deseaba, el año que viene y el siguiente y el siguiente, serían igual y así hasta el

final de los tiempos.

¡Dios! tenía ganas de chillar y saltar y llorar y bailar y hacer el amor como una loca durante todo el tiempo que le quedara sobre la faz de la tierra. Amaba a Michael con tanta fuerza, que se daba miedo a si misma sólo por el cúmulo de sentimientos que presionaban cada poro de su piel y amenazaban con salir de una fuerte explosión, llevándose por delante

todo lo que hubiera alrededor como si fuera una bomba atómica.

Carmen necesitaba soltar presión y no se lo pensó dos veces.

- Te amo – le dijo a Michael derrengada sobre los paneles de la ducha, después de haber tenido uno de los orgasmos del siglo y mientras su macho bebía de su vena.

En ese momento sintió como los colmillos de Michael salían de su carne y con un suave barrido la lengua cerraba la herida. Los ojos del hermoso macho se posaron en los suyos y de repente sintió el suelo del plato de ducha sobre sus pies y al enorme macho de rodillas sobre la misma superficie, mientras le abrazaba a la altura de las caderas y lloraba sonoramente contra su abdomen.

¿Cómo podía haber estado tan ciega?

¿De verdad le había hecho eso a él?

Carmen acarició el pelo castaño de su pareja con sus manos en un intento de calmarle. Michael con un suave pero firme movimiento, abrió las piernas de la vampira e introdujo su lengua entre los pliegues de su sexo, lamiéndole por dentro con tanta maestría, que Carmen no pudo aguantar ni dos minutos antes de

correrse en la boca de Michael, quedándose tan sorprendida por la rápida reacción de su cuerpo a él, que se quedó sin palabras mirando hacia abajo con la boca abierta por la impresión.

Michael, sin levantar sus rodillas del suelo, miró hacia sus ojos y se relamió los labios antes de hablar.

Yo también te amo – dijo – te amo tanto que me duele.

Podían haberse quedado más tiempo en las cataratas, pero había demasiadas cosas en Nueva York que requerían su atención y la pareja decidió que sería mejor volver.

Alquilaron a través del hotel un carro para transportar la motocicleta de Michael con el coche de Carmen, pues ninguno de los dos tenía ninguna intención de separarse en esos

momentos y tomaron rumbo a su hogar.

Capítulo 24

A decorative graphic featuring a branch with several roses and leaves, positioned to the right of the chapter title. The roses are in various stages of bloom, and the leaves are dark and detailed. The branch curves upwards and then downwards.

Todo sucedió tan rápido, que los ojos de Skule no distinguieron la silueta de su padre salir disparada como una bala, en dirección a la moto que conducía Marta. Lo único que le indicó que Tom había

tomado la decisión de bloquear el camino de su pareja, fue el pensamiento directo desde la mente de su padre que se coló en su cabeza.

Skule miró a Miguel y reconoció en su gesto el odio, mientras clavaba sus ojos en la otra mujer, que viajaba a toda velocidad por el otro lado del helado llano. Nanna chillaba fuertemente a los perros mientras los maltrataba a golpe

de látigo.

En un segundo estaba allí junto a ella y, al segundo siguiente, un reguero de nieve volando por los aires, le indicó a que altura y a la velocidad vampírica que iba su pareja en dirección a la malvada bruja.

Volvió a mirar a su padre y se quedó totalmente alucinada al ver como este sujetaba la moto de Marta desde el

frente, a base de fuerza bruta. La pelirroja seguía acelerando a tope, como si sus manos se hubiesen quedado congeladas en esa posición y no pudiera mover el puño para desacelerar. Tom hacia un surco en la nieve helada con sus pies, en un desesperado intento de frenar el avance y con su culo a menos de cinco metros del gélido umbral.

Observó a los dos hombres más

importantes de su vida y sopesó las posibilidades de cómo actuar para ayudar a cada uno de ellos. La idea era descabellada pero ¿Qué no lo era en todo ese asunto?

Corrió como una posesa hacia la moto de Marta, de un tremendo salto que cualquier gimnasta olímpico hubiera matado por conseguir, sacó la llave del contacto del salpicadero, provocando

que la moto se parara en el segundo exacto en que su padre pisaba levemente la línea imaginaria, que separa la libertad de lo que fuera lo que les esperaba allí adentro.

Guardó las llaves en el bolsillo de su parka mientras volaba por el aire y cuando cayó elegantemente en el suelo en una perfecta recepción, vio la cara de sorpresa con que le estaba mirando su

padre.

A ella no le gustaba demasiado alardear de sus habilidades físicas, pero en esta ocasión la situación había requerido tirar de todos esos años de entreno forzado a los que le había obligado su madre y que, paradojas del destino, iban a ser utilizados para luchar contra ella.

Corrió hacia donde se debatía la segunda lucha, mientras su mente se

mezclaba rápidamente con la de su padre pasando y recibiendo la información necesaria para ir sincronizados. Skule frenó de golpe contra algo invisible que la tiró hacia atrás, dejándola tendida y mareada por unos segundos sobre la nieve helada.

¡Cuántos secretos le había ocultado su madre!

Esa mujer era mucho más poderosa de

lo que ella había podido llegar a imaginar.

Se levantó rápidamente y esta vez corrió detrás del trineo con las manos por delante. Una cúpula de energía cubría a Nanna y al trineo tirado por perros, Miguel la seguía en paralelo, intentando clavar las uñas en la pared invisible. Skule le imitó, haciendo lo mismo en el otro lado del trineo, pero la mala bruja

lanzó uno de sus rayos azules contra la cúpula y propinándoles un fuerte golpe que les lanzó despedidos a ambos lados.

Los dos se volvieron a levantar rápidamente, pero ya era tarde, el trineo desapareció por la abertura del muro y la puerta de hielo se formó de nuevo impidiéndoles el paso, aunque eso no iba a ser necesario para ninguno de ellos, pues no tenían intención de pasar

más allá ni por la más esperada de las venganzas.

Skule se abrazó corriendo Miguel, buscando el contacto y el consuelo que tanto necesitaba en esos momentos y que no sabía pedir con palabras. Su pareja, que cada vez la conocía mejor, le devolvió el abrazo fuertemente y la sostuvo contra su pecho el tiempo que necesitó para calmarse.

Skule lloraba a su manera. Era un llanto con los ojos secos que, aunque no daba ninguna pista a nadie de sus sentimientos, ella lo sufría por dentro y los únicos conscientes de aquello eran su pareja y su padre.

Aunque creía que ya no le importaba, no era cierto. El verse amenazada y despreciada por la mujer que te había parido y a la que habías considerado la

persona más importante de tu vida durante un siglo no era fácil y toda esta situación había removido todos sus malos sentimientos.

Marta tenía todo arreglado. Había alquilado en el pueblo una moto de nieve, comprado comida, bebida caliente que llevaba en un termo en las alforjas del vehículo y también contaba

con una garrafa repleta de combustible, por si acaso.

Su teléfono móvil lo había metido en una bolsa transparente y, después de programar el GPS con las coordenadas que había sacado de internet, lo había pegado con cinta de embalar a la guantera para seguir las indicaciones, sin necesidad de tenerlo que sacar continuamente de su bolsillo.

Un poco rudimentario, pero eficaz.

El camino fue largo y duro pero por fin el teléfono indicaba que estaba cerca.

Cuando escuchó unos sonidos provenientes de su izquierda. Giró la cabeza y no se pudo creer lo que vio a unos cien metros de distancia, un trineo de perros con una mujer dirigiéndole, iba a toda velocidad en la misma dirección que ella.

No sabía de quien se trataba exactamente, pero de lo que estaba segura, era que las mujeres que viajaban por esas latitudes no eran chicas dulces que iban a ver a su abuelita. Esa tenía que ser una de las brujas que vivían en el territorio de “La Devoradora”.

Aceleró a tope esperando ir más rápido que ella con la esperanza de no tener que cruzar ninguna palabra, pues no

sabía muy bien lo que estaba haciendo y lo que menos necesitaba eran interrupciones que la hiciesen dudar.

A lo lejos, la aurora boreal iluminaba una muralla de hielo blanco. Marta pensó que no habría manera de atravesarlo pero, según se iba acercando, divisó una puerta en el centro de la gran masa helada. Esta desprendía unos espectaculares rayos de

luz multicolores cuando las luces del cielo la atravesaban.

Marta enfiló hacia aquella parte sin pensar, no quería arrepentirse después de llegar hasta allí, con el tremendo esfuerzo que le había supuesto tanto físico como mental.

Estaba a punto de atravesar la puerta cuando algo la frenó en seco, haciendo que se le levantara el culo del asiento,

apuntó estuvo de salir disparada por el manillar si una fuerte mano no la hubiera sujetado.

Sus gafas de nieve se empañaron por las lágrimas cuando reconoció a quien tenía delante. Tom empujaba la máquina con todas sus fuerzas y ella aunque realmente lo intentaba, no podía dejar de acelerar por el entumecimiento en sus músculos provocado por el tremendo

frio de aquellas tierras.

Su sentido de la percepción, mucho más agudo desde que era pareja de Tom y bebía de su sangre, le permitió detectar como algo volaba sobre ella e inmediatamente, se apagaba el contacto del motor, dejando la moto parada a menos de un metro de la puerta, que ahora era un hueco abierto.

Frotándole suavemente, Tom le calentó

las manos y se las despegó de las manetas de la moto. Después la abrazó tan fuerte, que estuvo a punto de tener que decirle que la soltara, pero mientras consiguiera que entrara el mínimo oxígeno a sus pulmones para no morir, todo estaba bien.

Esa mujer tenía que morir. Era una bacteria que se extendía por todo

organismo vivo, provocando las más terribles de las agonías.

Había que exterminarla.

Él siempre había sido una persona de paz y pro-vida. Nunca había pensado que nadie mereciera morir, pues su mayor objetivo había sido salvar y no matar.

Hasta que había conocido a su suegra.

Era el mal hecho persona y estaba

convencido que jamás podría ser rehabilitada. Su única misión en la vida era salirse con la suya, cayera quien cayera y, “la suya”, era ser un ser superior al resto mientras mataba, torturaba y mutilaba a su antojo.

Nanna, a lo largo de su vida, había tenido varias oportunidades de cambiar y convertirse en una persona, si no buena, por lo menos aceptable. Pero, ni

en sus primeros años cuando sus hermanas, e incluso su madre, habían estado en peligro había pensado en nadie más que fuera ella. Después la historia de Tom, aquella que les contó el vampiro en “petit comité” a los amigos más cercanos.

Joder, esa historia le había dejado totalmente boquiabierto.

Esa maldad no tenía perdón, la mirases

por donde la mirases, lo único que había que agradecer a ese capítulo de la vida de Tom fue a su Skule, pero el tener engañada a la mestiza de quien era su padre y criarla con la idea de que había sido el asesino del verdadero... era demasiado retorcido como para ponerle un adjetivo.

Seguidamente la obsesiva persecución, a la que les estaba sometiendo, tanto a su

hija, como a él y, por supuesto a Tom, con la idea de matarles y secuestrar a Skule y la decisión de matarla cuando vio que no le iba a ser posible llevársela...

Eso había que pararlo ya. Y la única manera que él veía era arrancarle la vida, para que pagara sus pecados en el lugar que le fuera asignado.

Pero la maldita mujer era tan poderosa

como le había advertido su hembra y, cuando llegó como un trolebús a menos de dos metros de ella, algo que no había podido ver le hizo parar de golpe y revotar hacia atrás.

Los chillidos histéricos de la maldita mujer, si atravesaban la barrera que había creado a su alrededor para protegerse y le dedicó unas cuantas carcajadas de burla que a Miguel le

cayeron de la misma manera que los tremendos latigazos a aquellos pobres animales.

Se incorporó rápidamente poniéndose de nuevo a la altura de la bruja, mientras intentaba clavar los dedos en la cortina de energía que le impedía llegar a su objetivo. En ese momento deseó ser uno de esos vampiros de película con las uñas largas y afiladas pero,

precisamente él era todo lo opuesto a eso. Su trabajo le obligaba a llevar sus manos y, concretamente sus uñas, lo más cuidadas posible y no había manera de clavarlas en aquello.

Sintió como algo volaba por encima de él y se colocaba al otro extremo del trineo. Skule corría toda velocidad e intentaba introducirse dentro del escudo, pero todo el esfuerzo duró tan solo unos

segundos, los que tardo las asquerosa Nanna en lanzarles hacia atrás con una tremenda descarga de potencia que les dejó castañeteándoles los dientes. Ambos observaron frustrados como la bruja traspasaba el umbral sin que pudieran hacer nada.

En un microsegundo la puerta de hielo estaba de nuevo cerrada a cal y canto.

Miguel dirigió la mirada hacia su

amada, al menos tenían que dar gracias de que todos estuvieran más o menos bien. Después de semejante aventura podía haber pasado cualquier cosa. Ahora que su instinto protector había bajado de nivel, observo a Tom y a Marta por si era necesaria su intervención, pero dado en la manera que se estaban revolcando por la nieve no parecía que el pintara nada allí.

El corazón de Miguel casi se le sale del pecho, cuando un tremendo ruido procedente de la puerta le hizo volver a temer lo peor. Por una pequeña abertura salieron los perros tirando del trineo vacío y se arremolinaron asustados junto a ellos.

Vio como Skule se levantaba rápidamente del suelo y se dirigía hacia ellos, soltándoles a todos de las correas

y murmurando varias palabrotas al ver las heridas tan salvajes que los animales lucían en los lomos.

Uno a uno les fueron curando y cosiendo antes de emprender el viaje a casa andando. Tom y Marta viajaron en la moto abriendo camino, mientras ellos corrían a la velocidad que les marcaban los estupendos animales que viajaban junto a ellos.

Las tres hermanas se levantaron de sus asientos como un resorte, cuando sus gatas corrieron a esconderse al desván.

Los vampiros que las acompañaban desde hacía varias horas, estaban ya en el porche, cuando el sonido de una moto de nieve, seguida de dos figuras corriendo y rodeadas de perros, se

acercaban bordeando el lago.

Por fin llegaban.

Agnetha había notado la aflicción de Adrián como si fuera la suya propia. El mestizo no podía soportar el no haberse dado cuenta de que Marta le había engañado hasta una hora después y se sentía totalmente culpable de lo ocurrido.

A ella le caía bien esa bruja del pelo

rojo, pero el saber que le había hecho eso a su chico, la estaba poniendo un poco agresiva con respecto a ella. Desde luego, o le pedía perdón, o la iba a escuchar.

Cuando el exótico grupo llegó a la puerta de la casa, ella miró a Marta con el ceño fruncido y los brazos cruzados. La pelirroja la miró y después se bajó de la moto dirigiéndose a Adrián.

Marta.

- Está bien – dijo – tenías
tus motivos.

Agnetha respiró, sintiéndose bien, al ver como su chico se relajaba y perdonaba a su amiga. Mientras él estuviera bien, ella también lo estaba.

Ursa salió con un enorme barreño lleno de carne estofada que dejó a los animales. Estos se lanzaron a comer

como si llevaran sin probar bocado días, cosa que era posiblemente la realidad.

Todos los demás se metieron en la casa relatando todo lo que había ocurrido.

Agnetha esperaba haber escuchado que Nanna ya no vivía, pero no fue eso lo que le contaron. Ojala no tuvieran que volver a tener que oír hablar de ella en un futuro.



Todo giraba suavemente en torno a una feliz realidad.

Una realidad paralela, la cual había logrado conseguir, que el mundo en el cual había sobrevivido hasta entonces,

pareciera otro totalmente antagónico al actual y que ninguna de las amargas sensaciones con las que había tenido que lidiar durante tanto tiempo la visitaran, al menos de momento, en sus sueños.

Con la ayuda de sus amigos y especialmente de su pareja y de su hija, las había echado de su mente a patadas.

Carmen había vuelto a Nueva York con su amado Michael. No habían tardado ni

un día, en trasladar las cosas de su apartamento en el edificio de Carlos, a la vivienda que ahora compartían en el sótano del club. No pensaban perder el tiempo con plazos inútiles, que les dijera que ya podían hacer esto o lo otro.

Ellos lo tenían tan claro, que no había más que hablar.

Michael había retomado el trabajo de

seguridad, pero esta vez como
compañero de Bob en el club. Aunque,
antes de aceptar el ofrecimiento que ella
misma le hizo, el leal vampiro llamó a
su antiguo jefe para contárselo. Este, que
no podía estar más satisfecho por el
final de la historia, le dio sus
bendiciones y le animó a aceptarlo.

Su hija Rocío trabajaba cada noche con
ella en el club y era una relación tan

cálida y estrecha que, nadie que no lo supiera, hubiera pensado en ningún momento que se acababan de conocer.

Todas las noches Abdón iba al club y se sentaba en la barra, esa noche les contó que Carlos le había ofrecido trabajo en el antiguo puesto de Michael y que se mudara al apartamento que había dejado vacío el recién emparejado vampiro.

Era todo tan perfecto, que Carmen no se

lo podía creer. Incluso tenía algunas punzadas de miedo, porque a su mente todavía le costaba asumir tanto júbilo.

En ese momento de felicidad, decidió darles la exclusiva de la buena nueva a su hija y al padre de ella, antes de decírselo al resto del grupo.

- Michael y yo nos casamos dentro de un mes- dijo sonriendo mientras cambiaba la mirada del

uno al otro.

El grito de Roció cuando se tiró sobre ella para abrazarla casi la deja sorda.

Centró su atención en Abdón que sonreía tímidamente desde su taburete, mientras miraba como ella sujetaba a su hija dando saltitos cogida de su cuello.

- De momento sólo lo sabéis vosotros dos – dijo la vampira – bueno y Cinta si ha

abierto el correo que le envié hace unas horas.

Carmen, embargada por la emotiva reacción de su hija que ahora la acompañaba con las lágrimas en los ojos, no fue consciente de la estatua de sal en la que se había convertido el cuerpo de Abdón.

FIN